

DESDE AQUELLA ORILLA



Juan Alberto Alfaro "Basti"

DESDE AQUELLA
ORILLA

&

J .ALBERTO ALFARO “BASTI”



Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com



Dedicatorias

Cuéntame un cuento abuelo que siento perderte y quiero llevarme algo tuyo. Algo más que un beso. Cuéntame un cuento abuelo, de los que a ti te contaban cuando te quedaban días para ser mayor.

Cuéntame un cuento, de esos que tú cuentas tan bien. Te debo una historia, ese cuento, un rechazo, un sinónimo, una sonrisa, una lágrima, un perdóname, un lo siento, un te quiero, una flor, un recuerdo, una riña, un todo y todo lo que no se me ocurre.

Un “todo aquello que nos quitó la vida” porque no tuvimos tiempo de vivirla. Por eso te debo todo lo anterior y apenas te imagino, apenas reconstruyo tu persona con la debilidad de aquel niño (que hace tanto fui o, tal vez no).

Tantos años hace que ahora te dedico todas esas historias que debías haberme contado. A ti que te fuiste antes de empezar a contarme el primer cuento.

(A mis abuelos que no pude disfrutar)

*A mi padre,
Decidió dejarnos para seguir su viaje en otros
mundos Sin saber que le íbamos a echar tanto de
menos.*

PROLOGO

Escribir es una buena terapia, constructivo e incluso dicen que sana la mente; también es un riesgo no imprimir en papel con exactitud lo que tu mente necesita expulsar y compartir. Lo cierto es que no me dedico a esto; es mi tercer libro en quince años, es más un asunto interno que de vez en cuando me pide desahogarme hilvanando letras, componiendo párrafos, tengan o no sentido ya que el tiempo parece ser que lo transforma. Llegado este momento me queda agradecer mi estancia y aprendizaje en lo que yo llamo otra etapa de mi vida. Aprendí a ser niño cuando lo era; sinceramente me sirvió de poco cuando empecé a ser mayor. Tal vez crecí sin darme cuenta de lo que dejaba atrás, fue entonces cuando empecé a construir un yo distinto. Aunque nunca quise crecer me di cuenta de que era algo inevitable. Como siempre y antes de dar comienzo al camino de la publicación tengo a mi gente sufridora, encargada de leer y releer para corregir y sobre todo criticar la forma y el contenido del libro. Hay una frase muy cierta y es que cuando haces algo para el público has de estar “por encima del halago y del insulto” algo a lo que me aferro para hacer aquello que me apetece sin importarme las críticas y, vuelvo a repetir: no es para mí una forma de vida pero si de vivir esos momentos de soledad, aunque sería más acertado decir aburrimiento. Siempre que puedo escribo y todo queda en un cajón para que con el tiempo expurgue y del cajón pase a la papelera de reciclaje. A veces no me salen las palabras, entonces dibujo, perdón, hago rayones. Y es que como digo más adelante “La inspiración se sirve con hielo”. A veces pienso ¿Por qué no escribir esas historias raras? ¿Las que me contaban distintos personajes con los que me crucé en mis viajes? Creo que a cada uno le tocaba contar algo en aquellos momentos. Algo vivido o no pero sí que dependía de su estado emocional. La mayoría de ellas se desarrollan en India, país al que soy bastante asiduo, y la gente muy variopinta. “La India te cambia” decían convencidos quienes trataban de buscar la paz interior, enriquecerse con una cultura tan diferente y, sobre

todo, una forma de vida que nos cuesta entender. Conocí a una española a la que un chivatazo, por parte del recepcionista de un hotel barato que tan solo buscaba dinero, la metió en la cárcel por cinco años; el tema fueron las drogas y simplemente estaban fumando. Yo la conocí tiempo después con seis meses de visado y la sola intención de conocer la otra India, aquella que no pudo entonces. Otra historia muy interesante que algún día contará ella misma. Hay quien piensa que India es un buen país para esconderse, más aun si tienes dinero con el que comprar silencio. Un dólar es un buen escondite. Alguno de ellos se cruzó en mi camino y me contaron el porqué de su exilio.

Dicho esto os presento “Desde Aquella Orilla” donde recopilo historias y vivencias. Donde abro el diario que un día di por cerrado. Sé que es un riesgo contarlas pero necesitaba compartir ese cuaderno de viajes que una vez compré en Jaisalmer y en el que a lomos de un camello decidí plasmar mis vivencias mientras el sol se ocultaba en el desierto, por primera vez contemplé semejante espectáculo, una maravilla que más bien parece un regalo de dioses como bien te cuentan en Rajastán.

A partir de ahí solo era necesario conjugar los recuerdos de ayer con sensaciones de hoy. Decidir el cómo y el cuándo. Claro está que la visión que yo tengo de todo lo ocurrido puede no ser acorde con el recuerdo de Rosa, mi mujer.

Desde Aquella Orilla, después de un hermoso amanecer, Rosa y yo nos miramos recordando tiempos pasados alternando sonrisas con una cierta nostalgia que hacía brotar algún que otro suspiro soltando un “Que tiempos”.

Tras el silencio su frase favorita:

—¿Crees que algún día pondrás un anzuelo y carnada al sedal?

—Espero no tener que hacerlo, al menos no es mi intención —contestaba sus palabras mientras volvía a mirar al cielo.

—¿Sabes una cosa Hely? —Preguntaba —he pensado en aquel diario de tus viajes, de aventuras... algunas son hermosas. Tanto como es nuestra vida sin embargo que difícil es llevar toda su belleza a papel. Va siendo hora de quitar el precinto, ese pegote de lacre rojo sellado con el símbolo de OM.

—Podemos llevar a papel toda la experiencia vivida y que cada uno imagine. A partir de ahí cada cual la hará más o menos bella. Es un buen momento para dar el primer paso. Que mejor que un manto de estrellas...

para soñar y revivir aquellos días.

Con esas palabras decidimos que algunas historias podían ser contadas, creíbles o no depende de cada cual. Interesantes creemos que siempre lo serían, al fin y al cabo es un pequeño resumen de viajes, placer y hechos acontecidos que queremos compartir.

El Autor.

CAPÍTULO I

LA CULPA DE SER ASÍ

En los tiempos que corren me dedico a casi todo aunque invierto más tiempo en solucionar problemas que en tener un trabajo normal. Los tuve, como casi todo el mundo, pero no era lo mío. Prefiero trabajar a mi rollo, ser mi jefe y poder elegir aquello en lo que voy a invertir mi tiempo. Algo liberal, sin exceso, hippy en buena medida, soltero y con muchos compromisos. Nada serio.

A mis cuarenta y pico aún aguanto eso de vivir solo y solo a mi interés. Lo de tener pareja ha sido alguno de los experimentos de mi vida que no han funcionado y, como decía un amigo, aunque no compartía sus ideas.

“Una mujer se convierte en una hipoteca con interés alto y muy variable; siempre al alza y sin fin. Es por eso Hely, si necesito compañía hay mujeres que se dedican a ello. Si quieres las invitas a cenar y de sexo no hablemos. Es su profesión y a mí me es más rentable”.

Claro, que era su curiosa opinión cuyo trabajo no le dejaba parar más de dos días en el mismo sitio, de ahí su imposibilidad de tener pareja y de pensar como pensaba. Hace años que le conocí en una feria medieval donde cada uno mostraba aquello que, en partes, identificaba la forma de ser de cada uno. Desde entonces hemos coincidido poco y casi nunca en la misma ciudad. Han pasado los años y actualmente está casado, con dos hijos y un trabajo “estable”.

Vivo solo en un pisito no muy amplio. De momento alquilado. Un par de habitaciones, una cocina cómoda y amplia, un salón con ventanas a la calle y un pequeño balcón donde a veces me siento a ver la gente pasar mientras me fumo un cigarro al que acompaño con una pequeña tentación de whiskey en vaso corto y un cubito de hielo. Hay quien dice que mi casa es un medio desastre pero yo le veo su encanto. Ese desorden salta a la vista incluso en la

distribución de muebles y tapices. Para mi creo que lo tengo todo bien ordenado, a mi manera pero ordenado. De hecho siempre encuentro lo que busco. Me gusta viajar, salir con los amigos a cenar, de copas... lo que yo llamo una vida normalita.

Hoy recuerdo el acierto que tuve, al menos eso creo, al dejar el trabajo aburrido de la administración. Viajar y sacar provecho a los viajes se ha convertido en mi medio de ingresos. En eso a lo que yo llamaba trabajo remunerado y que hoy me río cuando miro el camino recorrido y soy consciente que tengo subvencionado el placer.

Hubo muchos viajes en los que la unión de trabajo y placer dieron organización a mi vida.

Algunos encargos me permitían hacer mi propio negocio puesto que muchos clientes prefirieron pagar a comisión, de este modo me convertí en su proveedor mayorista en toda clase de artículos relacionados con la artesanía. Ya fuese madera, bronce, piedra... lo que más me abrió las puertas fue el incienso que a su vez me permitió recorrer India de norte a sur pasando por las maravillosas playas que encuentras entre Mumbay (Bombay) y Cochí. La parte Este aún queda pendiente.

Otros me llevaron a Nepal, Tailandia, China, Indonesia... sin contar aquellos que me invitaron por varios países de Europa y África. No todo el tiempo viajaba, así que el resto del año me permitía disfrutar de la compañía de mis amigos y familiares el cual disfrutaba al máximo.

Recuerdo uno de los primeros encargos, me abrió las puertas de Turquía, la ciudad que tantas veces soñé: Estambul.

Carla, una vieja amiga, me contó el problema que tenía una conocida suya con uno de sus hijos. Este al parecer tenía una inclinación sexual no compatible con la rigidez de la familia y la intolerancia a todo aquello que no fuese conforme a los patrones ancestrales de todo vecino de su pequeño pueblo, el cual aún vivía anclado en el Medievo. Su homosexualidad la ocultaba más allá de la vergüenza de fingir ser lo que no sentía. A Gustavo, nombre del tipo en cuestión, le fueron creciendo poco a poco las alas del mismo modo que iba perdiendo el miedo a vivir lejos de lo que hasta ese día fue su hogar, aquel que le ahogó de manera tal que un libro le bastó para poder respirar. Después de leerlo, ver la película y recopilar toda la información necesaria en cuanto a su autor se refiere, escapó con una pequeña maleta y un engaño “tan solo me voy una semana”. Pero en su equipaje se dio cuenta de que llevaba a Lorca en el bolsillo y un poema que le invitaba a seguir y no volver la vista atrás.

Sus padres, ciegos a lo evidente, le creían muerto o secuestrado, perdido o sin dinero para volver. Sobre la condición homosexual de su hijo me habló su madre, con algo de vergüenza y sonrojo. Su padre miraba hacia otro lado.

Después de contarme la historia no pude ocultar mi deseo de poder viajar a Estambul y, menos, en esas condiciones.

Ahora era obvio el interés de ambos pero, debido a la sensibilidad del tema, prefieren venir a Alicante así que Carla se encargaría de organizar el encuentro.

Unos días más tarde quedamos en un hotel de Altea, así que escogimos el sábado para el evento en cuestión.

Salvadas las presentaciones y con un buen aperitivo que amenizara la charla entramos poco a poco en lo que realmente nos interesaba. Mis preguntas trataron por todos los medios analizar los caminos adoptados para contactar con su hijo y la única respuesta fue “Nada”. Dos meses sin noticias de Gustavo y ningún paso dado con la embajada u otros medios oficiales. Las cartas que dirigieron al hotel tampoco obtuvieron respuesta y la única “baza anónima”, puesto que era el primer paso que querían dar, era alguien como yo. En el pueblo esquivaban las preguntas y comentarios relacionados con Gustavo y su larga ausencia.

Gloria abrió su bolso y de él sacó un pequeño sobre marrón del que extrajo algunas fotos de Gustavo. Con el amor que siempre caracteriza a una madre hacia su hijo, me las enseñaba al tiempo que acariciaba cada una de ellas. Arturo que ya veía brillo en los ojos de su mujer, cogió la que consideraba más actual: La última que se hizo para el pasaporte. Sin embargo ella decía que no le hacía justicia. Había mejores.

—Si esta foto me ayuda a encontrarle no importará su fotogenia del momento —al decirle estas palabras secaba una lágrima que no acababa de salir; con una sonrisa me dio un apretón de manos y unas gracias inmerecidas aún.

—Le daremos todo lo necesario para costear viajes, estancia y una pequeña recompensa si lo localiza —Sentenció Arturo con ganas de acabar la reunión.

No dudé, Estambul es una de esas ciudades que poseía un encanto especial y que yo tenía en mente, algún día, visitar. Así que pocas dudas a la hora de decidirme en aceptar dicha misión. No tenía nada que perder y los contras no me convencían. La ocasión no la podía despreciar. Estambul, una ciudad entre dos continentes y centro de aquellas historias que, en mi niñez, tantas veces escuchaba con atención.

C A P Í T U L O II

ESTAMBUL

En siete días todo arreglado, martes y jueves había vuelo directo a Estambul desde Madrid. Con el visado ningún problema ya que este se solicita en el mismo aeropuerto de llegada con su correspondiente tasa.

El vuelo que mejor me viene es el que sale los jueves. En mi agencia me lo proporcionan a buen precio y a recoger en el aeropuerto de Barajas en la oficina de la compañía, de este modo ahorramos correos y esperas innecesarias. El hotel en el cual voy a hospedarme es el mismo en donde se instaló Gustavo, Hotel Antique. (La única pista de Gustavo en Estambul de la que, sus padres, fueron informados por la agencia de viajes). Por un módico precio hasta me recogen en el aeropuerto, si la estancia supera los tres días tengo derecho a ambos traslados: aeropuerto—hotel—aeropuerto, una opción que agradezco y no desaprovecho.

El asunto del visado es rápido, pago mis tasas y me dirijo a la salida. Entre el gentío busco un cartel que ponga mi nombre. Al fondo un tipo delgado, con traje y bigote amplio que me sonrío cuando me acerco señalando el papel que tiene en su mano izquierda. En la misma hoja un sello del Hotel Antique. Coge mi equipaje e intenta preguntarme si tengo que recoger algo más. Con un gesto le invito a continuar. En el parking nos espera el taxi en cuestión, un vehículo demasiado grande para un solo pasajero, imagino que es el único que tienen disponible o tal vez el único.

El camino al hotel, aunque la noche ya ha hecho su entrada, desvela esas maravillas que siempre nos contaron o leímos en cuentos. Imaginé siempre

encontrar al típico árabe ataviado con chilaba de colores tristes, un desangelado turbante cubriendo la cabeza y cuyo rostro, casi olvidado bajo una densa barba, se adivinase por unos rasgos más que pronunciados. No fue así, tan solo quedaban restos de aquellas historias.

Mezquitas enormes y oraciones al viento que suenan en altavoces repartidos por la ciudad. Todo cae bajo el inevitable encanto de la llamada evolución, esos apestosos toques de modernidad que deterioran su lindeza, no solo de las personas, también de todo aquello que, durante siglos, se construyó con conciencia y belleza.

El traslado al hotel llegó a ser un recorrido típico de los tiempos que corren una ciudad más que, de momento, no invitaba a fantasear con la imaginación. Algo me decía que la ciudad que imaginé durante el vuelo solo existía en libros de princesas, magos y guerreros invencibles.

El hotel, es un edificio que más bien parece un pequeño bloque de viviendas de unas cinco alturas. La recepción pequeña, acogedora pero pequeña. Una chica rubia me atiende y me da la bienvenida. Mientras toma los datos de mi pasaporte me invitan a un refresco. Dos personas ven el fútbol y junto a ellos me siento; parecen personal del hotel; tratan de que me encuentre cómodo cediéndome el sitio e invitándome al partido. Ciertamente es que no recuerdo quien jugaba en ese momento pero sí que recuerdo que no eran equipos turcos, creo que era un partido de champions que ambos veían con emoción. Me quedo donde estoy agradeciendo la amabilidad y espero hasta que la chica llama mi atención haciéndome entrega del pasaporte y las llaves de la habitación. Uno de los que allí estaba sentado me acompaña. Me acomodo y lo primero una buena ducha. Después voy a visitar los alrededores y me sorprende que al salir del hotel, tras una pequeña cuesta de apenas cincuenta metros, puedo ver la parte alta de la gran mezquita azul. Continúo mi camino sin perderla de vista hasta encontrarme con un portón de hierro, el cual acorta mi camino invitándome a admirar una pequeña representación de los artículos que aquí puedo encontrar. Un pasaje peatonal abarrotado de tiendas a ambos lados aunque, cerradas todas por la hora, las luces interiores invitan a no tener prisa y observar la belleza de tapices, alfombras y un sinfín de objetos que entremezclan lo típico con lo último de occidente. Al mismo tiempo que admiro tanto colorido un olor suave y agradable me invade, entre dulce y afrutado que me recuerda a los bazares de India. Tras el pasaje llego a una zona de bares donde el olor que antes

percibí pude averiguar que eran esparcidos por las famosas pipas de agua, cuyos aromas entre manzanas, moras y frambuesa me había confundido con el olor a incienso. Lo persigo como un can que persigue su presa, de pronto, las veo por todos los rincones, en cada mesa en donde además de la pipa comparten teteras, a veces, con acaloradas tertulias. Debido a la hora no me paro, aunque no acelero el paso para seguir observando todo lo que me rodea. Subo unas escaleras y ahí, a mi izquierda, me encuentro con La Mezquita Azul o Mezquita del Sultán Ahmed. Frente a ella la Iglesia de Santa Sofía, separadas ambas por un hermoso espacio ajardinado. En Estambul es la única que posee seis minaretes. Me resultó gracioso conocer un poco la historia de los minaretes o alminares. Cuando fue construida por el Sultán se le criticó ya que la única mezquita con seis de ellos era la Masjid al-Haram (“la mezquita sagrada” de La Meca, donde se custodia la Kaaba) este en vez de disminuir su número ordenó construir un séptimo minarete en la sagrada mezquita de La Meca. A pie de calle es de una belleza admirable sin embargo su magnífico exterior no impide el asombro de su suntuoso interior, en el que una verdadera sinfonía de bellísimos mosaicos azules mezclado con el run run de las oraciones, dan a este espacio una atmósfera muy especial. Me resultó también curioso saber que la Iglesia de Santa Sofía no debe su nombre a santa alguna. Fue una antigua basílica patriarcal ortodoxa, reconvertida en mezquita y en la actualidad en museo.

Sofía (sophia) es la transcripción latina de la palabra griega “sabiduría”. Así pues es la Iglesia de la Santa Sabiduría de Dios. Dice de ella que cambió la historia de la arquitectura. Fue la catedral con mayor superficie del mundo durante casi mil años, hasta que se completó la obra de la Catedral de Sevilla, allá por el 1520. Mi parte andaluza sonrío por dentro.

Después de admirar su belleza nocturna me dirijo a la zona de bares y restaurantes, mi estómago ya pide algo sólido y, aunque el viaje no ha sido pesado el cansancio hace acto de presencia. Ya cantó Serrat aquello de que el Mediterráneo va de Algeciras a Estambul así que en cuanto a la comida no tendré problema alguno pero... ¿no es cierto que lo mejor para quien la visita por primera vez es pedir y degustar un buen Kebab? Es lo que hice. Así que busqué un lugar que no fuese musulmán, con la intención de poder acompañar mi cena con una cerveza. No hubo problema ya que la zona, al estar infectada de turistas, era habitual encontrarlo. Me decidí por uno que me atraía su terraza, una escalera estrecha y tres pisos más arriba donde me

acomodan en una mesa. Me resultó curioso encontrar mesa para uno, jamás lo vi antes en bar o restaurante alguno y allí la tenían. Una San Miguel, un Kebab de cordero y las dos mezquitas al frente. Aún guardo en mi mente todas las fotos que hice durante la cena, todas las fotos que absorbo intenté grabar para no olvidar. Pensé en Gustavo, salir de un pueblo tan pequeño y encontrarse con esta ciudad debió ser un impacto duro de superar y muy absorbente, sobre todo para alguien como él. Unas hora más tarde me ofrecen un té y acepto con agrado pero lo que no sabía es la gran variedad de infusiones que existen. Yo solo quería un té, normalito, de los de toda la vida así que optó por servirme un té turco. Buenísimo. Relajante. Un cigarro y vuelta a hotel, al día siguiente empezaba la búsqueda de Gustavo.

Por la mañana me despiertan los canticos, las oraciones que suenan en todo Estambul. Al bajar a recepción pregunto por el desayuno y el recepcionista, con mucha amabilidad, me cuenta las opciones que tengo tan simples como desayunar en la recepción o subir a la terraza

—¿Es su primera vez en Estambul?

—Si, nunca es tarde —le contesto con una sonrisa

Entonces mejor que desayune en la terraza —me dice con una sonrisa — hay unas vistas muy bonitas que harán más agradable su desayuno y podrá degustar la variedad de nuestro bufet libre.

No estaba preparado, aún, para subir cinco pisos pero mereció la pena.

La terraza de unos cuarenta metros cuadrados, un par de mesas que compartes con los demás huéspedes si se diera el caso y un bufet al estilo casero que invitaba a probarlo todo. Su consejo resultó ser cierto: la vista era impresionante. Casi podía ver todo Estambul, cientos de barcos repartidos alrededor del cuerno de oro y en una gran extensión de mar con sus puertos y un gran número de minaretes que apuntaban al cielo. Pocas veces un desayuno había sido tan digno de merecer tanto tiempo en degustarlo. No solo por la variedad del bufet si no por ese paisaje que desde mi mesa admiraba. Al poco, la chica rubia que me atendió en recepción a mi llegada, ahora hacía sus funciones de camarera o servicio de cocina controlando que no faltase nada a los clientes. Es a ella a quien enseño la foto de Gustavo, una vez acabado el desayuno, cuando a la salida me la vuelvo a encontrar en recepción.

—Si, le conozco — contesta con firmeza aunque después es algo reacia a darme información. Le explico los motivos asegurándole que no existe ninguna mala intención por mi parte e incluso hago hincapié en que solo necesito que contacte con sus padres. Para hacerlo más creíble le anoto en un papel los nombres y teléfonos de la familia.

Si eres tan amable y pudieras hablar con él le entregas la nota ya que están muy preocupados. Yo solo he venido a saber que está bien y los motivos de su desconexión con la familia.

—A veces lo veo — me dice con desconfianza —pero hace días que no...

—No te preocupes — al tiempo que intento cambiar de conversación al

notar cierto nerviosismo e inquietud — ¿María verdad? — o por lo menos eso ponía en una pequeña chapa dorada que colgaba de su cuello con una fina cadena de oro. Para no incomodarla más cogí unos folletos del mostrador y le pregunté qué más podía visitar por la zona. Noté su alivio y me indicó zonas y lugares que me podían tener un par de días ocupado. Incluso me aconsejó masajes en un Hamman. Insistió en ellos sonriente y algo más relajada.

—Por cierto, me llamo Helenio, aunque todos me llaman Hely. —unos de los mejores rompe hielos para el momento.

—Encantada Hely, pues... Mejor por la tarde, te pido hora a las 6, para lo del masaje, te gustará.

—¡Ah! vale, Gracias — contesté al tiempo que cogía la tarjeta con la dirección.

Así que la mañana la dediqué a pasear, a ser lo que era: Un turista más.

Volví a pasar por la mezquita, de día continuaban siendo impresionantes. En vez de coger el tranvía caminé siguiendo las vías que me dejaron cerca del Gran Bazar en el que invertí tiempo para recorrer puestos con toda clase de artículos: desde pieles hasta pipas de agua, colgantes, plata, oro, ropa, relojes, muebles... un sin fin de objetos y un laberinto de galerías repletas de tiendas. Bares donde comer o tomar un té. Me canso de lo mismo y continúo hacia el puerto pero antes el Bazar de las especias, este más pequeño pero muy atractivo, es curioso que sus dos pasillos se cruzan formando un cruz, otra curiosidad es encontrar carteles y tenderos que al verte ya saben que eres español y se dirigen a ti en castellano. Hay carteles que ponen en entredicho la honradez de algunos de nuestros grandes almacenes y que sus productos son mejores y más baratos, la situación es graciosa y agradable. De ahí al puerto unos cientos de metros y bajo el puente que cruza el Bósforo que une Europa con Asia, más bares y restaurantes. Gente pescando y vendedores ambulantes donde el plato estrella es la caballa hecha a la brasa. Pero si aparece la policía corren como nunca por su estado de ilegalidad ya que quitan la venta a los puestos allí instalados. De vuelta al bazar, en uno de los laterales, descubro a alguien famoso, por lo menos lo he visto en televisión. Era ni más ni menos que el malabarista de los helados que hacía reír al personal que compraba cucuruchos. Ayudado por un palo largo este acercaba los helados al cliente en cuestión. Al ir a cogerlo le daba la vuelta y, aunque este nunca caía al suelo sí que había que ver la cara que ponían todos y los gritos por el supuesto desastre. Juegos y más juegos que,

al fin y al cabo, era un grato entretenimiento para el turista.

A la hora de comer, cuando mis tripas pedían algo sólido para calmar su queja, busco algún local alejado de la muchedumbre, donde los turistas brillaban por su ausencia.

Acerté, degusté platos típicos, caseros y no los enfocados al turismo. El precio tampoco era el mismo.

Así paso el día, sin prisas y observándolo todo. Antes de volver me quedo mirando la torre Gálata la que hay que visitar al atardecer pero eso será otro día que hoy voy a darme un masaje.

Seguí las instrucciones de María y lo mejor era volver en tranvía, esta vez la vuelta era cuesta arriba. La señas fáciles de encontrar y con solo enseñar la tarjeta a cualquier pasajero te indica donde bajar. A pocos pasos del apeadero encuentro el lugar donde iba a experimentar el famoso baño turco.

Turquís Bath... Hamman y otras letras para mí ilegibles. Al entrar enseño la tarjeta, tras un gran bigote y camuflado bajo un turbante rojo a lunares blanco una voz me habla aunque solo hago caso a los gestos. Me acompaña a una habitación y me ofrece una toalla. Miro a mí alrededor y uno de los clientes me indica que he de desnudarme: salir solo con la toalla puesta. Al igual que él. A mí que me gustan mucho los refranes me acordé de uno "Donde fueres lo que vieres" y eso hice.

Una vez vestido para la ocasión, cosa que pensaba y yo solo me reía, me adentré en los baños. Una habitación circular de unos 8 o 10 metros de diámetro, en el centro un círculo elevado donde se supone te sientas o tumbas para recibir los masajes. Alrededor y pegado a las paredes habitáculos con bancos para sentarse, separados unos de otros por celosías talladas en mármol. Grifos que chorrean agua hirviendo sin parar. Todo de mármol blanco con betas negras o, más bien, grisáceas. En los habitáculos hombres sentados que pasan el tiempo hablando aunque a veces parece que discuten por los gestos y las subidas de tono, una costumbre que también tenemos los españoles. Al estar solo uno de los masajistas éste me indica los pasos a seguir:

—Entrar en el habitáculo y con un cazo te vas echando agua por el cuerpo, cuanto más caliente mejor es el masaje luego.

Mientras tanto me dedico a observar, debido al vapor de agua es casi imposible ver lo que ocurre en el otro extremo. Eso sí, allí solo tíos. Las

mujeres tienen otro para ellas donde solo hay mujeres, los dos sexos separados, si no aquello tendría otro nombre. Al poco se acerca a mí un chaval joven, con una mirada y un gesto se insinúa cosa que ya empieza a ponerme algo nervioso, muchas miradas me dirigen y al final me fui al masajista que en un perfecto inglés me explicó que la razón por la cual me miraban era por acudir solo, pensaban que buscaba contactar una cita. La cosa queda clara y el tal Yusuf, nombre del masajista, dio un par de gritos y la cosa se normalizó.

Volví a mi sitio, ahora más cómodo y a seguir el ritual de cocerme en agua caliente. Dos tipos se acercan y me digo a mí mismo “otra vez” pero esta vez no, se sientan y uno me pregunta:

—¿Por qué buscar a Gustavo?

Esto había sido cosa de María, la del hotel... mire a mi alrededor y la gente seguía tan normal. Yo intentaba estar tranquilo y contestar al sujeto en cuestión, total mi propósito era solo saber si estaba bien y conseguir que contactara con la familia.

—Su familia está preocupada, hace meses que no contacta con ellos —es lo primero que pude decir, las palabras que articulé con una serenidad forzada, casi imposible.

—Gustavo tiene problema en casa, problema con familia y difícil solución pero volverá algún día. Cuando esté preparado — explicó para continuar — ¿tú eres policía, detective...?

—¡No...no! — Dije con rapidez, sin titubear y una corta risa bien disimulada.

—Perdona... soy amigo de la familia, ellos solo quieren saber que está bien y que no está aquí perdido o en contra de su voluntad. Pero dado ese caso no sería cosa mía, solo quiero verle y que llame a casa — mis palabras les resultaron sinceras.

—¿Conoces las cisternas?

—Sí, sé dónde están.

—A las ocho nos vemos en el restaurante que hace esquina, el de la fachada verde claro —dijo algo menos serio y ofreciéndome sus manos se fueron.

¿Vendría Gustavo a la cita? Por como quedamos intuía que sí.

Yusuf me llama, hora del masaje. Acudo a la llamada y me indica que he de tumbarme en el círculo central, otras veces sentado.

Después del masaje mi cuerpo se siente contrariado. Hay partes de él que no siento, otras no sabía que existían. Con una sonrisa me examino, no sé si estoy relajado, apaleado, cocido... Así salgo a la calle después de la paliza. No sé si me confundió con un saco de patatas pero, se ha quedado a gusto el Yusuf este. Pero bueno, creo que me ha sentado bien.

En fin, a la cita que falta media hora.

Restaurante que hace esquina... fachada verde... ¡AH! Vale, ese de madera, buena pinta tiene.

La verdad es que no me costó mucho encontrarlo, estaba no tan cerca pero en la manzana que hay frente a las cisternas. Entro y me estaban esperando, entre ellos Gustavo.

Le reconocí al instante; era el de la foto sin lugar a dudas. Poco cambiado y la misma expresión de cara: en las dos había miedo. En la foto porque sabía lo que le deparaba el futuro. En persona cuando me ve; una reacción normal al no saber el motivo real de mi visita. Con una sonrisa me presento:

—Hola, soy Helenio, tenía que tener un nombre, pero me llaman Hely — dije dirigiéndome a Gustavo, haciendo el chiste del nombre que nunca falla. A los otros dos ya los conocía.

—Hola — me contesta con timidez aunque arropado y protegido por sus acompañantes.

Empiezo a contarle para romper el hielo, Gustavo me habla confiado

Me hicieron llegar la nota que entregaste a María con el nombre de mis padres y el teléfono, por eso he confiado en ti, me dio buenas vibraciones.

Más tarde cuenta con seriedad, me confiesa su homosexualidad y el problema con sus padres y hermanos, el resto de la familia y el pueblo.

Sus intenciones era quedarse a vivir en Estambul, conseguir un trabajo y no volver al pueblo. Denotaba tristeza en sus palabras, en sus gestos. Podía intuir que no hablaba con el corazón.

Allí conoció a Ahmed y, aunque La homosexualidad ya no es delito en Turquía, al parecer cada vez se esfuerza más por aproximar su legislación a la de Europa. Sin embargo la homofobia es considerable, especialmente fuera de la cosmopolita Estambul. De este modo tampoco podían expresar su condición homosexual con mucha libertad pero sí que no tenían familiares ni gente en contra. Hablamos largo y tendido, como suele decirse, sin el miedo a que yo fuese un perseguidor o persona que delatase su ubicación para una posible repatriación por parte de los padres que podían haber

inventado cualquier excusa.

Solo me quedaba rematar la faena y después de cenar fuimos a tomarnos unas copas, mi intención que hiciese una llamada a sus padres y que les dijese que estaba conmigo.

Antes de que se dispusiese a llamar quise intentar acercarme a su persona, saber cómo pensaba y que le impulsó a dar este paso.

No se hizo rogar, vio sinceridad en mis palabras. Puso los codos sobre la mesa al tiempo que recuperaba la mirada perdida y acariciaba sus, aún, escasos pelos de su barbilla. Segundos después empezó a abrir las puertas de su corazón.

—Yo no elegí ser gay, del mismo modo que tú no has elegido ser heterosexual. De pequeño, sin experiencia sexual alguna yo sabía que era distinto. Ellos las miraban a ellas, yo me fijaba en ellos. Soy distinto, sí. Por eso huí del pueblo, quedó pequeño para alguien como yo.

—Supe que mi salud se deterioraba lentamente. No podía compartir mis ilusiones, no tenía comunicación con los demás, no podía encontrar amor. Casi ni amigos. Mi mente se atrofiaba al no poder compartir a esta mujer que vive encerrada en este cuerpo de hombre. Sentía miedo de mí mismo y no quería ser el maricón del pueblo. Aquí me siento libre. ¿Por qué Estambul? Leí a Gala y su pasión Turca. A Lorca, a Machado y ese “caminante no hay camino...” y aquí estoy, sin mirar atrás y viviendo como deseo hacerlo. Volveré, claro que lo haré pero cuando sea fuerte para enfrentarme a todos. Aunque... ¿Sabes una cosa? a veces, desde que estoy aquí, creo que me daría casi igual. He llegado a pensar que he dado el paso pero ¿Soy el único en la historia de mi pueblo? Imagino, a veces, algún amigo, familiar, vecino o conocido incapaz de hacerlo. Sucumbir al miedo e ignorar la realidad. Es posible que existan, casados y con hijos. Yo no quiero eso para mi vida y junto al río tome una decisión que tan solo me ofrecía dos alternativas. Morir o vivir.

Menos mal que estas aquí — dije casi susurrando ya que no quería interrumpirle.

— ¡No! Jamás, el suicidio no entraba en mis planes —contestó con gracia y un gesto que me invitaba a no interrumpir, había cogido el hilo y quería acabar.

—Morir en vida, esa era la cuestión. Seguir en el pueblo y traicionarme.

—La otra opción creo que fue la acertada: elegí vivir aunque para ello tenía

que dar el paso en el cual me encuentro ahora; hablando contigo y feliz. Eres el primer español a quien he contado un trocito de mi vida. Y me alegra poder hacerlo.

Hizo una pequeña pausa para sentenciar diciendo:

—Volveré, si, pero no ahora. Quiero hacerlo, tal vez lo necesite.

También necesito más tiempo.

Se hizo el silencio, levantó su copa e invitó a brindar pero nadie se atrevió a decir algo. A él se le escapó una lágrima y yo acerté a decir: ¡Salud!

Tras el brindis me miró con una sonrisa temblorosa. Cogió unas monedas, salió del local y se paró ante una cabina de teléfonos. Segundos después hablaba. Sus gestos delataban que la conversación era amistosa, esperada, de mucho nervio y, creí satisfactoria.

Así fue, hubo brotes de lágrimas por parte de Gustavo, imagino que al otro lado del teléfono alguna se escaparía. En la distancia se sintió con fuerzas para contar a su madre la realidad de la separación, de esa rotura del vínculo familiar. Al colgar quedó pensando, mirando a Santa Sofía. Al volver con nosotros me dio las gracias, brindamos y yo le agradecí a el

— Si no es por ti, el venir a buscarte, no sé cuándo hubiera podido visitar Estambul. Así que han sido favores mutuos... Por nosotros —volvimos a brindar y nos despedimos.

En los cuatro días que me quedaban en tierras turcas visité el interior de las mezquitas, las cisternas, vi atardecer desde la torre Gálata, el palacio de Topkapi y me di un buen paseo en barco por el Bósforo. Compré algunos regalos y recuerdos para mi colección.

A mi regreso a España visité a los padres de Gustavo a los que conté como vi a su hijo explicándoles su forma de ser, como fue el dar con él. Quedaron en enviarle dinero si este lo necesitaba hasta encontrar un trabajo. Al despedirme de ellos me dieron un sobre y las gracias

—Al fin y al cabo solo nos importaba saber que se encontraba bien. Quiera o no es mi hijo—murmuraba con la mirada algo perdida.

Una vez por semana hablaban por teléfono, sus padres quedaron en visitarle en semana santa. Pero ya no supe más de ellos.

En casa recordaba el viaje, la bonita sensación de haber colaborado en algo positivo y, cómo no, la parte económica.

Me dejó marcado tanto Gustavo como su historia, el viaje y todas las sensaciones positivas. Esto me animó a seguir.

Fue mi primer “trabajo”, mi primera aventura. Hubo más viajes, varios de ellos me llevaron por Asia, ante todo India, país del que quedé fascinado.

Sin embargo, un tiempo más tarde, ocurrió algo que se convirtió en el principio de otra más interesante aún.

C A P Í T U L O I I I

ALBA

Puede parecer extraño pero fue así. Todo comenzó hace mucho, muchísimo tiempo. Por lo menos lo recuerdo tan lejano que parece que nunca ocurrió que ha sido producto de un sueño. Es la historia que marcó una parte importante de mi ser, mi vida desde ese instante. Casi diría que fue el comienzo de “casi todo” con osadía diría que aún no tiene fin.

Y es cierto que aquel día la curiosidad es quien inició todo este embrollo. También las ganas de sentir y la compañía perfecta. Quién sabe si a partir de ahí el amor no tuvo la mayor parte de culpa. Algo tan breve y tan difícil de olvidar. Todo empezó con aquella mujer. Solo un día que marca toda una vida. Páginas que después imprimí en mi diario tal cual la recordé.

No recuerdo qué me hizo venir a esta playa. Donde hoy escribo lo ocurrido todos estos años. Una de las historias más hermosas que recuerdo haber vivido.

Aquel sábado salí con mis amigos, terminamos a una hora prudente. Sé que no tenía sueño, me apetecía pasear, y acabé en esta orilla. Desde entonces, Cuantas veces he pisado esta arena y me he perdido en el recuerdo, en la nostalgia ¿Casualidad o destino? ¿Tenía que ser así? No recuerdo qué me hizo venir. El escenario al completo, ideal. Las estrellas dando sus últimos guiños... el sol a punto estaba para desperezarse en el horizonte y, con timidez, desplegar sus primeros rayos como brazos enormes que va acariciando al tiempo que despierta un nuevo día. Caminaba entonces por esta orilla, intentando oxigenar mis pulmones con la suave brisa marina. Saboreando ese olor a mar, tan cálido como sus aguas que invitaba a un buen baño. No lo hice, la tentación era casi irresistible. No había clareado el sol y caminé durante un buen rato, pensando, buscando en el infinito del cielo, entre las estrellas, en la inmensidad del mar, en la arena. No buscaba algo concreto, solo perdía la mirada observándome en el infinito, tal vez el reflejo de ese nuevo “yo” en esta época en la que me sentía bien, feliz. Mi vida carecía de monotonía, de rutina diaria. Quizá, por eso,

me encontraba en la playa disfrutando el momento. Al dirigir la vista al frente un pequeño destello llamó mi atención. Alguien encendía un cigarro, no estaba muy oscuro, tampoco tan claro. Paseaba por la orilla sin prisas al igual que yo supuse, jugando con las olas que una vez rotas salpicaban a su alrededor miles de gotas de agua que brillaban al reflejar la tenue luz que, poco a poco, asomaba por el horizonte. Disfrutaba cada segundo, cada centímetro. Se acercaba como la luz del nuevo día, como el sol. Ahora ya podía distinguir su figura el color de su ropa, su larga melena.

Se acerca. También el sol. Apenas treinta metros nos separaban.

Llevaba una camiseta de tirantes verde oscuro y un pantalón a juego. Mojado hasta las rodillas.

Estaba tan cerca que nuestras miradas se cruzaron. Y casi podían sentirse.

Disimulé y miré a la derecha, al horizonte. Ella miró a su izquierda.

El sol ya asomaba haciéndome un pequeño guiño. Ella también lo notó.

Casi a punto de cruzarnos me senté en la arena.

—Quiero ver nacer el día. —me dije —.

Pasó por delante de mí, silenciosa. A unos metros se sentó. Quise decirle algo..., la magia del momento impuso silencio. La mire... y me estaba mirando. Con rapidez y disimulo esquivó la mirada. El sol salió, despacio, hasta posarse sobre las aguas. Parecía como si se preparara para dar un salto hacia el cielo y volar.

Se resistió, pero al final... voló.

Así nació aquel domingo de Septiembre. Con un sol majestuoso que nos brindó las caricias de sus primeros rayos al son de la música que en la orilla, hacían las olas al romper. Faltaba la letra que rompiera aquel silencio. Ese silencio formado por una barrera invisible que impide la comunicación entre personas. Esperé y... en cuestión de segundos fue ella quien osó poner la letra que faltaba.

—¡Hola! Buenos días, ya ha amanecido. Seguro que es un bonito día.

Sonreí y la miré a los ojos. Al tiempo que contestaba.

—Buenos días, —añadiendo —Si el resto del día es como el amanecer será, con toda seguridad, un día muy hermoso.

Puso una sonrisa en sus labios, en sus ojos. Azules como la turquesa, como aquellos mares del sur. Provocando en mí un escalofrío de placer. Se dio cuenta y, con cierto aire vergonzoso, desvió su mirada comenzando a

escribir en la arena mojada.

—Te has... mojado los pantalones. — continué diciendo —. Se sonrojó, los tocó con sus manos al tiempo que se excusaba con cierto sonrojo:

—Sí, bueno... Un poco. Me hubiera gustado bañarme pero me impone respeto el mar a estas horas. Y antes que aún era de noche, más. ¿Y tú no te bañas?

Me gustaría, solo que no tenía previsto venir y no traje bañador ni nada. Pero bueno, una parte de la playa es nudista y no creo, si me decido que haya problema. —Decía más como un deseo y no un propósito.

Empezamos hablando del buen tiempo, del mar, de las movidas nocturnas de la zona. Después hablamos de nosotros.

No era de Alicante, estaba de vacaciones y cada vez que podía pasaba sus días aquí.

Nos pusimos a caminar entre risas y palabras, entre palabras y sonrisas. En la orilla el agua de las olas envolvía nuestros pies y el caminar salpicaba nuestras ropas. Eran casi las siete de la mañana, apenas la conocía quince minutos y me parecía conocerla meses, años.

Llegamos a la zona de las rocas, nos sentamos y la invité a fumar.

Después la invité a un baño, quería presentarle el mar.

—A estas horas es una delicia y si nunca lo has probado te gustará. — Le dije mientras me desnudaba —, no te importa ¿Verdad?

— No. —Me contestó —también suelo ir, aunque no siempre, a playas nudistas.

Se desnudó, nos dimos la mano y despacito nos adentramos en el agua. Poco a poco el agua cubrió nuestros cuerpos. El mar lo agradeció brindándonos su sal, su espuma, su transparencia y... toda su inmensidad. Nadamos y jugamos, al cabo de un rato salimos. Era preciso descansar.

—¿Qué te ha parecido? — Le pregunté mientras, con la camiseta, secaba mi cara y manos.

— ¡Uuhmmm! Ha sido maravilloso... que distinto es de otras horas. Cuando hay mucha gente.

Comenzaron a llegar los madrugadores. Eran pocos y discretos, una característica importante entre los nudistas. Van a su rollo y sin ánimo de molestar.

—Qué bonito es el mar. ¡Qué azul! Ahora lo siento de forma distinta.

Y me miró, con su piel desnuda y mojada, con esos ojos tan brillantes, su

melena que de cuando en cuando dejaba caer una gota de agua y una de ellas se dejó caer por su nariz, acerqué mi mano y con un dedo la rescaté...

— Esta gota de mar me la quedo. Como el azul de tus ojos. Es... como un trozo de mar, como dos estrellas que brillan y que me harán recordar este amanecer.

Se sonrojaron sus mejillas, de una manera muy especial, y le imprimió una sonrisa a mi recuerdo, a mis palabras. Entonces le dije que con esa compañía era casi perfecto. Me atrajo su mirada, su forma de moverse, el suave perfume que desprendía su piel, su timidez.

—Deja que te robe un beso — me decía a mí mismo —que los besos robados saben a miel y la de tus labios seduce mi corazón.

Me acerqué a ella y cerró los ojos. Quedó indefensa ante el momento. Dos corazones que se aceleran y que te hacen sentir la necesidad de oír los latidos de ese otro que late por ti. Esperó que me acercara. Sabía que le iba a robar sus besos, aquellos que tenía guardados, los que tenía escondidos. Los busqué en sus labios, en sus mejillas, en sus ojos. Tenía tantas caricias escondidas, deseosas de ser descubiertas que se dejaron descubrir, a golpe de besos, los caminos del placer.

Aún cuento aquellos besos, aquellas caricias... siento que me pierdo y olvido para así volver a empezar. Entre aquellas rocas nos amamos. Bebimos de aquella miel que fluía de nuestros corazones que nos daba vida y placer. De mis brazos no quería apartarse y de los suyos no me iba.

Una mirada y un estallido. Un te estoy amando y un por qué.

¿Por qué?

—Lo que queda del día, todo para nosotros. Mañana que vuelva a amanecer...

— Pero eso será mañana — Apuntó ella.

Me acompañó a casa. Nos duchamos y le dejé algo de ropa.

Mi casa delataba los países que había visitado. Entre tapices y figuras, cojines y alfombras. En la cocina, al abrir la despensa podía olerse la variedad de especias y distintas clases de té. En el resto de la casa el olor al perfume de incienso que, de mi habitación favorita, se repartía por el resto de la casa.

—Me gusta esta habitación, parece salida de aquellas historias, de Bagdad y las Mil y una Noches.

—Es mi pequeño refugio, un pequeño reflejo de lo que soy; por lo menos

como me gusta ser.

—¿No tienes fotos? No he visto...

—No. No me gustan las fotos. — corte con una sonrisa —. A propósito, no sé cómo te llamas. Pero mejor, no lo digas. ¿Comemos?

Y era cierto, sin embargo lo ocurrido, era más importante.

—¿En que trabajas? — y me miró con una sonrisa y una dulce mirada.

—No, por favor. Sería muy aburrido hablar de ello. — fue su respuesta

Soltó un par de carcajadas, la cogí de la mano y nos fuimos a comer. Después la acompañe a su pequeño apartamento que había alquilado. Tenía las maletas en la puerta. Estaba de suerte — pensé — acaba de llegar.

—¿Cuánto tiempo te quedarás? — pregunté —.

—Tenía que haber salido esta mañana. Fui a la playa solo a despedirme del mar, del sol. —Dijo algo seria y con unos ojos que se humedecían con lentitud.

—¿Por qué has llegado al final? Casi todos los días he ido a ver amanecer y te he visto hoy por primera vez.

Callé, me cogió por sorpresa. Disimulé mi estremecimiento, ese nudo que me dejó sin palabras.

—Pero... nos volveremos a ver, ¿A qué sí? Te llamaré y en cuanto pueda volveremos a estar juntos, como hoy. — continuó diciendo.

—Claro que si, sé que nos veremos... ¿A qué hora debes irte?

—Me iré después de cenar, pero si voy a viajar de noche tendré que dormir algo, así que... ¿Dormimos la siesta juntos? Quiero verte dormir a mi lado, despertar junto a ti.

Dormimos, aunque más bien, durmió mientras contemplaba su cuerpo desnudo, acaricié su sueño gozando cada minuto que estaba

a su lado. Despertó pasadas un par de horas, me abrazó y dándome un beso me susurró al oído:

—No nos pongamos tristes y dejemos que esto sea solo el principio. Yo si quiero saber tu nombre. Quiero poder llamarte en sueños y que lo haga mi corazón. Cuando me encuentre sola poder gritar un te quiero y el nombre de la persona que hace brillar mi sonrisa. Confía en que será así, en la historia que ahora empieza—tras una pausa y con una sonrisa...

—Vayamos a cenar... que nada entristezca este bonito día.

— Es mi corazón quien se reserva una pequeña y... humana duda — contesté.

Más que cena fue un tentempié a ella le quedaba un largo camino por recorrer, a eso de las diez se marchó. Llámame cuando llegues. Se fue como el día. Como aquel verano. Sonriente, con las ganas de volvernos a encontrar en el mismo lugar no hubo lágrimas tristes tan solo unos ojos que decían adiós, un hasta pronto.

Al día siguiente me llamó, vio el amanecer en el camino, sin mar, sin estar juntos.

—Alba, te llamaré Alba. Porque al amanecer te conocí y cuando recuerdo aquel día veo tu imagen. Alba, cuanto deseo estar a tu lado. Me llamó todos los días a la misma hora. Mes y medio después llegó el día esperado, tenía el fin de semana libre, estaba dispuesta a venir. Era solo el fin de semana, en Navidades estaría un mes.

Mis amigos que estaban al tanto, querían conocer a Alba, la mujer que les pinté en el aire, querían conocer a la mujer que hizo sonreír mi corazón, quien me dio la felicidad casi perfecta.

—Allí estaré, en la playa. En el mismo sitio, antes de amanecer.

Que el sol no salga sin nosotros. Un beso. —y colgó.

La esperé, como un niño cuando espera el día de Reyes, como se puede esperar a la mujer que día a día tienes en tus labios.

Llegó el día y estaba eufórico. Cogí el coche y me fui a la playa. Las cinco de la mañana, era algo pronto. No me importaba esperar, había estrellas y nubes. Las estrellas me recordaban sus ojos, las nubes el tiempo que nos separó. El verano se marchó y el agua no estaba tan cálida. Estaba nervioso, comenzaba a clarear y ella no llegaba. No podía pensar, miraba y buscaba donde la vista me permitía. Falta poco para que salga el sol y ella no está. Tal vez se retrase, viene de lejos y, a veces, es incalculable el tiempo. Salía el sol con prisas, no lo vi posarse sobre las aguas ni volar. Tampoco llegó ella, quería seguir esperando sin saber qué hacer empezaba a preocuparme.

¿Y si se retrasa y me llama a casa? ¿Si viene y no estoy?

Dieron las nueve, fumaba sin parar. A las diez me marché. No llamó a casa. Ni fue por la playa.

Eran las seis o las siete de la tarde, no sabía nada de ella. Impaciente, intranquilo, in... ¡El teléfono!

—¿Sí?, ¿Dígame?

—Sí, soy yo.

— No, no. Sí, pero... no, no.
—Mire... lo siento pero...
—¡Oiga!, Perdona, pero espero una llamada urgente.
— Ya, sí. Le llamo, bien.
—Gracias, chao.
—¡Pesaos!
Bueno, no era ella.
—¿Qué habrá ocurrido?

Ahora recuerdo que empezaba a anochecer. Sin saber qué hacer, esperando con la sola compañía de un teléfono que no sonaba y un whiskey de ocho años. Ciertamente es que la inspiración nace con la soledad y se sirve con hielo. La desesperación hay que armarla de paciencia.

Al día siguiente seguía esperando. Allí, sentado en el primer escalón del portal cuando vi pasar a aquel individuo de gafas negras que intentaba pasar desapercibido. No le di la menor importancia de no ser por los acontecimientos que días después me recordaron aquel instante, aquel tipo, aunque algo raro, pudo pasar inadvertido.

Para muchos era nuevo en el barrio. Apenas vivía allí un par de años. Poco amigo de los vecinos. Mi vida se desarrollaba siempre en las afueras. Suelo viajar y mi trabajo tampoco me permite relacionarme en el modo tradicional de toda aquella gente. En los bares siempre los mismos, en la carnicería los mismos clientes, en la droguería, el ultramarinos e incluso el peluquero que controlaba la crecida de pelo de cada uno de sus clientes y el arreglo de barba y bigote, trabajo que por un módico precio seguía ejerciendo como buen barbero que así rezaba el rotulo de aquel comercio negado a crecer con el tiempo.

Al volver a casa un sobre asomaba en mi buzón. Sin remite, sin membrete alguno; solo mi nombre de pila como destinatario. Lo dejé sobre la mesa sin darle importancia. Mi mente estaba ocupada pensando en Alba. Pasaban las horas y me cansaba no hacer nada, mejor dicho, de dar vueltas sin saber qué hacer.

Me senté. Cogí el sobre y lo abrí. Dentro una nota extraña que decía:
PNCHV0091VGGH
VW430BLUE

Junto a estos datos un número de teléfono al que no tardé en llamar. Al otro lado una voz que dice:

— Policía local ¿dígame?...

—Ya decía yo que me sonaba el número — pensé —. Le conté lo de la nota y solo pudo descifrar la segunda línea...

—En relación con esas letras le informo que coincide con un Volkswagen azul accidentado esta madrugada a las 4.30, o por lo menos a esa hora nos dieron el aviso, el resto de las letras no me dice nada ¿es usted familiar?

No sabía que contestar, ni qué relación podía tener. Sin embargo me temí lo peor... Alba... que no sea por favor pregunté por sus ocupantes, le conté que esperaba a alguien que no había llegado. Una mujer, de unos 25 años, morena...

—Coincide — contestó — si quiere puede pasar a recoger más información, a por sus objetos si se diese el caso de ser la misma persona.

Asentí sin querer. En el fondo deseando que no fuese ella.

A las diez de la noche fui al retén municipal, allí estaba el coche, destrozado. Un Policía local de paisano que se presentó como Arturo me enseñó la foto de su carné, era ella. Hubo un silencio, un llanto reprimido, apagado por un corazón que pareció dejar de latir. Callé, no pude articular palabra alguna.

Al poco, el mismo tipo se acercó a mí haciéndome entrega de algunas de sus pertenencias después de volver a preguntar, comprobar que, sin lugar a dudas, la conocía y venía a verme.

Según me informó localizarían a su familia para más tarde llevarse el cuerpo. Me invitó a ir al hospital al tiempo que me lo desaconsejaba. No quise ir a verla, me quedé con el recuerdo de su sonrisa... hasta hoy.

Al día siguiente fui a la playa, vi amanecer, otra vez sin ella. Como tantos días desde entonces.

Quise aprender a olvidarla todas las noches que vagué perdido, soñando con ella en cada amanecer tan distintos sin ella. Cuantas veces me dije que la había perdido y el corazón se me estremecía.

Fue allí, en la playa donde abrí la caja que tenía mi nombre. Tras el envoltorio una caja de madera tallada con escenas hindúes donde reconocía las figuras de Rada y Krishna.

Dentro había varios artículos y una carta.

Muchos Besos Hely,

Deseo tanto el día que ha de amanecer en la playa que casi cuento los minutos. El escribirte estas letras es porque ansío verte y que sepas algo de mí en el caso de que no pueda llegar a tiempo y hablar contigo, explicarte. He recibido amenazas que ponen en peligro mi vida. Espero que la tuya no, puesto que en esta historia no estaba prevista tu entrada. Quiero ser sincera: Lo nuestro, aquello tan hermoso, fue amor del bueno. Por eso te escribo por si hablarte no pudiera.

Hay un hombre en India, le llamamos Pancho villa. Ya sabes, es mejicano y le viene al pelo. Si algo me ocurre y recibes esta carta ponte en contacto con él. Ya te dirán como, en el caso de que no me sea posible. Cosa que espero no ocurra.

Quiero verte, tenerte y sentirte. Después contarte todo esto y poderlo explicar. Después de tantos amaneceres sin ti...

... me guardo los besos.

Después de leer la carta aún me quedo peor. Sí que puede ser cierto que nuestro encuentro fuese casual, allí nació un amor espontaneo, un encuentro muy casual. Tal vez sin quererlo me metí en algo que no debía. En una historia que, después de todos estos años, he llegado a conocer y entender.

— ¿podía haber presagiado este momento?

Junto a la carta una piedra pequeña, ovalada y negra, con vetas color carne y muy pulida. Algo parecido a lo que yo conocía como un Lingan una postal en blanco y negro de Shiva en el que solo su pelo azul estaba coloreado.

Ahora sí, creo que ya puedo descifrar la frase enigmática que recibí junto a la que me comunicaba la muerte por accidente de Alba.

PNCHV0091VGGH

Pancho PNCH la V de Villa, 0091 es el prefijo de India, V de Varanasi, dicen que es la ciudad donde hay una peregrinación por más de cinco mil Lingan y GGH un hotel muy conocido por mí, de ahí que supusieran que acertaría rápido en su localización Ganpati Guest House. Pero que tengo que hacer, ¿Llamar? ¿Ir?, ¿Qué puedo encontrar allí? Ese tal Pancho Villa...

¿Quién es?

Además había un colgante, un poco raro. Un símbolo de OM en sanscrito, pero no hindú, tibetano. Más típico de la zona Nepal y Tíbet.

Un mapa en el que había marcada una ruta hasta Estambul y otra hasta India. Por cierto, dos rutas que parecían marcadas para un viaje por carretera. De ir a India mejor el avión, lo más fácil y rápido. Al menos eso pensaba aunque no estaba en mis planes, de momento, volver allí.

Volví a casa pensativo, ajeno a lo que estaba por llegar. Al pasar por la puerta, aquel individuo de gafas negras, este se dejaba presentar con la mirada. Pasé de largo y aparqué el coche unas calles más abajo. Le busqué, puesto que era yo quien ahora quería pillarle por sorpresa. Me senté tras él, en la terraza de un bar y le hablé

—¿Me buscabas? —Como si me esperase, no se volvió para mirarme, solo hizo un gesto al tiempo que apagaba un cigarrillo con el pie.

— Te he dejado una nota y un teléfono, estaremos en contacto — y se marchó.

CAPÍTULO IV

DAVID, EL ENLACE

Y así era, en el buzón había una nota y un teléfono, pero no un número no, un teléfono móvil. Antiguo, de los que ya no se usan. De los baratos, de esos que hoy llamamos “ladrillo” y te hacen reír cuando los miras. Encendido, nada más cogerlo empezó a sonar, ¿Sí? Nadie tiene este número — contestó una voz — Alba me habló de ti y sé que desconoces la historia. Por eso te necesitamos, tampoco te conocen a ti. A ver — le corté mientras hablaba — no sé de qué va esto, primero el accidente de Alba, después las notas, los abalorios y ahora... ¿qué más viene después?

—Necesitamos tu ayuda, pero si quieres que te diga la verdad Alba no quería meterte en esto. Es algo que ha surgido a raíz del accidente. Si quieres saber algo más... fue, de algún modo, provocado. —me quedé sin palabras aunque, después de todo, lo podía intuir pero claro, esto solo pasa en las películas. O al menos así lo creía.

—Bueno, mira... no se dé qué va esto pero ¿vale una vida? — pregunté algo agobiado.

—Si —afirmó sin titubear— estaremos en continuo contacto, te explicaré lo que puedes hacer para acabar lo que ella no pudo... por cierto este móvil no es rastreable. No tiene GPS como los de ahora. — y colgó.

Madre mía. No me lo podía creer. Que será este lío en el que me he metido. A partir de ahí todo era inseguridad. Cuando andaba por la calle, cuando subía al coche, o al autobús. Me daba la sensación de que todos me miraban o seguían. ¿Estoy esperando instrucciones? ¿De qué? Me preguntaba una y otra vez. Y mis vecinos quejándose. Que no me han visto en los años que vivo aquí y apenas me conocen. ¡Joder!, salgo con discreción de casa, no es que me esconda pero lo hago sin hacer ruido ni pegar portazos y entro del mismo modo. El problema puede ser que no coincidimos en los horarios o que no me apetece cruzarme con ellos después de una noche... dura, si, dura. De esas en las que te tienes que reunir con amigos y haces lo posible por volver a casa antes de que los vecinos salgan a currar y, claro, vuelvo a salir cuando ellos

siguen currando. Será por eso que no coincidimos. Total que sigo a lo mío.

Una tarde volvió a sonar el misterioso teléfono. Era el mismo tipo de la otra vez y esta vez para quedar. Si quería contarme cosas o ponerme al día de sus propósitos o los de Alba debía ser un lugar sin mucho jaleo pero tampoco solitario. Su tono de voz me daba confianza. Me arriesgué y le propuse quedar para cenar en el bar de mi amigo Pablo, en La Cueva del Arce. Allí podíamos hablar con tranquilidad, a las ocho de la tarde tampoco estaba muy lleno. Pablo siempre me reservaba una mesa en el rincón del ventanal, en la primera planta, desde donde podía observar casi toda la calle. Al llegar le comenté que había quedado con cierta persona a la que no conocía mucho y le describí con rapidez.

—Mayor y de pelo blanco y que, tal vez, pregunte por mí.

Nada más sentarme me sirve una cerveza bien fría y un delicioso plato de jamón: Ahí tienes Hely, para acompañar —decía con una sonrisa pícaro.

Al poco llegó David, le reconocí a la salida del parking subterráneo, el cual podía ver desde mi privilegiado sitio.

Al acercarse me levanté, nos dimos la mano y se presentó. Tenía una voz más bien ronca pero muy melodiosa. De esas que parecen existir solo en radio o televisión. Un De Niro o quizás Al Pacino. Su corbata de nudo gordo y bien puesto, camisa blanca y una americana gris oscura.

Después y una vez roto el hielo bajo sus gafas de pasta antigua dibujó una sonrisa y comenzó a hablar puesto que ese era el propósito principal.

—Para coger el hilo de todo he de contarte algo relacionado con el pasado de Alba que resumiré lo más posible, la vida de cuatro personajes. ¿Por qué? creo que cada uno de ellos tiene un papel importante en la vida de los otros tres. Empezaré por Aurora, seguida de Vicente Bru... le corté y al mismo tiempo le pregunté

—Lo de la presentación está muy bien, tal vez la historia también pero ¿no iba a contarme algo de Alba y su accidente? Por cierto ¿Tiene usted nombre? —notó que no tenía muchas ganas de bromas, cuentos y sobre todo pérdida de tiempo, así que me miró y con un gesto y sonrisa diferente pidió calma a lo que añadió.

—Tal vez saques conclusiones con lo que quiero contarte —continuó—
Puedes llamarme David.

CAPÍTULO V

AURORA Y VICENTE

Parecía ponerse cómodo, tal vez lo que se disponía a contarme necesitaba su tiempo.

—Aurora es sin duda, (era) una de las tantas mujeres que se sienten abandonadas por la edad, las curvas, la belleza, la gracia y sobre todo, por su marido.

Después de dar vueltas y vueltas a su figura, a su forma de ser, de ver esta vida, a la que tanto cree deber y, sin embargo, le pasa las cuentas de lo que jamás le benefició.

A Aurora le llegó el matrimonio demasiado pronto, más de lo deseado. Su primer marido, Oscar, le duró menos que un estornudo espontáneo. Aquel matrimonio no llegó al medio año.

—Nos veremos, y espero que sin excusas. Espero que sea antes de ese día. Oscar, me llamo Oscar y esta es mi tarjeta, me llamas en cuanto tengas algo, ya me entiendes, búscate una excusa para que a solas podamos negociar. Aunque vivo en Madrid, vengo cada semana. Negocios, ya sabes.

Con esta nota conoció Aurora a Oscar, su primer marido.

Aquellas palabras, aunque escritas, se le quedaron grabadas. Y le llamó. Solo para decirle:

—El sábado te espero, tenemos que hablar de todo aquello que quieres, en estos momentos y, de lo que yo quiero a cambio.

Esa fue la clave para la cita, para ese día tan especial.

Meses después se buscaban el uno al otro. Aurora acudía al mismo restaurante, al mismo hotel. Se veían y se amaban, se contaban historias y reían y bebían, así pasaban las tardes y él la acariciaba. Ella quería detener el tiempo y este pasaba más rápido de lo que debía. A veces pensó que su vida tendría más sentido junto a él.

Esto fue una especie de amor por encargo, antesala a un matrimonio de conveniencia que no salió tan mal. Tanto por parte de él como de ella. Los negocios unieron dos almas necesitadas de cariño, el resto lo supieron condimentar con el mejor aderezo del que disponían. La atracción era mutua,

el placer obvio y el amor solo cuestión de tiempo... ¿qué más podían pedir? Lo único que les dio inseguridad, sobre todo a Aurora, era la diferencia entre ejercer de amantes, en el que se comparten placeres, o convertirse en pareja “legal”. Eran conscientes: El matrimonio cambia las cosas.

Dieron el paso y se casaron, sí. Ambos con su mejor y atractivo negocio. Aurora, propietaria de una cadena de electrodomésticos por toda la provincia. Nada mejor para un tipo como él. La libertad de movimientos la tenía asegurada.

Lo cierto es que de Oscar sabemos muy poco. Viajaba mucho escudado siempre en los negocios. Una vez me contaron que tenía mujer e hijos en Santander. Cuando murió ya estaban separados y Aurora rechazó un procedimiento judicial en el que tenía que compartir la paga de viudedad así que renunció a ella directamente y, más aún, cuando conoció a uno de sus hijos. Un único problema que hubo y que tuvo rápida solución es que le pedían parte de su negocio, cosa que no le inquietaba puesto que ella ya era dueña de todo antes de conocer a Oscar y este jamás formó parte de él y, ni tan siquiera, estuvo en nómina.

— Tras este corto matrimonio hubo un paréntesis. Después llegó lo que tal vez importa.

Cuando Aurora acababa el día y daba por terminado lo que llamaba “mi trabajo” solía reunirse con varias amigas. Algunas de la infancia, otras del café de las cinco cuando aún acompañaba a los críos al colegio. Para ella las reuniones eran solo excusas, siempre miraba a lo lejos, casi sin prestar la atención necesaria a los cotilleos y críticas de esos programas basura de televisión. Se reía por dentro pensando en la parte chabacana de aquellas conversaciones. Pensaba que su vida era... algo más interesante que todas esas historias vacías que allí se discutían sin necesidad, solo por matar ese tiempo que, a veces, ella llegaba a consentir con vergüenza ajena.

Sin embargo se dejaba seducir por los deseos de placer, pensaba en Vicente el hombre que ocupaba su todo a todas horas, al que le había fabricado un hueco en su parte más sombría del corazón. La parte más vulnerable, esa que siempre tenemos dedicada a la esperanza, la más vulnerable, esa que nos hace sentir dolor.

Cuando pensaba en Vicente, su actual marido, sin remedio le venía a la cabeza Oscar y aquel matrimonio que le vino antes de cuajar como pareja.

— demasiado pronto, más de lo deseado — Haciendo una leve pausa

— Cosas del amor — se decía al pensar en su matrimonio con Vicente — como el invierno que te azota en pleno agosto y jode las vacaciones, así fue mi boda — dijo el día en que su marido empezó a serle infiel. Ahora se veía sola y con dos hijos: La mujer que conoces con el nombre de Alba y Vicente

Cuando conoció a Vicente le pareció un hombre amable y de posición demasiado estable, por lo menos así le creyó. Mujeriego y muy atractivo

Vicente Bru Martínez, un tipo raro donde los haya. Nació en Salou, de padre catalán y madre extremeña. Eso sí, nunca conoció a su padre. Nunca lo echó de menos y jamás hablaba o preguntaba por él. De él sabía bien poco, el nombre y no mucho más tan solo lo que su madre, a veces, quiso contarle.

—Lo conocí aquí, en Salou, me preñó y salió corriendo. Es que en aquellos tiempos, para correr, no hacía falta mucho y aquí me quede esperando. Eso sí, después de parir mi cuerpo serrano volvió a su sitio y claro, yo tan joven y tan guapetona que para los tíos era como el maíz para las pollos, como comprenderás, ni mi niño ni yo íbamos a pasar hambre que la cosita, en aquel entonces... estaba muy mal Vicente.

Su madre, Federica Gutiérrez, enemistada con medio Portugal y parte de Andalucía por asuntos de venta de pollos, huevos y otras especies de plumíferos se dijo a si misma

—Que estoy hasta el moño de tanta granja y tanto aprovechao. Un día de estos me los cargo de un plumazo. — Dicho y hecho se fue sin decir ni pío.

—Ahuecó el ala y desapareció— decían en el pueblo con alguna que otra carcajada y recordando los “pollos” de doña Federica.

Emigró a Salou, a la costa. Allí compró un pisito con los ahorros y, despacito, buscó trabajo.

Mucho verano y mucho calor. Mucho turista y Federica tan joven tan deseosa de placeres y de vida que una noche de locura y mucho vicio conoció a Miquel. El que fue padre de su hijo.

—Mira Vicente — le confesó — como todas las personas no estaré aquí toda la vida, o por lo menos no toda tu vida. Si Dios es justo debe llamar a mi puerta antes que a la tuya. Vengo de ver a Julián, el médico, y por mí no da ni las buenas noches. Así que al grano que cuando llegue el día quiero dejar lo menos posible en el tintero. Lo primero es que no quiero que me entierren. Eso de que me coman los gusanos... y es que luego lo pienso y en un nicho tampoco, no se cuele un pajarraco a picotear, ya sabes, lo de las plumas lo llevo muy mal. Así que tu veras que haces conmigo cuando la gracia de

Dios me lleve a su lado, o yo que se... cualquiera sabe lo que me tiene preparado, y escucha, al pueblo ya dije que ni muerta y aquí me han ocurrido tantas cosas buenas que aquí me gustaría morir y que mis cenizas se vayan lejos, vamos, para que no haya algo malo que recuerdes

—Ay Vicente — le recriminaba — tu sin echar el clavo a ninguna moza...

—¿Y la tal Raquel? Aquella te miró con buenos ojos pero tú... has salido a mis pollos, aquellos de la granja, siempre detrás de todas las gallinas. — Vicente asentía con la cabeza al tiempo que la miraba con tristeza. Ya sabía de la enfermedad de su madre a la que se prepararon con tiempo. No tenía que ser algo triste.

—Tanta resurrección y tanta leche y aún no conozco quien abandone ese paraíso para volver, si me voy sin nada es que allí no se paga nada, así que alébrate que me voy a un sitio que parece bueno.

Se contaban entre ellos, a veces entre risas, otras había alguna que otra lágrima que escapaba e intentaban ocultar.

Estando ingresada y según Julián el médico en las últimas, Clara, hermana mayor de Vicente le contó que Miquel Bru, su padre, había fallecido en Barcelona y de infarto en el campo de fútbol, en el Nou Camp y por culpa de un Barça —Madrid.

—No sabía yo que al Miki le gustase tanto el fútbol—le dijo su madre con un guiño, mientras miraba por la ventana sin saber dónde. Vicente se dio cuenta, había un hueco en el corazón de Federica aún reservado para Miquel, su padre biológico.

—Bueno, ya me puedo morir tranquila que tengo faena allí arriba —dos días después murió.

Tras abandonar este mundo, Vicente tenía un dilema:

—¿Y ahora qué hago? Lo normal será recoger las cenizas, después ver qué puedo hacer — pensó, y... dicho y hecho pero ¿Y después? ¿Dónde merecen ser esparcidas?

En cuanto pudo cogió el primer tren a Zaragoza y allí un taxi:

— Por favor — ordenó al taxista — Lléveme a cualquier parte del río donde una barquita me dé un paseo que es importante. — y el taxista así lo hizo.

Se subió a la primera barca que vio libre y esta le llevó hacia el centro del río, allí abrió su bolsa de deportes y sacó una pequeña urna que contenía las cenizas de su madre, se dispuso a verter el contenido, cuando de

pronto...:

—¿Qué hace? — Pregunto el barquero — ¡Eso está prohibido!

Vicente que, por su madre era capaz de cualquier cosa, sacó un billete que ofreció al barquero y este, con un — en fin — se lo guardó y se dio media vuelta, encendió un cigarro y se dijo a media voz:

— Bueno, cosas peores se han visto.

Vicente, al verter las cenizas no rezó, pero mirando las aguas del Ebro pronunció unas últimas palabras que dedicó a su madre:

—Mamá esto es lo mejor que he pensado para despedirte. Que las aguas te lleven y eliges el lugar donde quieres reposar.

No hubo lágrimas, solo un beso y las flores inventadas que no pudo comprar.

Al volver al pueblo lo tuvo muy claro, quería cambiar de aires, allí casi no le quedaba nada, tan solo esos trabajillos que, de vez en cuando, hacía por distracción más que necesidad. Pero ahora, con su madre en el otro mundo las cosas cambiaban. Su relación con Clara nunca cuajó.

La primavera se iba como las ganas de trabajar, como el dinero que se consumía y que escaseaba. La poca herencia de su madre no podía dejarla perder y alguien le hablo de Alicante, de las hogueras y su fiesta también de la posibilidad de trabajar unos días a tope y sacar un buen dinero.

Puso a la venta el piso de Salou pero, como le expuso al agente inmobiliario:

Sin prisa que ya buscare uno en Alicante y para la entrada creo que tendré suficiente.

Con todo arreglado y ante todo buena disposición abrió el camino a una nueva vida.

Vicente pasó las fiestas alicantinas de la mejor manera posible. Trabajó en una barraca los días estipulados que también disfrutó metiéndose en el ambiente de la fiesta. El resto de los días los disfruto en la playa, después a vivir el verano y concretar la compra del piso. La zona elegida: El Barrio antiguo de Santa Cruz.

Agonizaba septiembre y con él se perdía verano. Aunque el otoño se hacía rogar por los rincones, el calor y las altas temperaturas aún invitaban a tomar cañas en los bares y chiringuitos playeros. Las cálidas aguas del mar se enfriaban con los días, los baños de final de septiembre se convirtieron en algo agradable por la ausencia de turistas. Las playas algo vacías

invitaban a paseos interminables por sus arenas.

Su casa, una pequeña planta baja le permitía disfrutar más a menudo de los largos paseos en la playa del Postiguet. Pronto descubrió las limpias aguas del Cabo Huertas y cuando el tiempo se lo permitía allí estaba él, con su libro y su toalla.

Dicen que todo ser humano se enamora, aunque sea solo una vez en la vida. El corazón, el único órgano del cuerpo capaz de avisar cuando esa persona aparece ante ti. Pero solo una vez. Vicente tuvo aquel día mágico, aquella historia de amor, de locura.

Segundo año en Alicante. Segundas fiestas de hogueras para Vicente. Esta vez las disfruto al completo. Habiendo vendido el piso de Salou y con un trabajo cómodo se permitía el lujo de vivir y disfrutar. Como me dijo una vez, “al límite”.

—Disfrutar más y más, por si la parca me viniera a buscar que no me sorprenda y que no tenga dudas ni quejas. Bueno, lo mejor sería un buen braguetazo. Y a vivir de puta madre el resto.

Poco le tardó. ¿El culpable? — un televisor que compro y tardaba en recibir y la disposición a demandar a la empresa encargada del suministro del mismo.

Allí acudió Vicente, a ver qué pasaba con el susodicho aparato.

—Quiero hablar con el encargado — reclamaba con paciencia y autoridad. A los diez minutos se le acercó una morena de grandes ojos y elegante silueta. Vestía distinto, sin uniforme ni regla. Con cierta autoridad que saltaba a la vista. Dígame señor...

— Vicente, Vicente Bru. — acertó a contestar.

—Señor Bru, creo que ha tenido un problema con nuestro servicio, el cual me dispongo a reparar y compensar. Si así fuese necesario.

—Reparar, reparar... no hay nada roto, de momento. Lo único que es un televisor ya pagado que aún espero y como usted... — se fijó que no llevaba tarjeta que le identificara a lo que ella, al darse cuenta...

—Aurora, soy la gerente de la empresa. — dijo con cierta timidez, con un corazón que latía de forma tan distinta que esa sensación la sonrojaba y Vicente se daba cuenta. Tal vez fue objetivo de Cupido o quizás de un deseo reprimido al que, sin darse cuenta dio rienda suelta.

—Pues eso... ¿Señora o señorita? — preguntó.

Le hizo gracia la pregunta, al tiempo que la sonrojaba tener su mirada

clavada en sus ojos. Sin vacilar, casi sin pestañear y en una demostración de fuerza se apoyó en el mostrador y contestó al tiempo que preguntaba:

—Depende pero... ¿Influye para su reclamación?

—Casada, una mujer como usted es imposible que... en fin — quiso callar en cuanto vio que miraba a su alrededor. Los empleados disimularon estar ocupados y se alejaron.

—Bueno — dijo con osadía — ahora podemos hablar de la reclamación o compensación, si cenas conmigo esta noche... me olvido del televisor, de momento.

Lo que si parecía olvidar ella era el motivo por el cual estaba allí. No quiso dar a entender el estado en el que se encontraba, sonrojada y más sonrisas de lo normal. Como si hubiese visto al mismo Dios, como si entrara en un cuadro de éxtasis. Sus palabras bastaron para que ella, en ese momento, bajara de esa nube a la que inconsciente había subido. Sin probar lo que ella llamaba la gracia de Dios, desde que quedó viuda temía que esos calores, esa necesidad la traicionase.

De momento se reprimió, no quiso ceder. Fue entonces cuando dio media vuelta y, alzando un brazo ordenó a su empleado:

— José, toma los datos del señor.

Se dirigió de nuevo a Vicente con una mirada tímida pero segura —mañana a primera hora lo tiene en su casa... no se preocupe, le mantendremos informado de todo. Buenos días.

Y se fue.

Vicente ni se movió. Tan solo dejó pasar los segundos mientras ella se alejaba.

Horas más tarde y después de las ocho recibió una llamada en su casa, al descolgar Vicente oyó una voz de mujer decir:

—Vicente Bru?

—Si, dígame.

—Si aún sigue en pie lo de la cena no tengo más remedio que aceptar, no nos quedan televisores del modelo que usted encargó y este le tardaría unos quince días en llegar.

Vicente quedo pensativo y reaccionó lo antes que pudo.

—Bueno, pues... en ese caso será mejor que me diga “donde”, que nada mas colgar ya la estaré esperando.

No sabía Aurora si hacía bien o mal. Lo cierto es que le dio buena

sensación, un feeling “guapo”. Aún tenía ese gusanillo mordisqueándole el estómago, seguía notando caer la sangre derramada por el ataque de un tal Cupido.

—Si le parece bien paso a recogerle a las 9.30, en la dirección que indica su ficha.

—De acuerdo pero, sería mejor que no me hable de usted...

—Bien, hasta luego entonces — y colgó. Quería ser fría, por lo menos guardar cierta distancia, de momento.

Cenaron, se acariciaron con palabras, con sonrisas. No se besaron. El último centímetro era el más difícil de avanzar. Intentaron despedirse pero sus ojos no se lo permitieron y fue ella quien dio un paso definitivo. Algo que, aun hoy, no termina de creer.

—Tengo un whiskey que nunca beberé sola, reservado en mi hotel para una buena ocasión, creo que un televisor se lo merece.

—Pero... con agua que calme la sed. No quería que el alcohol pudiera estropear la noche que aún quedaba por delante.

Caminaron hasta el hotel sin ese manto de estrellas que pudo adornar la noche. Ese hotel no muy lejos de la Rambla, donde solía escaparse los días de soledad, donde ella siempre reservaba una botella para una ocasión especial. Rara vez invitaba a alguien al hotel, menos aún a subir a su habitación. Hicieron un alto en el salón—cafetería donde quería intimar junto a una copa y una canción. Le miraba a los ojos al tiempo que se ruborizaba. Intentaba apartar la mirada y él no la dejaba. Sus labios se humedecían y sus ojos se llenaban de lágrimas debido al ardor de su cuerpo al imaginar las mil caricias, los mil besos que podían ofrecerse esa noche. Sorbió el último trago y cogió su mano le lanzó una invitación

—Ven, hay más para beber pero no aquí.

Se besaron en el ascensor, en el hall y al entrar a la habitación solo hubo tiempo para amar. La amaba como ella quería, la besaba como quería ser besada. Aquella noche se perdieron entre las sábanas, entre caricias. Sin saberlo crearon su propio universo.

Fue su primera cita, esa que nunca se olvida y que es difícil de repetir. Después cambiaron de escenario, casi se veían a diario en casa de Vicente, en el barrio antiguo de Alicante.

—El amor no es eterno y los besos se desvanecieron mucho antes que el

amor — llegó a decir en una ocasión.

CAPÍTULO VI

LÁGRIMAS PARA UN ADIÓS

Como cada viernes, cuando el sol ni se recuerda. Aurora vuelve a casa, cansada. Rendida a la soledad que le espera al bucear en el último libro que ha caído en sus manos, una historia como tantas que había leído, lacrimógena, de un vagabundo que al final de su vida encuentra a su hijo y el pobre desgraciado muere de alegría.

Los últimos días que ha vivido son como esponjas que absorben su tiempo, ese que ella intenta consumir con lentitud pero que escapa a sus deseos. Son como cuchilladas que últimamente se asesta a sí misma. Como las incurables heridas que Vicente le produce día a día. Demacrada y dolida. Perdida en sí misma solo le queda el recuerdo de aquellos días de amor, de pasión, de felicidad casi completa. No es quien era juzgándose a sí misma; cuando mira su pasado; cuando vuelve la vista atrás. El trabajo, el stress, la edad... son tantas las cosas que el único dolor es no saberse curar, arrastrarlas de por vida.

Aurora mira el libro, sigue leyendo y llorando por dentro.

Vicente llega pasada la medianoche, un beso insulso que malgasta con una mirada perdida. Ella lo siente en sus labios y la respuesta la mantiene grabada en lo más profundo.

Dos mentes, dos pensamientos. Dos ideas diferentes y sólo una solución.

Aurora recuerda la primera infidelidad, como se enfrentó a su contrincante, como solventó aquella historia a la que ahora llama una pequeña batalla ganada para que, durante estos años, esa guerra se haya perdido. Aquel día, desde su despacho en la trastienda cuando dibujó en su rostro una leve mueca y una mirada vencedora. A sus veinte y pocos años ya dictaba sus propias leyes, tenía influencias, poder en otras vidas, otras personas. Aquella amante fue vencida, esta última parecía ser su alma gemela. Con poderes ocultos, intocable.

Aquella vez Vicente supo que había sido descubierto y un temor le recorrió el cuerpo, un algo que le hizo presentarse ante ella. Quería ver la cara de Aurora, un gesto o, tal vez, una mirada. Entró en la tienda, no habló, actuó como si nada. Cerró la puerta con llave y puso el cartel de “Vuelvo en diez

minutos” fue al despacho de Aurora y la miró fijamente. Sin mediar palabra se acercó a ella, la rodeó en su sillón y le empezó a acariciar el pelo, besó cuello con una sutileza que le hacía erizar los pelos de sus brazos, sin prisas la empezó a acariciar, a recorrer todo su cuerpo centímetro a centímetro, una acto entre ambos que ya pertenecía al pasado. Ella añoraba sus caricias y la necesidad sucumbió ante el placer, dejándose llevar le empezó a sentir. Nerviosa se enfrentó al deseo encarándose a Vicente con una sonrisa de las de antes, de esas que entremezclaba pasión con el puro vicio de antaño. Sin entorpecer desgarró su camisa después con el pantalón se tomó su tiempo. Ahora era ella quien se perdía en su cuerpo apropiándose de mentiras, de otras caricias. Esperó guiños, Vicente supo corresponder con su hechizo embaucador. La miró con algo de magia para, lentamente, tumbarla en la mesa. Le hizo el amor como siempre se lo hizo a Susana, como antes se lo hacía a ella. Aurora creía morir de placer, al tiempo que gozaba de un orgasmo casi desconocido hasta entonces. Le quiso besar como se besa después de hacer el amor pero se detuvo al observar en sus ojos que ella no estaba con él, en ellos vio el reflejo de aquella mujer, Susana. Le soltó y el, sin hablar se marchó. Quito el cartel y continuó con su trabajo, con su libro de cuentas. Poco después salió Aurora y le miró arreglándose el pelo, arreglando su vestido.

—Ahora vuelvo, voy al bar.

Entro en el local y se acercó a un extremo de la barra mirando a su alrededor,

—¡Rafael! — Soltó alzando la voz y con una vena rabalera de quien sabe que ha perdido— Ponme algo para reponer fuerzas que este Vicente cuando folla me hace temblar el alma.

Se hizo el silencio, nadie la quiso mirar. Todos conocían las aventuras de Vicente. No había mucha gente pero si alguno de los que ella quería ver.

Rafael se le acercó con un calichito de hierbas y le aseguró.

—Pues Señora Aurora, creo que esto es lo mejor que puede tomar.

—Si eso es cierto, espero volver todos los días a por un par de copitas — y sin pagar se marchó.

Al entrar en la joyería Vicente la mira y ella, con sonrisa picarona le dice:

—Pásate por el bar y paga lo que he tomado, olvide llevar dinero. Ah y dile a Rafael que más tarde volveré. Que no lo olvide.

Como cada mañana Aurora despierta y se levanta al amanecer, Vicente sigue en la cama sin apenas moverse. Ella desayuna y fuma mientras se acerca a la ventana y deja perder la mirada mientras piensa. El mar estaba tranquilo y el ambiente limpio, podía ver la Isla de Tabarca, mas a la derecha el castillo Santa Barbará y el barrio Santa Cruz, donde Vicente aún conserva la casita que compró al llegar a Alicante. Esa casita donde tuvo antaño sus encuentros con Aurora. Donde en un principio solo con ella la disfrutaba, con quien tenía esas noches de amor y pasión, pero eran otros tiempos pensaba resignada.

La mañana avanza y la hora de ir al trabajo se acerca. Puntual como cada día coge un vaso, lo llena de agua diluyendo dos pastillas y se lo acerca a Vicente a la cama y con sequedad le dice:

— Tu medicina, no la olvides.

La vida de Vicente tuvo cambios forzosos, las secuelas de un infarto le llevaron a un tratamiento diario, a ser posible, rígido y cronometrado.

Ella tomo el mando de la medicación, cada mañana, cada tarde le recordaba con una leve mueca y un vaso de agua su nueva forma de vida. Todas esas pastillas numeradas y de colorines que, tal vez sean así para que parezcan ricas golosinas, las diluía en agua, para él era más rápido y cómodo.

Al poco llegó el aniversario de boda. Aurora preparó una fiesta con invitados entre los que se encontraba el alcalde, el comisario de policía y varios agentes, algún que otro director institucional y gerentes de empresas suministradoras de papel provenientes de media España. Un total de 60 personas para un décimo quinto aniversario.

—La cena a las ocho y media — sería como una segunda boda en uno de los mejores restaurantes de Alicante y en la que esperaba tener uno de los mejores regalos de los últimos tiempos. Como ella misma se decía:

—Puede cambiar mi vida en un suspiro — mientras miraba al suelo, una lágrima descontrolada asomaba por su mejilla al tiempo que su hija le encogía el corazón.

Vicente estaba nervioso. Hacía días que no veía a Susana y esa tarde le llamó. A las cinco de la tarde se ducha, le dice a Aurora que tiene una urgencia.

—He de salir, es algo del piso de santa cruz tal vez lo alquile —mintió.

—Recuerda que a las ocho empieza la recepción de la cena, quisiera saber

de ti antes de esa hora —después se dirigió a la cocina, cogió un vaso al que puso agua y mezcló dos pastillas acercándose a él le dijo.

— Toma, tu medicina que hoy solo quiero alegrías. Vicente, con prisas, cogió el vaso y de un trago se lo bebió.

Sabía que había mentido a su mujer pero ¿lo sabía ella? esta vez había quedado con Susana en un pequeño hotel. Por si acaso a Aurora le daba por presentarse allí debido al acontecimiento del día.

Susana le esperaba en la habitación vestida con lo último de lencería erótica, perfumada y ardiente. Sentada a los pies de la cama donde jugaba con sus piernas mientras él la observaba al tiempo que desnudaba su cuerpo. Notó que su pene adoptaba un gran tamaño más rápido de lo normal y se acercó a ella con torpeza, le besó los pies... poco a poco la fue acariciando y subiendo despacito, como a ella le gustaba.

Al poco empezó a sentirse raro... el corazón le latía a mil por hora. Ella le miraba, estaba pálido y rojo al instante, sudoroso. Muy excitado cada vez más torpe.

—¿¡Que has hecho!?! ¿¡Qué te ocurre!?! —le preguntaba Susana

—Nada... lo de siempre. Sin embargo estoy como agotado. La vista, se nubla poco a poco. Oscurece...

—¡Vicente por Dios! que te ocurre...

Cayó al suelo, la mano en el pecho y el miedo en la cara.

—¿Qué hora es Susana?

—Menos cuarto, ocho menos cuarto — acertó a decir —¿y tus pastillas, las del infarto?, ¿dónde están? — Gritaba desesperada.

—En el bolsillo del pantalón... rápido... llama a un médico... que esto se acaba.

Susana corrió al teléfono y solicitó un médico urgente al recepcionista, mientras tanto le observaba desnudo en el suelo y manteniendo como prueba innegable una erección imposible.

El recepcionista hizo lo que pudo. Quince minutos más tarde una ambulancia hacía su entrada en el recinto del hotel.

Cuando el médico llega a la habitación Susana lloraba a solas, desconsolada, sentada en un rincón observando el cuerpo inmóvil de Vicente que previamente tapó con una sábana. Recorriendo el pasado y cómo no se preguntó: ¿Ahora qué?

—¿Es usted su mujer?— preguntó el médico.

— No, solo una amiga, una vieja amiga. Su mujer, al parecer, le espera para cenar, hoy celebran su quince aniversario y yo quería celebrarlo con él. Aurora, es su mujer, así se llama.

—¿Y él?

—Vicente, Vicente Bru.

El forense no tardará en llegar, mejor que llame a su mujer. ¿O quiere que lo haga el hotel? Aun así querrán hablar con usted.

Aurora esperaba impaciente. Sin noticias de Vicente, sin excusas para los invitados. Ocho treinta y nada, las copas desfilaban entre los invitados, los canapés y las risas. Los saludos y las felicitaciones. Y el maître que se le acerca.

—Aurora, la llaman por teléfono, es urgente.

No sabía que esperar, solo respiró profundamente:

—¿Dígame? Soy Aurora.

No pudo articular una sola palabra más. Lloró por todo. Por pena, tristeza, por alegría... cedió el teléfono a Raúl y este, después de una corta conversación colgó.

La abrazó y llamó a Enrique, el comisario.

En el hospital dijeron que un infarto había acabado con su vida, no pudieron hacer nada por evitarlo y así fue. Según la autopsia una sobredosis de viágra, algo mortal para quien ya ha sufrido un infarto y solo le funciona el 60% del corazón. Nadie pregunto más, nadie quiso investigar, todo parecía bastante claro, tenía una amante a la que complacer. Susana contó lo ocurrido y desapareció.

— Esta es la historia. Vicente y Aurora eran los padres de Alba. Cuando el murió ella acababa de cumplir los catorce años. Tiempo después Aurora traspasó el negocio y se fueron a vivir a Madrid. Por eso ella pasaba las vacaciones aquí. Aún conservaba el piso de Santa Cruz, tal vez ahora se lo quede Vicente, su hermano.

Antes de que conocieses a Alba, tres meses antes Aurora había fallecido. En Madrid conoció gente a la que podríamos llamar “rara”. Fue su madre y el círculo de amistades que le rodeaba quienes metieron a Alba en todo esto, por supuesto nunca fue obligada a ello coincidiendo en que todo lo extraño le atraía y a partir de ahí surge todo. Viajes a México, EEUU y, cómo no, India.

Al conocerte tuvo una idea: Llevar las cenizas de su madre a Varanasi para esparcirlas en el Ganges pero esta parte la puedes olvidar Alba ya no está y tú serás el mensajero de la otra parte que consideramos importante. Así lo quiso ella cuando nos habló de ti. No tenía otra cosa en mente que no fuera viajar contigo.

La reunión está programada para dentro de muy poco.

—Y... una pregunta ¿Dónde trabajaba ella? Nunca lo hablamos— pregunté para ver si podía buscar un porqué a toda esta historia y a la misteriosa muerte de Alba

—Y por cierto... yo la quise llamar Alba pero ¿Cuál era su verdadero nombre?

—Pues... — casi obligado a contestar — trabajaba en el Centro de Investigación de Ciencia Imposible... al que nosotros llamábamos SISI, vaya nombrecito eh? — Decía con una pequeña sonrisa — el gobierno no podía permitirse el lujo de subvencionar fenómenos que proceden del exterior así que se inventan unos laboratorios y estos solo tienen que pasar la información necesaria para justificar ante el mundo que todo es mentira, y no es este gobierno quien tiene el poder de decidir. Los intereses los tienen otros.

—¿Otra caña? — como si quisiera cambiar de tema.

—Si, bien. Pero ¿Tal vez han descubierto algo que no debían? — creo que pregunté sabiendo la respuesta y se hizo el silencio. Después continué con mi curiosidad —

—¿Y el nombre? — insistí sin obtener respuesta.

CAPÍTULO VII

ORGANIZANDO LA RUTA

Ahora tenía una información que no esperaba. Conocer la historia de Alba y sus padres, este embrollo en el que sin querer estoy metido hace que me cuestione los caminos a los que puedo optar.

Puedo huir de la propuesta o enfrentarme a ella. Puedo pensar en que hubiese hecho de ser Alba quien me propone todo este asunto.

Hubo más días, más reuniones con David. Me habló del mejicano y de sus maneras y que pintaba en toda esta historia. “has de ganarte su confianza” me decía David aun sabiendo el propósito de mi viaje.

—Has de actuar con prudencia. Piensa que no os conocéis y ambos debéis estar seguros de ser quien sois — advertía para continuar diciendo — Febrero es una buena fecha. Tienes tiempo para planear tu viaje. En un principio pensamos en una ruta alternativa, distinta — me decía al tiempo que sacaba un mapa de la cartera — en tren hasta Estambul...

—¡¡Que!! — Es lo que le solté con sorpresa — Esa información ya la tenía, la había visto como propuesta en la caja de Alba. Un bonito viaje sí, pero si lo hubiésemos hecho los dos, ahora todo ha cambiado.

—Es más directo un avión desde Madrid — continué — También más económico y creo que necesitáis que vaya a Varanasi para contactar con el tipo este y recoja eso tan importante para vosotros— quise explicarle al tiempo que seguí con mis preguntas y es que tenía la intuición de que necesitaban a un desconocido para realizar el trabajo sucio — Creo no equivocarme al apreciar en vuestra demanda que voy a ser algo parecido a un simple porteador. Necesitáis algún desconocido que se pasee por medio mundo sin levantar sospechas con eso que tanto os importa ¿No es cierto? Seguramente tendréis a alguien más capacitado y al tiempo más económico ¿Por qué no enviáis a alguien de vuestra organización?

Imposible — contestó al vuelo — muchos de nosotros estamos vigilados y Pancho esta en estos momentos bien guardado, más o menos oculto. Tampoco podemos contactar con él y esperamos poder hacerlo antes de tu llegada que coincidiáis en la fecha programada. Es más, ahora no estoy a solas contigo. Mi

gente controla que nadie nos vigile para así mantener tu anonimato. ¿Resuelve esto tus dudas?

Asentí poco convencido. Aun así me interesaba. Cambiando de tema fui directo al grano.

—Por cierto — le empezaba a abordar con el tema económico — yo compro mi billete y no tenéis que saber la ruta. — Por supuesto el tema del viaje ha cambiado. De ser por placer a tener cumplir un objetivo, lo que yo llamo un trabajo.

Con estas palabras David sonreía y no ponía pega alguna

—Sin problemas — a lo que añadió — Llegado a un acuerdo en esta parte concretaremos; Serás remunerado. Gastos para el viaje y un 50% por adelantado. A la entrega del paquete recibirás el resto.

Le costó poco, sin pensar mucho, al parecer ya lo tenía estudiado y sabía que tarde o temprano hablaríamos de ello.

Nos levantamos, nos dimos la mano para despedirnos quedando para otro momento en el que me entregaría lo necesario para programar mi viaje.

—¡Por cierto!... Podías sopesar lo del billete de avión... es que nunca he viajado en primera clase y... —Nada, me miró casi con lágrimas de risa. Dio media vuelta y se marchó. Yo lo intenté, siempre quise viajar en primera pero mi economía no me lo permitía.

Te damos el dinero, haz con él lo que creas conveniente. Después de saber que por el dinero no iba a tener problemas contacto con Gerardo que ya está por tierras hindúes, para empezar a programar el viaje, buscar billetes y saber los lugares a visitar antes de llegar a Varanasi.

Opto por un vuelo rápido a Delhi. Rápido para mi quiere decir lo más corto posible en cuanto a horas de avión. A veces hemos viajado vía Londres, París o Frankfurt y desde estas ciudades aún te restan nueve horas de vuelo. Esta vez tengo una alternativa muy buena: vía Estambul o Qatar. El ahorro mínimo es de dos horas de avión.

Entre ellas Qatar es la mejor opción ya que solo tiene unas tres horas de espera en el aeropuerto para el trasbordo. El billete lo confirmo para la primera semana de Enero.

Todos sabían que no era mi primer viaje a India, Un tema que entre Alba y él, o ellos, tratarían en su momento.

Pensarían en mis conocimientos, tanto del lugar como en mi experiencia

en importación de mercancía procedente de aquel país. El tamaño del paquete, el cual desconocía e incluso lo delicado del mismo. Mis artimañas para sacarlo del país eran evidentes.

Días después llamé a mi agencia para la reserva del billete en espera de un nuevo encuentro con David, este no tardó mucho.

Antes de Navidad David y yo nos reunimos de nuevo pero esta vez para hacerme entrega de la parte económica y los mejores deseos para el viaje. Ve con buenos ojos una partida anticipada. Para cualquier duda nuestro contacto será por correo electrónico.

Llegan las navidades y con ellas las celebraciones. Como siempre mi amigo Luciano me invita a la cena de su empresa. Este año con más motivo para celebrarlo, ya que la inauguración de su nuevo laboratorio está dando sus frutos y las ventas se disparan. Le comento lo del viaje en el que siempre suele encargarme algo. O bien un regalo para Verónica, su mujer o algo relacionado con la empresa. Sobre todo mirar precios de envases de plástico o cristal. Otros, suelen encargarme lo típico, los famosos Saris, esa prenda hindú tan típica, colorida y tan bonita como difícil de usar, más aun en este país. Consta de un top, un faldón que sirve de sujeción y cinco metros de tela que hay que enrollarse al cuerpo. Todo un arte. Una prenda que suelen pedirme de seda y que al final acaba en un cajón para enseñar a las amistades que se maravillan con su colorido y bordados. Otras acaban como cortinas.

En esta ocasión la cena acaba tan tarde que lo mejor es volver en taxi a casa. Los peligros de conducir bajo los efectos del alcohol y el miedo a esas multas que ponen hacen que valoremos lo que nos cuesta un taxi desde Elda a Alicante y que normalmente compartimos entre cuatro.

Pasan los días y más comidas y cenas de celebración. Todas ellos sin el sentido religioso que parece imperar en el ambiente. Lo importante, dicen, es juntar a los amigos que gozan de más días libres en estas fechas que el resto del año.

Me despego de las que puedo y son menos de las que realmente deseo ya que hay que pensar también en las cenas familiares que aun estando todo el año juntos parece que lo toman como algo más especial y con un sentido de la obligación que jamás pude entender. Pero todo pasa y los días ni son más largos ni más cortos aunque la sensación del momento influya y el mío estaba centrado en el viaje y en las ganas de escapar con mi mochila a

cuestas y por caminos imprevisibles. Solo lo que el momento nos dicte y es quien nos va revelando rutas no pactadas de antemano. El único inconveniente es estar en el lugar de encuentro a mediados de febrero.

Llegó el año nuevo, el día de reyes y la normalidad cotidiana. Para mí, el día en que subo al avión con el chip cambiado y la mente puesta en India.

Ganas tenía de pisar de nuevo el país de los Maharajás, donde hay alegría en sus gentes y donde me fascina el colorido al pasear por sus calles, esto muy a pesar de la pobreza reinante.

OM NAMAH SHIVAYA son las palabras que digo al bajar del avión.

CAPÍTULO VIII N

E W D E L H I

Namaste ji, le digo al empleado de inmigración a la vez que le hago entrega del pasaporte. Con una leve mueca y, movimiento de cabeza de derecha a izquierda, responde a mi saludo. El mismo movimiento que utilizamos nosotros al negar algo.

En el aeropuerto un hombre parece mantener una discusión silenciosa con una escoba y me da la impresión que le pide permiso para barrer. La serenidad del tipo en cuestión parece inalterable. Silencioso todo y calor, mucho calor.

Al salir todo cambia. Un gentío que no para. Unos esperando pasajeros otros pasean y buscan clientes para taxi y autobús. Hay quien se atreve a ofrecer un Rickshaw para el traslado a la ciudad. Dudo de la utilidad de este vehículo para tan largo recorrido por su incomodidad y lentitud. El famoso Riskshaw es un triciclo sin motor en el que una persona, incansable, tira de él a fuerza de sufridos pedaleos. Adornados en su mayoría con estampas de dioses y alguna que otra filigrana hacen que sea atractivo dar un paseo en ellos. Siempre en llano y recorridos cortos. El Rickshaw-man (conductor) suele ser de casta baja (paria) quien no merece respeto alguno por los de casta más elevada. Incluso tiene prohibido pisar la sombra de alguien superior. Por fortuna el turista no entra en ese juego a no ser que seas inglés; Aún creen que India les pertenece (no todos).

Yo me dirijo directamente al PrePaid Taxi donde el precio es justo, con tarifa fija al dar la dirección del barrio, calle y hotel donde quieres que te lleven. Incluso así el taxista siempre intenta cambiarte de hotel con cualquier excusa, la más repetida es hablarte de lo peligroso que es el lugar donde quieres ir, que conoce hoteles mejores y más baratos. Pero bueno, le insistes un poco y se dan por vencidos. Más aún cuando sueltas alguna palabra en hindi o alguna de sus expresiones que les hace ver que no eres nuevo en el país. Les hace gracia ver a un turista, recién llegado que chapurrea hindi.

Llego a Main Bazar (Paharganj, mi barrio) zona mochilera por excelencia o

de turistas con menos recursos aunque es una definición con la que nunca estuve de acuerdo. El mochilero suele gastar poco pero es, simplemente, por recorrer más y es por eso que tiene cuidado a la hora del despilfarro. Suelen estar en India meses y es evidente el por qué no derrochan lo que tienen.

Las once de la mañana. La pensión donde me hospedo habitualmente es una antigua mezquita compartida por dos “inquilinos” muy distintos los unos de los otros. La parte convertida en hotel, del que dudo tenga estrella alguna, es administrada por hindúes. La otra es una especie de vivienda, ya que nunca me quedó claro, gobernada por musulmanes. A pesar de las diferencias entre ellos la convivencia es buena y respetuosa. Puede que la casta de ambos influya en el respeto que se tienen y, tal vez, sean los dioses quienes se encargan del resto y ellos lo agradecen a diario con sus rezos y canticos.

“He de cambiar algún día de hotel” me digo cada vez que estoy dentro de la habitación. Pintada con un verde que no recuerda su color original y un catre por cama: cuatro patas que sujetan un tablón y cuyo colchón no supera los cinco centímetros. La diferencia entre tumbarte en el suelo y el catre es muy poca. El baño, si se le puede llamar así, es un habitáculo con una letrina con grifo donde brilla el papel higiénico por su ausencia, un lavabo y un grifo en alto a modo de ducha. Si quieres agua caliente tienes que llamar a recepción. Al cabo de un rato (si no se les olvida) aparece alguien con un cubo de agua hirviendo que vas mezclando con la fría para no quemarte. Todos los utensilios como toalla, champú etc. son parte de mi equipaje. En fin, no me quejo ya que estaré solo dos noches y el precio es ridículo. Lo mejor de la pensión es la confianza con el dueño y la seguridad que en el tienes.

Una vez acomodado, como buenamente puedo, salgo a la calle a pasear, a visitar a los conocidos de viajes anteriores y tomar contacto con el ambiente sin que me pese el viaje y el cambio horario.

Visito a mi amigo Ramesh, con el que aprovecho para cambiar divisas y el encargo del billete de tren para Jaipur. Allí he quedado con Gerardo para empezar a movernos por la inmensidad de este país.

Lo normal es que te inviten a tomar té, nunca lo desprecio aunque sé que no solo va a ser uno. Para ellos una falta de hospitalidad no ofrecerlo y si lo hacen una ofensa no aceptarlo. Aunque a veces parece que llevamos un cartel en la frente que está pidiendo el té a gritos, como si lo echásemos de menos y a ellos les encanta invitarte. Al poco aparece su hermano Deepak,

otro té y risas para compartir. Hay pocos españoles por la zona — me dice uno de ellos — empezarán a llegar en quince días —asegura el otro.

Después de compartir las experiencias de cada uno durante los meses que no nos veíamos me despido hasta el día siguiente, cuando vaya a recoger el billete.

Sigo mi recorrido visitando a todo aquel con el que me une algo más que la amistad creada por los negocios, entre ellos Rajinder y su familia, Kamal, Govinder, Subash, Sentje... todos nos alegramos de vernos pero no tengo, ahora mismo, tiempo para cumplir con ellos.

Sin embargo Rajinder no me perdona

— Mañana nos vamos a cenar al club — algo a lo que no me pude negar.

El día acaba tranquilo, el siguiente ya me siento como en casa.

Recojo mi billete de tren: El Shatabdi Express que sale a las seis y cinco de la mañana y llega a las diez a Jaipur.

Paseo de nuevo por el barrio, esta vez sin el cansancio del viaje y con la sensación de no haberme ausentado de allí.

El día de lo más normal si no fuese por la sobredosis de té que intento diluir bebiendo mucha agua y alternando con zumos de frutas.

A las ocho de la tarde he quedado con Rajinder y su hermano Govinder. El club al que acudimos es de los pocos que quedan en Delhi de la época inglesa. Cuando estas dentro te das cuenta de lo poco que ha debido cambiar en todos estos años de independencia. Es muy posible que la única aportación hayan sido unas vagas y finísimas capas de pintura. El resto se ve viejo y deteriorado, son pocos amigos de los arreglos o restauración y conservación del mobiliario. Lo más nuevo es la comida, todos los platos son los típicos de India. Para beber cerveza hindú o australiana aunque mis amigos acompañan la comida con whiskey mezclado con soda. Pollo Tandori (Tandori Chicken), a la mantequilla (Butter Chicken) y verdura rebozada (Pakora) son algunos de los platos estrella. No olvidemos el arroz basmati aromatizado con especias o con verduras y chile.

No bebas cerveza que hincha mucho, come con whiskey y bajará la comida mejor — me dicen con una sonrisa de quien conoce bien los efectos del picante y la comida especiada.

Al parecer la tasa para poder ofrecer bebidas alcohólicas a los clientes es bastante cara. No todos los restaurantes ofrecen cerveza o bebidas que contengan alcohol y lo normal es comer con agua, cola o cualquier otro

refresco. Por eso aprovecho para beber cerveza cuando acudimos al Club.

Como curiosidad anoto en mi diario lo que me llama la atención de mis amigos.

Ellos son de la casta “Sij” y se les supone vegetariano y abstemio. A pesar de tener apellidos, como casi todo ser humano, comparten uno común para todos los de su religión: “Singh”.

Han de rezar todos los días al amanecer y, al menos, una vez a la semana visitar el templo al que pertenecen y “donar” una especie de diezmo.

No pueden beber alcohol cuando cumplen los requisitos de su religión que son cinco:

Pelo sin cortar desde el nacimiento (es evidente que al tenerlo tapado la mayor parte del tiempo éste deja de crecer aunque mi amigo me confesó que el suyo superaba los tres metros), Turbante, Daga, pulsera y calzones largos. Es aquí donde nos reímos ya que cuando quedamos para cenar y saben que van a beber o comer carne uno de los objetos se lo quitan. Normalmente es más fácil desprenderse de la daga aunque es más visible, hacia los demás, deshacerse de la pulsera.

También he probado comer con whiskey mezclado con soda y es cierto que es más digestivo que la cerveza.

Durante la cena nos contamos nuestras cosas, los negocios y la familia. Un par de copas más y apenas aguantan sus parpados por encima de la retina de sus ojos que ligado al cansancio de un duro día de trabajo hace que la cena no dure mucho más allá del postre al que, como no, acompaña otro té.

Nos despedimos con un hasta pronto y la intención de que la próxima cena sea en su casa con la familia.

Cinco de la mañana. Lllaman a la puerta y apenas tardo un minuto en abrir a un chaval que viene a despertarme según la hora que les indiqué. Al abrir un chico joven, descalzo y con una camisa abotonada con la eficacia que permite el no haber despertado del todo, apoyado en la pared, casi roncando.

—Namaste ji — le digo.

—Time sir — es lo único que acierta a decir al tiempo que adivina los

escalones para volver a su espacio y seguir durmiendo.

El tren sale de la estación con puntualidad inglesa. Enseguida se apresuran a servir el desayuno: un termo con agua caliente, dos bolsitas de té un par de sobres de azúcar, leche líquida y un par de paquetillos de galletas, solo tomo té, creo que es mejor desayunar a la llegada en el hotel. Tras el desayuno me acerco al hall del tren, abro la puerta y sentado en el escalón, me fumo un cigarro mientras contemplo el amanecer y ese paisaje infinito de una belleza indescriptible. En él vuelvo a recordar a Alba, sin mar ni playa... sin ella. Intento no pensar ni imaginar, sin éxito, cómo hubiese sido el viaje con su compañía. La imaginé sentada a mi lado, con su negra melena al viento, su bella sonrisa y la mirada perdida entre campos de arroz, trigo y avena. Continúo con la mirada perdida, me dejo llevar mientras el tiempo pasa. Es el inspector del tren quien me hace descender a la realidad, a la vez que solicita mi billete llama mi atención por la peligrosidad del lugar donde me encontraba, mil excusas y unas palabras de admiración por el paisaje de su tierra y con una sonrisa se despide para continuar su trabajo.

Vuelvo a mi asiento, apenas dos horas para llegar al destino. Cierro los ojos intentando dormir, cosa que a veces consigo debido al traqueteo del tren.

Diez y cinco de la mañana y la estación de Jaipur está abarrotada de gente. El tren para el tiempo suficiente como para que los viajeros que han de apearse lo hagan sin prisa pero, eso sí, sin tomarse un tiempo muy relajado.

En el hotel me espera Gerardo, con el desayuno en la mesa y el Indian Times de entretenimiento. Al verme cierra el periódico y se apresura a recoger mi mochila y acompañarme a la habitación. Después esas palabras que yo esperaba oír y el necesitaba decir para obtener respuesta:

— Me contarás, supongo, ese encargo tan misterioso que tienes

—me decía sin preguntar a la vez que me pedía un desayuno: té, tostadas y fruta.

—Pues si, al menos eso es lo que pretendía ya que estaremos juntos en el viaje y será cosa de los dos. Creo que para dentro de quince días, tal vez veinte, tengamos que estar en Varanasi. —después de esto pasé a contarle, a ponerle un poco al día de todo.

Llegada la tarde, paseamos por los bazares de la Ciudad Rosa para partir

cuanto antes. Jaipur es una ciudad escandalosa, mucho tráfico y una población que no sabe estar quieta. En cuanto a monumentos ya tenemos muy visto aquello que nos interesaba: El llamado Templo de los monos que es el lugar en el que se basaron para hacer El Libro de La Selva, el Palacio de los Vientos y las distintas fortalezas como el Amber Fort etc.

Nuestra intención viajar a Pushkar, de ahí a Jaisalmer y vuelta a Varanasi. Entre estas ciudades y los viajes en tren nuestro tiempo se agotaría.

El tren a Pushkar es el mismo que me trajo de Delhi, aunque en realidad hace su parada en Ajmer. A la mañana siguiente antes de las diez allí estábamos en la estación preparados para el viaje. Unas cuatro horas nos separaban del destino final.

Pushkar, según el poema épico de Brahma, dice que dejó caer una flor de loto en la tierra y de ahí surgió la ciudad. Centro de peregrinaje hindú con uno de los pocos templos Brahma del mundo. Un lugar mágico en el desierto de Rajastán.

Una hilera de ghats bordea un lago místico donde cientos de templos a color pastel y cúpulas marcadas por la intemperie se extienden bajo un cielo inestable que varía entre el azul intenso y un gris nublado por la calima.

Debido a que es una ciudad sagrada Pushkar está acotada al tráfico, sin embargo tropezarás con cientos de Babas, Yoguis... (Santones) que, muchos de ellos, tratan de engañar a peregrinos. Unos embriagados por la presencia divina, otros por la ingestión de Bhang (Marihuana) famosa en el lugar la mezcla esta planta alucinógena con el famoso Lassi (yogurt hindú).

La ciudad es acogedora, de pequeñas dimensiones, hasta el punto de que la puedes recorrer en una sola tarde. Aun así tiene encanto y nunca te aburres al deambular por sus calles, sus pequeños comercios y templos. El tiempo corre en armonía con el buen sentir y la distracción acompañada de gente joven y, a veces no tanto, que invaden la ciudad con sus grandes mochilas considerando a Pushkar un lugar de visita obligada.

Músicos y malabaristas suelen reunirse en el lago cada atardecer ofreciendo lo mejor de su repertorio mientras el sol se despide. Yo lo disfruto con un buen té hasta que el manto de la noche nos cubre con una lentitud tal que piensas si el día quiere despedirse o, quizás, quiera ser eterno.

El único inconveniente para llegar a Pushkar es la distancia desde Ajmer, ciudad donde se encuentra la estación de tren. Son once kilómetros de curvas cuyas opciones para su recorrido son el bus, que es la más económica, o el taxi si vas acompañado y compartes gastos. En el recorrido atraviesas un pequeño puerto de montaña por lo que la distancia que separa las dos ciudades se convierte en un viaje de una hora.

—¿Has estado alguna vez en la feria del camello? — me preguntaba Gerardo de camino al lago.

—La verdad es que no, es en Noviembre ¿Verdad?

—Si, en el octavo mes lunar. Lo llaman Kartika, la luna llena Kartik Purnima. Es el gran acontecimiento de Pushkar — me explicaba, ya que tiempo atrás anduvo por India dos años y, claro, conocía bastante bien festividades y tradiciones del país.

—Noviembre es un mal mes para mí, los negocio, siempre los negocios... — dicho esto Gerardo soltó una sonrisa, después supe por qué.

—Siempre me resulta curioso ver el cartel de entrada a la ciudad, por muchas veces que haya estado aquí. Este edicto de las autoridades, religiosas o no, siempre te avisa de varias leyes a cumplir —era cierto, nos resultaba gracioso el cartel que te invitaba a cumplir ciertas normas de conducta. Algunas de ellas son:

Prohibido el Alcohol, Carne, huevos y... besarse o ir agarrados de la mano en público...

Si eres vegetariano o al extremo de ser vegano esta es tu ciudad. Pasamos un par de días de relax dispuestos a disfrutar del desierto con paseos en camello donde nos deleitamos de sus atardeceres. Para ir a Jaisalmer nos inclinamos por alquilar un taxi, mejor que el autobús evitando también un largo recorrido en tren.

Fue allí, en Jaisalmer, donde compré una bonita libreta con tapas de piel y un cordón como cierre. Aquella que llevé a ver los atardeceres en la que emprendí la ardua tarea de escribir mis experiencias como viajero y donde

quise pintar, sin éxito, aquellos amaneceres de Varanasi.

Junto al Desierto del Thar y antigua ruta comercial con Paquistán, Jaisalmer era una ciudad estratégica. Ahora inundada de turistas y donde lo más importante es su base militar. En cuanto a su desierto lo más típicos: las rutas nocturnas por sus dunas donde pernoctas para disfrutar del atardecer, cenas en Jaimas y amaneceres perdurables en la memoria.

El tiempo pasa y, tanto las vacaciones como las compras van llegando a su fin. Cuando todo lo tenemos bien empaquetado lo enviamos a Delhi a mi amigo Rajinder que se encarga de prepararlo todo para cuando tenga que enviarlo a España.

Volvemos en tren hacia Varanasi pero, esta vez, paramos en Agra, el Taj Mahal es digno de ver aunque lo repitas mil veces.

—Me apetece verlo de nuevo ¿A ti? — me preguntaba aun sabiendo mi respuesta.

—De todos modos nos viene bien, piensa que la combinación de trenes hará que lleguemos a Varanasi justo al amanecer — me explicaba sin necesidad. Para mí esto de hacer el viaje en dos partes también me era más cómodo.

EVEREST STEAK HOUSE: KATMANDU

Hemos quedado con un personaje que se nos antoja interesante. Luka, así le llaman. Sentado en un rincón, a la derecha y al fondo del restaurante. Ha de tener una cerveza, una botella de San

Miguel (Tuborg) no sabemos qué aspecto tiene.

Al llegar nos paramos en la puerta, justo en la entrada, las mesas del fondo están vacías. El tal Luka no ha llegado. El resto de mesas todas ocupadas. Gerardo y yo nos miramos. Él con su sombrero mejicano y a mí que me da por reír.

Calor, decía Gerardo bajo ese sombrero mejicano, el sudor le agobiaba.

—Por eso las mesas del fondo están vacías —dije —más calor aún.

Aun así ocupamos una de ellas. Menos mal que aquí no existe el sentido del ridículo, menos aún con los turistas: se les consiente todo Gerardo se quita el sombrero que deja sobre la mesa. Pedimos una cerveza y unos momos para acompañar. Un aperitivo tibetano muy parecido a los raviolis, los hay rellenos de carne o vegetarianos que normalmente son acompañados con salsa picante una delicia cuando están bien hechos y son ideales para acompañar una cerveza fresca. De pronto se acerca un tipo:

—¡HI!, ¿no estará Pancho Villa aquí debajo...? — al tiempo que sonrío y se aleja despacio.

Primero reímos la gracia, después es Gerardo quien contesta.

— Bueno... es su sombrero, no ha podido venir... aunque a este le llaman el loco, “El loco del Ganges”.

VARANASI, UN MES ANTES

Es impresionante llegar a Varanasi (Benarés, Kashi) una ciudad en la que, como un baño de multitudes, te inunda una mezcla concentrada de gente de distintas castas, vacas y toda clase de vehículos donde no existe norma alguna y cada cual se mueve a sus anchas. Hay pocos sitios en India tan carismáticos, tan lleno de color y espiritualidad, impresionante e inexplicable como los ghats de este Ganges al paso por Varanasi. Los hindúes peregrinan a este río sacro para lavar los pecados de toda una vida e incluso muchos hipotecan parte de ella para cumplir los deseos de algún familiar cercano de ser incinerado o que sus cenizas se posen sobre las aguas del Ganges. Varanasi ha sido centro de cultura y civilización durante más de 2.000 años y presume de ser una de las ciudades vivas más antiguas del mundo.

Así la definió Mark Twain:

“Varanasi es más antigua que la historia, que la tradición, incluso que la leyenda; tiene aspecto de ser más antigua que todo ello junto” Allí en el Main Ghat o calle principal que desemboca en el mismísimo río nos deja el taxista junto a la entrada de Godaulia. Nos adentramos y tras un laberinto de callejones que entretejen la parte más antigua abarrotado de gentes que van y vienen, vacas que pasean y que a veces ocupan todo el ancho del callejón, comercios de todo tipo no más grandes, alguno de ellos, que una de nuestras famosas cabinas telefónicas, vendedores ambulantes, comisionistas y porteadores. Todo comerciante bendice su negocio antes de su apertura al público donde plegarias, adornos e incienso dan un aire espiritual y lo sagrado casi se palpa en el ambiente que te transporta a lo más profundo y místico de India. Sabes que estás en Godaulia, un recinto vetado a vehículos y plagado de templos, un lugar sacro dentro de la ciudad más santificada de India.

Llegamos al hotel que junto a su patio central nos reciben, como siempre, con una sonrisa y la broma de que mi habitación está ocupada. Tras unos minutos de espera en los que observo macetas con toda clase de flores y una pequeña fuente da la sensación de encontrarte en una casa típica española, algo que tenemos muy en común. Una vez que aparece Chiku y salvados los abrazos y la alegría de volvernos a ver, me acompaña a mi habitación que

como siempre intento que sea la misma y mi amigo procura que a mi llegada esté disponible. Entre Gerardo y yo no tenemos problema ya que otra vez él ha cogido la de al lado. Esta tiene dos camas, así que la compartimos.

Hace ya unos años que le conocí en Nepal. Chiku, un hindú de pura casta (Bramin). Natural de Varanasi (Benarés). Joven, tal vez no llegaba a los treinta y atrapado por el amor de una española. Casado con Alicia, una simpática jienense que con esa alegría andaluza ha mezclado las dos culturas que el turista agradece y da un aire muy español al establecimiento. Él es el dueño del hotel que desde entonces y sin lugar a duda es donde nos hospedamos. “Ganpati Guest House” para mí el mejor, un pequeño edificio que parece emerger de las aguas, a orilla del Ganges. A pesar de que mi habitación, por la parte interior, se encuentra en un segundo piso, su altura se multiplica en la parte que da al río dando la sensación de estar en un cuarto o quinto piso. Todo ello debido a la subida de las aguas en época de lluvias las cuales inundan gran parte de los ghats. Desde ella puedo admirar la belleza de una ciudad que parece emerger del río. Benarés fascina y queda grabada para siempre en la retina de cualquier persona que la visita. A veces abría la puerta para ver el amanecer, esos días que no me apetece bajar a las seis de la mañana. Otras veces es Chiku quien, con la amabilidad que le caracteriza, me ofrece las llaves de la cancela que da acceso directo al río y, cómo no, también me ofrece los servicios del barquero por si mi deseo es hacer pujas (ofrendas) en sus aguas.

Vivo en el corazón de lo deseado por los turistas y su precio inmejorable. Junto a nuestra habitación y, después de intentar alguna que otra reforma, le queda sin acabar una de unos 80 metros cuadrados. Que, por falta de habitaciones disponibles, alquiló a un extraño personaje de larga barba y pelo canoso, de extrañas muecas y sonrisa perdida. Vestía un dotti blanco, al estilo de los Babas, personajes que no eran muy de su agrado. Ese tipo en cuestión era Pancho Villa, el supuesto contacto.

Así se hacía llamar o, “el loco del Ganges”, como le llamaban otros.

—¡Vagos, son unos vagos que de santones tienen poco!

Gerardo reía sus exabruptos y más aún después de haber ingerido uno de esos pasteles de bang.

He conocido varios, en su mayoría fugitivos. Otras veces vestía un kurta pijama, blanco era su color elegido.

En los primeros días de idas y venidas siempre le veíamos dedicado a una simple tarea, Pulir el “Yoni” de un Lingan hasta que en este se pudiera ver reflejado. Los saludos y esa compañía que nos hacíamos por las tardes a “nuestra hora del té” hicieron que más de una vez conversáramos.

—Vamos a ver Hely, ¿No es este el tipo con el que tienes que contactar? Está como un cencerro — me preguntaba a la vez que se partía de risa.

—Si tío — le contesto — pero tenemos que hacer el paripé hasta que sea él quien dé el paso.

Las habitaciones estaban unidas por una balconada lo bastante amplia como para sacar mesitas y sillas, aunque a veces unos pareos tumbados o alguna que otra Jarapa (como nosotros la conocemos) hacen su función puesto que después del ocaso se agradece el poco fresco que por allí circulaba.

—Si, si... hermano, aquí todo es de locos jajá, así me llaman pero... algún día me llamaran sabio o un revolucionario que cambio el sentido de todas las tonterías que la gente intenta contar... mentiras y más mentiras... Y lo bien que quedará mi Lingan...

Se decía así mismo pero en voz alta, esperando siempre nuestra opinión. Nosotros sorbiendo té, fumando e ignorando sus invitaciones.

Gerardo reía y a mí me contagiaba. Este loco, efectivamente, era nuestro contacto. Aunque David nunca me lo describió como tal.

Si seguimos de esta guisa creo que tardará en confiar en nosotros. No nos conocíamos y nadie nos presentó. El trabajo podía ser duro. Éramos conscientes de que él necesitaba asegurar la confianza que iba a depositar en nosotros así que pasaron los días y nosotros intentábamos cumplir lo que ya estaba programado. El loco del Ganges, el lingan... todo coincidía con aquella nota.

—Si yo tengo pistas ¿Por qué no las tiene él? —intentaba que Gerardo contestara a algo de lo que no teníamos ni idea

Un día nos llamó Chiku, tenía un pequeño problema con el mexicano. Este no pagaba la habitación, tampoco la comida. Pero claro, no podía denunciarlo, tampoco tirarlo de allí, ¡estaba ilegal en India! No tenía visado con vigencia. La única documentación que poseía era el pasaporte y para Chiku no era problema pero tampoco deseaba denunciar su situación. Eso sí, su deseo era quitárselo de encima cuanto antes. Consiguió entrar por referencias —nos

comentaba — pero necesitaba saber sus intenciones. La policía hacía visitas a los diferentes establecimientos para comprobar que todo estaba en orden y, no solo por el tema de impuestos, se anotaban los nombres de todos los inquilinos casi a diario. Y coger a un turista con el visado caducado... es un problema.

Nosotros le contestamos lo poco que sabíamos:

—Liquidará antes de irse, creemos que no le falta mucho.

Pasaban los días y la confianza iba tomando peso. A veces, nos quedábamos hasta bien entrada la noche oyendo sus historias que, al final eran algo repetitivas, pesadas pero... de ser ciertas se tornarían en muy interesantes.

Un día, mientras compartíamos la cena en su habitación le dijimos que nos marchábamos a Nepal (Katmandú). Pasaban los días y según el programa esto iba tocando fin.

—Uhm, entonces... —quedó pensativo —necesito que me hagáis un gran favor.

—Sin problemas aunque... también depende, ¿no nos complicara la vida? —preguntó Gerardo en tono, más bien interrogador.

—No, no, son unas cintas nada más, tengo un contacto en Katmandú que las necesita. Olvidé decirles que ayer hablé con David,

¿Aún conservas el “yoni” que te regaló Alba? Por cierto, siento mucho lo sucedido.

No quise añadir comentario alguno, asentí con la cabeza y le confirmé lo que ya sabía. Seremos los mensajeros como ya estaba acordado. El contacto ya estaba conseguido.

A la noche siguiente nos contó el contenido, más o menos, de las cintas.

—Ahí está la prueba de las historias que os cuento —añadió en el momento de preparar una de ellas para que oyésemos su contenido.

Las escuchamos con detenimiento, con sorpresa y con un poco de incredulidad. Entre todas ellas había algunas en audio, la mayoría en video. Todas estaban etiquetadas y con algunas definiciones raras:

Roswell ha vuelto. Roswell
habla del loco Los pres. El
Gral. Y r.

No quise seguir leyendo, ya tendremos tiempo de saber que pone en cada

una de ellas.

Eso sí, le preguntamos por ese tal Roswell, nos sonaba de algo y, sobre todo, algo relacionado con ovnis, algo que ocurrió en México allá por el año 1947. Hoy en día aún hay quien le da vueltas al mismo tema.

Después de la sesión y, antes de despedirnos, nos entrega las cintas y un sombrero Mexicano.

—Si os vais mañana las vais guardando que luego es un lio — nos decía conforme las empaquetaba.

—A propósito, ¿Cuándo llegáis a Katmandú?

—Pues pasado mañana a eso de las ocho y media o nueve. Mañana vamos en tren a Delhi, llegaremos al día siguiente a mediodía y por la tarde tenemos el vuelo que solo tarda una hora... entre unas cosas y otras —ese era el itinerario previsto y así se lo contamos, Gerardo intentó detallarle hasta lo movimientos a realizar. Colgándose de su hombro mientras se reían gracias a los famosos pastelitos.

—Bien, buena hora —decía entre risas mientras anotaba algo en un papel.

—Everest Steak House, Támel— calmaba las risas, ahora se tornaba serio y centrado.

—Ah si, sé dónde es — le seguía la corriente — Buenas chuletas y carne de yak — le dije al ver la dirección, es un conocido restaurante en donde puedes fiarte de la carne que allí sirven.

—El amigo en cuestión se llama... Luka, estará sentado al fondo a la derecha, si llevas el sombrero puesto te preguntará. Te dirá algo de Pancho Villa, contestar solo que ese es un amigo vuestro al que llaman el loco del Ganges. Tendrá una San Miguel fresquita, bueno, casi fría esperando vuestra llegada.

Después nos despedimos, al día siguiente teníamos que rematar el trabajo que nos quedaba en varios comercios. Ya en nuestra habitación veíamos que el viaje nos aportaba cositas interesantes. Tal vez el tal Luka estuviese más cuerdo y su historia podía ser algo distinta.

—¿Y si mañana nos vamos directamente a Katmandú? Nos daría tiempo a grabar y ver alguna cinta, parece interesante lo que puede haber en ellas, sobre todo las de video. —Gerardo no daba crédito a mis palabras pero tampoco me llevaba la contra. Al margen del trabajo nuestro viaje era para ver, disfrutar y correr cuantas aventuras se nos cruzaran en el camino y esta era una buena oportunidad.

— Y, ¿Cómo lo hacemos? — preguntó

— Buena pregunta — me hizo pensar.

— ¿Cómo hacemos para que no sospeche?, tenemos que salir de aquí y buscar ayuda fuera del hotel — pensábamos en voz alta y cada uno a lo suyo.

— Mañana hay que estar fuera antes de que abran los comercios, ya pensaremos como hacemos el cambio — le dije para calmar los ánimos y descansar.

Al día siguiente nos despertamos al son de las campanas y oraciones de peregrinos y turistas. Desayunamos con Pancho Villa que ya nos esperaba en la terraza. Fue bastante breve — tenemos prisa — le dijimos, sin embargo hoy está preguntón, más bien nos interroga sobre los horarios de salidas y llegadas, tanto del tren como del avión.

Gerardo se mosquea un poco y le corta:

— Mira... me da la sensación de que te arrepientes de algo. No importa, te devolvemos lo tuyo que otro vendrá que sea más de fiar... digo yo. Que el interés de todo esto no es nuestro, nosotros solo vamos de viaje, a divertirnos y Nepal entraba dentro de nuestra ruta...

— Perdona, perdona... es que es algo muy importante para mí, Luka y ciertas personas. Además que encontrarme con vosotros tiene algo de imprevisto, sé que sois habituales de India y conocéis este hotel y su dueño hace bastante tiempo que también por ese motivo estoy aquí. Tened en cuenta que hemos tenido que cambiar planes en poco tiempo — se excusó y, al parecer, se tranquilizó. Ahora no parecía tan loco.

Nos pusimos en marcha. Todo ha cambiado: ahora la curiosidad aumenta. Tenemos que ver la fórmula para ganar ese día que necesitamos. Nuestro tren sale a las 18.00 horas y llega a Delhi a las 12.00 del mediodía. Ese es nuestro margen de tiempo.

En uno de los callejones del laberinto de Godowlia hacemos una última visita a Kailash, dueño de la tienda de telas y tapices, sedas y algodones a quien intento confesar nuestro pequeño gran secreto. Si alguien puede ayudarnos él es quien puede sin levantar sospechas. Cualquier negociante que se precie siempre ha tenido un pasado algo turbio. Tener a la policía de su parte y algunos funcionarios del gobierno era parte de ese pasado suyo.

—Como ya sabes — empiezo con mi particular película — nos vamos a Delhi y después a Nepal pero... —hice una pequeña pausa

—tenemos que llegar a Katmandú con la máxima discreción y sé que tú te mueves bien en estos asuntos. Necesito dos billetes de avión para hoy. Si alguien sigue nuestros pasos creerá que vamos a Delhi, con lo que ganamos un día muy importante en el que tal vez nos juguemos más de lo que pensamos. Es muy importante para nosotros y, por favor, deja que te cuente solo hasta donde puedes saber.

—Cuenta conmigo — decía poco convencido —. Los billetes los tendrás — dijo al tiempo que tiraba las telas a un lado, como si el negocio le dejara de interesar — Sabes que aún tengo contactos, no habrá problema alguno con lo que me pides.

— Por cierto ¿a qué hora queréis volar? — Preguntó —el último sale a las ocho y media, más o menos, te lo puedo confirmar más tarde...

—Tiene que ser un vuelo que salga después de la salida del tren —apuntó Gerardo a lo que Kailash continuó —bien, sabéis que estos vuelos suelen cambiarlos muy a menudo y por lo que me cuentas, estas en lo cierto Gerardo, sería interesante volar una vez parta el tren de la estación. Supondrán que estáis camino a Delhi.

—Así es, no sabes cuánto te lo agradezco, sabía que podía contar contigo — Kailash nunca me defraudó aunque nuestra relación se basara siempre en los negocios.

—Bien, bien. Me encargaré de todo. A eso de las cuatro y media os recogerán en el hotel. Eso sí, si todo es tal cual me cuentas deberás continuar con tu plan: debéis subir al taxi que os enviaré y este, si todo sale bien, os dará instrucciones.

—Puso cara de preocupación a la vez que forzó una sonrisa que intentaba proyectar calma. Al despedirnos un último consejo:

—Por cierto, no os preocupéis por mí, si tengo que estar... estaré; en caso contrario habrá gente que os indicará que hacer.

Y así fue, continuamos nuestro recorrido, hasta la hora de la comida, para después volver al hotel en donde solo nos quedaba recoger los bártulos y despedirnos hasta la próxima. Eso sí, lo último era casi una costumbre, un último paseo por el río en la barca de Sentje que al bajar las escaleras del hotel ya nos espera con una bandeja de caléndulas y velas hechas de algodón e impregnadas de grasa extraída de la leche de cebú, en el recorrido las vamos

encendiendo y posando sobre las tranquilas aguas. Con cada una de ellas un deseo entre los cuales se encuentra siempre poder volver a esta ciudad bautizada con el nombre de Kashi por el Dios Shiva. Sentje siempre me despidió con este ritual para que vuelva pronto. Cuando le conocí apenas era un crío al que regalé un billete de un dólar y le dije que nunca gastara “te traerá suerte”, desde entonces se siente agradecido y a su manera bendecido puesto que posee barca propia y un trabajo con el que mantener a su familia. El dólar aun lo conserva.

Subimos al hotel y empezamos las despedidas: Ram, Rovinder, Mahindra y, cómo no, de Chiku y Alicia. Aunque claro, también de Pancho Villa...

— ¿Ya os vais?— preguntó asombrado, tal vez por la hora.

—Pues casi si, queremos comprar algo de fruta para el viaje, que la comida del tren se hace algo pesada, además sale a la seis de la tarde — acerté a contestar.

—Bien hermano, buen viaje y algo me dice que la causa hará que nuestros caminos se vuelvan a cruzar... por cierto Gerardo, no te lleves pastelitos para el viaje — algo con lo que los dos rieron dejando constancia de la buena relación habida. Después nos ofreció su compañía ¿Necesitáis que os acompañe a la estación? No te preocupes, vendrán a buscarnos... espero que nos volvamos a ver — termine diciendo con un apretón de manos, Gerardo no las tenía todas consigo.

En ese momento Chiku nos avisa.

—¡Hely!, preguntan por vosotros, es el conductor del taxi.

Así fue, un señor de mediana edad, de pelo rojo coloreado por la henna nos esperaba en recepción que al mirarme preguntaba:

—Railway station? — lo que le confirmaba con un leve movimiento de cabeza.

Con las mochilas preparadas dimos media vuelta alejándonos escaleras arriba. Pancho Villa no nos perdía de vista. Hasta daba la impresión de que podía ver a través de las paredes, por esa mirada tan penetrante.

El taxi esperaba a las afueras y el conductor hacía de guía hasta su encuentro. Nosotros con nuestras mochilas cargadas y dispuestos a partir cuando de pronto, al mirar el interior del taxi...

—¿Y Kailash?—Me preguntó Gerardo en voz baja...

—Pues... dijo que no nos preocupásemos por él. Además, recuerda que nos aconsejó continuar con nuestro plan de viaje. Lo demás habrá que

esperar y pensar que ha conseguido los billetes —traté de contestar para calmar los ánimos.

—Sigamos como si nada — continué diciendo —a ver qué instrucciones tiene el taxista.

Veinte minutos más tarde llegamos a la estación, el taxista no soltó palabra alguna en todo el trayecto, paró el vehículo y un shela se dispuso a recoger nuestro equipaje. Una se la carga al hombro, la otra encima de su cabeza. — ¿Ticket? —pregunta haciendo un gesto con el que nos lo solicitaba.

Se lo entregamos y mira el número de tren, andén y hora de salida. Acto seguido nos lo devuelve. —Shelo! — dice al tiempo que empieza a caminar.

Le seguimos y al mirar atrás el taxista había desaparecido. El porteador caminaba sin perdernos de vista hacia el interior de la estación camino del andén.

Los Shelas pertenecen a la plantilla de trabajadores de la red ferroviaria, son los porteadores de equipajes dentro de la estación de tren, sobre todo en las grandes capitales, es uno de los mejores servicios a los que puedes pedir ayuda. Se conocen todos los trenes, los andenes, a qué altura para cada vagón etc. Alguno te dice el precio del servicio, otros lo negocias y otros lo discutes después. Este no dijo ni media, parecía tenerlo muy claro. Tal vez Kailash así lo había preparado. La estación de Varanasi es pequeña, vamos, que no hay lugar a dudas pues solo tiene cinco o seis andenes. El shela espera hasta que el tren hace su entrada para después acompañarte hasta tu asiento. De él entendemos que no diga nada, normalmente no hablan inglés y la seriedad de su trabajo conlleva la discreción y el molestar lo menos posible al turista.

—Y Kailash sin aparecer— insiste Gerardo.

—Tranquilo, ya aparecerá — le digo mientras nos acomodamos en los asientos—literas, cuatro por compartimento, nuestro billete es de segunda clase sleeper con AC. Con el poco hindi que hablo intento conversar con nuestro porteador, por lo menos intento pagarle pero se niega, tan solo repite Kailash. Se marcha y nos deja solos.

—Bueno, por lo menos ahora sabemos que han sido contratados por Kailash, así que esperaremos a ver qué ocurre. En caso contrario asumiremos que nuestro destino será viajar en tren hasta Delhi, advirtió Gerardo para rebajar esa tensión que nos invadía.

¿Crees que algo ha podido salir mal? — le pregunté, a quien no dio tiempo

a contestar cuando aparece otro porteador que se acomoda a nuestro lado, nos mira y sonríe. Hacemos lo mismo, sonreímos, aunque más bien, dan ganas de reír. Tal vez los nervios o la incertidumbre de la situación.

—Namaste ji —nos dice— Namaste — contestamos al unísono. El dialogo entre nosotros no podía ser más amplio, tampoco habla inglés y nosotros solo chapurreamos hindi.

— Ticket? — Me solicita con un pequeño gesto, cosa a la que accedo y entrego. El tipo, sin mirarlos se los guarda en el bolsillo... el tren pita para acto seguido dar el típico tirón a la hora de arrancar, se pone en marcha con lentitud. Gerardo y yo nos miramos. Sudor y más nervios que afloran, nuestro plan parecía haber fallado. Respiro hondo, Gerardo intenta reclinarsse optando por una postura relajante al tiempo que se quita un zapato... el shela le invita a ponérselo otra vez. Segundos más tarde se levanta y mira por la ventanilla, coge las mochilas y con gestos nos invita a seguirle. Gerardo y yo nos miramos, nos levantamos y le seguimos. En la puerta se asoma buscando algo, tal vez controlando la situación. De pronto...

— Sheloo!! Dice saltando, asombrados intentamos seguirle. Saltamos también pero, joder, que tampoco voy todos los días saltando de un tren... al final lo conseguimos, no sin las risitas del tío que, aun cargado con nuestras mochilas, salt  sin más y sin tropiezos.

Vamos tras él cruzando las vías, después atravesamos una pequeña valla, tras ella, un taxi. Kailash estaba en su interior.

—Namaste Bai esto es como las pelis de James Bond que tanto os gustan — le dije con satisfacción y algo de alegría. (Octopussy fue rodada en Udaipur en los ochenta y aun hablan de ella como un acontecimiento)

—Un par de pastelitos de bang y esto me lo tomo de otra manera —dijo Gerardo que sin los nombrados pastelitos, aun así solt  varias carcajadas.

Kailash reía al tiempo que no podía disimular su gozo, vamos, que se lo est  pasando de maravilla. Para él es como recordar viejo tiempos pero, de pronto...

—Tenemos una hora para llegar al aeropuerto —dice mientras nos entrega los billetes — disculpad si no he venido antes, he esperado hasta estar seguro de que nadie os sigue. Si el shela no hubiese saltado ahora lo habría hecho en la siguiente estación — disculpas que aceptábamos sabiendo que nuestro plan "B" daba resultado. Sin embargo Kailash quería saber algo más.

—Me gustaría que me contaseis lo que ocurre o, por lo menos, hasta

donde creas que puedo saber, eso me dijiste en la tienda — y se hizo el silencio. La pregunta y lo ocurrido con el tren, los porteadores, el cambio... nos ha dejado sin palabras, algo moscas y con el cerebro procesando a mil o, intentándolo al menos. A pesar de su corta explicación. Viendo el silencio y nuestra sorpresa intenta explicarnos el motivo de su pregunta.

—Esta mañana os han seguido hasta mi tienda, hasta el hotel — pausa intrigante para seguir — dos tipos muy raros me han preguntado por vosotros y han estado haciendo preguntas.... más raras aun — intentaba decir algo pero no me dejaba hablar—, según Ananda, el tendero de enfrente, estuvieron en su tienda y no os quitaban ojo de encima ahora saben que soy mayorista, que vendo a muchos extranjeros, pero lo que más les preocupaba era el por qué me hicisteis entrega de los pasaportes — se dejó caer hacia atrás haciendo una jodida pausa interminable, examinando nuestros rostros a ver que podíamos decir. Gerardo y yo seguíamos expectantes, por fin dijo.

—Ha sido fácil, los pasaportes los necesito para poder exportar, les dije que necesitaba unas fotocopias. Es el protocolo a seguir. Hablaron entre ellos en un idioma desconocido para mí. Al poco se marcharon. No eran policías, al menos de aspecto, extranjeros y de gran altura. Me llamaron la atención sus manos, demasiado cuidadas. Gestos y andares sospechosos. Y sus zapatos, sobre todo sus zapatos. Parecían de mucha calidad y una mezcla entre un zapato de vestir y uno de batalla, bonitos y buenos. De los que jamás utilizarías para recorrer India.

Yo Intentaba explicarle con gestos mientras hablaba, palabras no tenía en ese momento. Miraba a Gerardo y él me miraba a mí. Aproveché el momento y dije lo que pude.

—Esto es difícil para nosotros Kailash — dije mientras me frotaba la cabeza —no puedo contarte más, créeme, es mejor para ti. Siendo sincero no sé en qué os habéis metido — continuó con las palabras que sólo un amigo puede decir — Puede que no me interese pero os siguen, el conductor del taxi me llamó advirtiéndolo, de ahí lo de los porteadores y el esperar a que el tren partiera. Ese ha sido el motivo por el que no estaba en la estación — Y acabo diciendo — tengo amigos en Delhi y en Nepal, cualquier cosa... me llamas que tardó poco en contactar con ellos.

—Gracias Kailash, — le dijimos — por lo que nos cuentas ya sabes más que nosotros — eso era cierto, no sabíamos que nos tenían vigilados, nuestra única sospecha era si controlaban nuestros pasos hasta Delhi y

después a Katmandú.

— Tenemos que entregar un sobre a un tipo en Nepal, dentro hay una especie de libro o libreta, escrita en francés, por lo que hemos podido ver y un pequeño chip... nada más, hemos adelantado el viaje por qué René está allí ahora, tal vez si se lo enseñamos podrá traducir algo. Solo eso, no hay más. Puede que sea el contenido lo que buscan — inventamos al momento. Palabras que nos fueron brotando para convencer a nuestro amigo, aunque era difícil engañarle. Lo de René me salió al vuelo. También era cliente suyo por lo que, para el tema de la traducción, me vino de perla.

—¿Y todo eso por una libreta, o es el chip? — Preguntó con cara de circunstancia y llena de dudas — Muy importante tiene que ser lo que ahí hay escrito. Tan importante que confío en vuestras palabras. Si decís que no me interesa será porque es mejor así.

—Así es, si podemos sacar algo en claro, ya te contaremos. Sabremos entonces el nivel de importancia que esta historia puede tener ahora habló Gerardo sin risas.

Aceptó la explicación, no me gustaba engañarle y sé que él lo sabía, una mentira piadosa que aceptaba. Pero con esa historia no le molestarían mucho.

—Que Dios os bendiga — dijo al despedirnos en el aeropuerto, cuando ya habíamos traspasado la zona de inmigración — Sé que René no está en Nepal.

El avión sale puntual. De momento nos despedimos de India.

CAPÍTULO XI

DESTINO: KATMANDÚ

Entrar a Nepal, desde Varanasi y en avión, es esperar una de las mejores bienvenidas que puedas desear. El Everest te recibe al fondo y a la derecha del avión mientras este se acerca a Kathmandu, por encima de las nubes, majestuoso, solitario. Si el tiempo acompaña es todo el Himalaya el que te hace reverencia. No nos podemos quejar, había pocas nubes que enturbiaran el paisaje. A esas alturas el clima era bueno.

Llegamos a Nepal, aterrizamos en Katmandú y, a pesar de la tímida lluvia todo fue bien. En el aeropuerto ni tan siquiera nos retrasamos con el tema de los visados. Recogemos el equipaje y cambiamos algo de dinero, lo justo para el taxi y el hotel. Ya cambiaremos más en el banco del barrio, allí lo pagan mejor.

—¿Sabes a qué hotel vamos?— Me pregunta Gerardo antes de salir, fijándose en el alboroto que hay en la puerta de salida.

—Imagino que no iremos a ninguno de los habituales — acertó a decir en algo que coincidíamos.

Mientras tanto los taxistas arremeten contra todo el mundo en busca de clientes, parece más un asalto que un ofrecimiento de servicios.

—Pues si — le contesto —iremos a Freak Street — en vez de hospedarnos en Tamel, la zona más céntrica como sabes está a tan solo diez minutos andando pero lo veo más seguro, muy cutre pero seguro.

—Jajaja, con lo de cutre das en el clavo — Gerardo que conoce muy bien Katmandú, me dejó elegir, y se dejaba llevar. En este viaje jamás se opuso.

A eso de las nueve entrábamos en el hotel, al día siguiente iríamos a ver a Happy Man, él nos copiará las cintas. Su nombre es debido a que siempre sonrío y no necesita motivos para partirse de risa. Por muy tonto que sea el chiste, él lo disfruta. Tiene una pequeña agencia dedicada al Trecking — Budget and Travel Communications — y un cyber donde, además de disponer de internet, ofrece llamadas nacionales e internacionales, fotografía y video.

Annapurna Lodge, así se llama nuestro hotel. Curioso y perdido en el tiempo. Ni reparaciones ni reformas. Si quieres volver a vivir la época hippy,

aquellos inolvidables 60 estas en el lugar adecuado. Es algo cutre, algo sucio. Más bien abandonado por su dueño que tan solo aspira a sacar partido y no a invertir. Pero bueno, es acogedor, tranquilo y seguro. Y un detalle interesante es que conozco a casi toda la plantilla, Ram, Gurka man, Chandru, Ramchandra... al resto lo vas conociendo, no suelen durar mucho. Casi todos se aburren del trabajo improductivo de Katmandú y vuelven a la montaña donde el trabajo es más duro pero estas con la familia. Por ejemplo; Gurka man vive a ocho horas en autobús y 12 horas andando. Las veces que visita a su familia, al cabo de un año, se reducen a las mínimas vacaciones que, aun siendo un lujo, el jefe les concede. Después estamos los guiris, si no fuese por la propina extra que les aportamos, el visitar a su familia sería un hándicap difícil de conseguir.

En el hotel duermen repartidos entre la cocina, mesas, recepción y el que más suerte tiene es quien coge una habitación recién desocupada por sus inquilinos. Eso más la comida: Dal Bath (es muy parecido al Tali hindú) servido en bandeja con sus apartados de arroz, verduras, picantes, yogurt (curd) y chapati. Esa es su alimentación para desayunar, comer y cenar, es parte del sueldo. Esas son las condiciones, por lo que muchos deciden volver.

CAPÍTULO XII

PRIMER DÍA EN KATMANDÚ

Desayunamos con la tranquilidad que nos da el tiempo. Happy Man no abre las puertas hasta las diez y del hotel no nos movemos. Intentamos organizarnos y, si conseguimos las copias, ver la forma de no levantar sospecha. Hacer que tan solo conocemos las historias que nos contó el loco. De pronto Chandru nos avisa. —Happy Man acaba de abrir— así que... manos a la obra. Nos saludamos, nos reímos o, mejor dicho, el no para de reír. A Gerardo le cuesta poco contagiarse. Le contamos el tema que a su comercio nos lleva y como es parte de su trabajo no pone pega alguna. Lo único...

—“No problem, two three days enough” — como siempre, dos o tres días... negamos con rapidez, cosa que le deja sorprendido. Se excusa y nos da motivos, pero no los suficientes. Debido a su mercadeo con china, creen que tienen, tecnológicamente hablando, más conocimientos y medios que nosotros. Eso sí, en el mercado negro de Katmandú puedes encontrar casi de todo a unos precios que, en España, no imaginas.

Pero bueno, lo mejor en estos casos es nombrar a los tibetanos, quienes con el pretexto de “por la causa” mucho hablar mal de los chinos pero ahí están, negociando con ellos telas, piedras e incluso cambio de divisas. Hacemos amago de levantarnos y... solucionado, hablará con su empleado a ver si no tiene nada urgente y, cuanto antes, empezamos. Unos dólares más hacen milagros.

La consigna era grabar una cinta y ver la otra pero, nos comenta.

—Podemos visualizar las cintas mientras se graban pero, sin sonido y a doble velocidad. — Nos viene bien, por la cantidad de cintas, y aceptamos.

Unas cervezas y empezamos con las grabaciones, cinco de audio y siete de video. De las de audio pasamos, se graban sin más. Las de video calculamos que en unas siete u ocho horas estarían grabadas.

—Ya veremos — le dije a Gerardo — vemos algo para saber de qué van y las demás que las grabe sin visualizar que es más rápido.

—con que tengamos una idea del contenido creo que nos sobra, si vemos

cosas raras y conspiratorias mejor tenerlas grabadas y acudir a la reunión con una base. Así sabemos a qué nos enfrentamos con el tal Luka — me explicó Gerardo y apoyando sus palabras así hicimos: cuanto antes estuviesen grabadas mejor.

—Si la historia coincide no es necesario que las grabemos todas. Se las damos y punto. Podemos acelerar el proceso y acabar cuanto antes.

¿Y si no coincide nada y son comprometedoras? ¿No crees que si fuese algo tan simple hubiesen pasado de montar este tinglado? Yo, en su lugar las envío por correo y me ahorro pagar a una persona desplazamientos y demás gastos.

Cierto Gerardo pero... vamos a esperar acontecimientos.

Las observamos, Happy Man queda boquiabierto con algunas imágenes, con alguno de los comentarios y exclama

— ¿¡Eso qué es!?

—Una película, estamos grabando una película para un concurso amateur —conteste lo más rápido que pude.

Si bien, la calidad de las imágenes no era muy buena, parecían grabadas a distancia, no mucha, pero sí que el que grababa no estaba, al parecer, invitado al evento. En vista de las imágenes y la cara de sorpresa de los allí presentes le pido que acelere la grabación, la excusa era simple, falta de tiempo.

Gerardo me mira

—Mejor — dice asombrado.

Menos mal que Happy Man empiece a sacar defectos, a reír y a interesarse por el supuesto premio que podemos ganar. Reímos todos que vamos a hacer.

Al poco uno de los empleados llama nuestra atención, nos mira como queriendo preguntar o informarnos de algo. Una de las cintas tiene ficheros de datos, no hay imágenes ni sonido. Otras pesan más de lo normal así que esas las apartamos y de las demás le preguntamos.

—Y ¿Eso qué quiere decir?

—Pues que os puedo grabar todo en un disquete para que después lo podáis imprimir o, si queréis, intento imprimir directamente nos contestó.

—¡NO!... da igual, ya lo imprimo cuando sea necesario... ¿Hay mas o solo una?

—Solo una con datos, las que se distinguen por su peso son dos. — contestó para nuestra tranquilidad.

—Por cierto, las que dice que son más pesadas las apartamos pero ¿Sabrá el tal Luka que faltan cintas?

—Le damos dos en blanco y ya está... otro riesgo más, total ya estamos metidos en el fondo de la historia —le contesté con las dudas que nos asaltaban.

Casi las cinco de la tarde, todo acabado. Menos mal que, por lo menos, hemos comido algo. Ahora a esperar a Luka.

CAPÍTULO XIII

LA REUNIÓN CON LUKA

—Pues sí, el Loco del Ganges y ¿Lo conocíais de antes? — Era una pregunta que esperábamos, no tan pronto pero era de suponer que se interesaría por nuestra relación con él.

—Pues no — dijimos — del hotel, teníamos la habitación en la misma terraza y coincidíamos día si día también, así surgieron el compartir un té, una conversación y, al final, esas historias que cuenta — contábamos a medias, entre Gerardo y yo, sin dar importancia a lo que habíamos oído, a lo que nos contaba. Le pusimos algo de humor para relajar la situación y hacer ameno el tiempo que allí estábamos.

—Acabará mal, seguro — dijo mirando a la cocina que, a través de una gran cristalera podía verse a los pinches y cocineros, sudorosos ellos, peleando con cacharros, sartenes y piezas enormes de carne. Apetitoso todo lo que de allí salía, brasa, plancha y una guarnición que, de aspecto, la hacía más tentadora.

—Por cierto, ¿habéis cenado? ¿Queréis que pida algo?

Lo tomé como una pregunta trampa a la que con buenos reflejos contesté que casi sí. Gerardo que se le hacía la boca agua me miró incrédulo. En sus ojos podía leer una palabra que expresaba lo que me hubiese dicho en otra situación “Cabrón”

—El viaje en tren, sin apenas dormir y después el avión quita un poco las ganas de todo. Aunque algo te dan en el vuelo, no sienta tan bien, mañana creo que estaremos al día — traté de explicar. Supuestamente hemos descansado poco entre el viaje en tren y el avión. Gerardo y yo nos miramos, sobraban las palabras entre nosotros.

¿Era este el tal Luka? No conocía a David, no lo mencionó en ningún momento. La duda nos asaltaba ¿Sería el verdadero contacto?

—En fin, aquí tienes el paquete que preparó Pancho Villa — le hice entrega de las cintas. Tras un leve silencio mientras las observaba y, casi, analizaba terminó preguntando.

—¿Las habéis visto?

— No, no creo que sea algo... además, no son cintas de video que puedas ver en cualquier sitio — contestó Gerardo.

—¿Pero no os ha enseñado nada el loco? — preguntó simulando sorpresa
Casi rompiendo a reír le contestamos que no pensábamos en que el loco tuviera aparatos adecuados.

—Pues si os apetece... — trataba de invitarnos con una mirada más intimidadora que amigable — podemos ir a vuestro hotel y... allí las podemos ver.

—Bebe que la cerveza se calienta — añadí antes de que finalizara su propuesta

—Venga que la mayoría de lo que este tío me envía es pornografía rusa las grabo y vendo en mi país...

—¡No me jodas! salto Gerardo mostrando sorpresa, intentando que no le afectara el comportamiento de Luka. — gran actor este Gerardo

—No, no, mejor dejarlo. Descansaremos y, mañana vemos que hacemos —al decir esto Gerardo se levanta, cosa que imito y, antes de despedirnos...

—¿En qué hotel estáis?

— Junto a la pizzería Fire and Ice —contesté con voz de quien no desea contar más.

—AH — exclamó —ya recuerdo, el Madhurai.

—En el Shelton — Solté clavando mi mirada en sus ojos.

—Por cierto, hemos traído las cintas, tú paga las cervezas —una sonrisa y salida sin más demora. Mientras pagaba ganábamos tiempo. Con esto quisimos prevenir que no nos siguiera, nos daría una ventaja de dos minutos o tres, suficiente para mis intenciones.

A la salida, como siempre, Rickshaws esperando la llegada de algún cliente. Corrí hacia uno y le levanté la capota, acto seguido le entregué 50 rupias y le dije en qué dirección debía ir.

—Al Fire and Ice, rápido, un amigo espera allí, te lo traes de vuelta, él te pagará el resto... ¡vamos, rápido!

Gerardo había hecho lo mismo con el otro, el que nos llevaría a nuestro hotel

—A ver cuánto corres por 100 rupias—le dijo cuando empezaba a pedalear. Por fortuna, tanto para él como para nosotros, era cuesta abajo.

A la salida del restaurante el Fire and Ice está a unos diez doce minutos en bicicleta. A la derecha, una calle de unos doscientos metros en línea recta

para, al final, torcer a la izquierda. Nuestro hotel estaba a la salida de restaurante a la izquierda pero, a diez metros dobla otra vez a la izquierda y, después, a la derecha. En caso de que Luka saliese detrás nuestra lo primero que vería es el de la derecha con la capota puesta y, por la oscuridad, no distinguiría si va o no ocupada. El otro camino, el que tomamos nosotros, casi le era imposible verificarlo en ese momento. Perder lo habíamos perdido pero ¿Durante cuánto tiempo? ¿Nos intentará localizar por la mañana? Eso nos preguntábamos cuando apenas distaban unos metros para llegar a nuestro hotel.

—¿Existe el Shelton? porque a mí me suena en Delhi, no aquí — me preguntó Gerardo

—Creo que no —le dije — al igual que tu solo conozco el de Delhi.

—¿Entonces?

—El Madhurai está justo en frente del restaurante, aunque no se ve, eso quiere decir que no conoce la zona. Pero el fire and ice sí que existe, la mejor pizza que he comido jamás ha sido en Regello, un pueblo de Florencia y en el fire and ice, de aquí en Katmandú. — intenté aclararle a Gerardo debido a su preocupación.

—Es que me ha mosqueado su forma de ver, mirar y hablar —confesaba

—Y a mí. Hay algo raro en todo esto. Menos mal que le hemos dado las copias y no todas.

Lo bueno de nuestro hotel es que estaba algo escondido, señalizado pero escondido y el tal Luka no creo que quisiera perder la noche buscando. A las diez esto es un desierto y, quitando algún que otro cyber y un pequeño pub, todo estaba cerrado.

—Joder Gerardo, no te preocupes — intentaba animarle

—¿Por qué no tomamos una copita en el Carpe Die?, también podemos picar algo ¿Te apetecen unos momos? Tenía que haber traído un par de pastelitos, estas cosas las viviría de forma diferente— se arrepentía por no haber comprado algunas para estos momentos.

A la mañana siguiente nos pesaban los parpados, las piernas y el ruido que los del hotel hacían desde las seis de la mañana.

—Es que ese Ron... El Kukhuri es pesao. Y duro. Y malo— decía quejándose pero con la boca pequeña.

Bajamos al patio a desayunar, tostadas con mantequilla, un tazón de té y una buena bandeja de frutas. Después al cyber a chequear los correos.

Tenía uno de Chiku. Es el primero que abrí: Asunto:

Urgente

Hola Hely, Tened mucho cuidado.

Ha venido el mexicano, el loco.

Dice que no acudáis a la cita con el tal Luka. Que corréis grave peligro. El tal Luka ha sido encontrado muerto en su hotel de Katmandú.

—Contesta rápido o llama al hotel. Si necesitáis algo me lo decís, O acudes a Prabhat, el os ayudará.

Cuidaos. Un abrazo.

No daba crédito a lo que estaba leyendo y, ¿ahora qué? Se lo conté a Gerardo y la cosa estaba muy clara, había que salir de allí cuanto antes.

—Nos vamos tío, pero ya —me dijo sin tapujos.

Llamaré a Chiku a ver qué tal, después veremos a Happy Man para que nos consiga un billete de avión para Delhi.

Aún así, pensábamos en las posibilidades que teníamos. En qué hacer con todo este embrollo de las cintas, las persecuciones y los engaños. Esto superaba lo que un simple interés podía despertar en nosotros. Ahora solo pensamos en huir y saber de qué o quién.

—Hola ¿Chiku?

—Si soy yo, ¿Quién es?

—Soy Hely.

—Ah ¿qué tal? cuéntame, ¿dónde estáis?

—Nada que he leído tu correo y casi no me lo creo pero ¿Te ha contado algo más?

—No, no, se marchó al poco de darme la noticia. Liquidó su cuenta y me regaló el lingan... por la paciencia que tuve en cobrar, yo creo que con las prisas no sabía dónde meterlo.

—Pero ¿sabes dónde ha ido?

—No... fue algo muy raro, Mahindra le acompañó a la salida del Main Gate. Allí le esperaba un buen coche....

—Bueno Chiku, todo esto es muy extraño. Creo que volvemos a India, ya te contaré más... cuando sepa algo.

—Bien, tened cuidado

—Vale, gracias... ¡¡espera, espera! ¿Sabes cómo se llama en realidad el

loco?

—Alfonso, se llama Alfonso.

Ahora sabemos que hay algo más en todo este embrollo. Da que pensar. El tal Luka y el loco, nuestro Pancho Villa.

Se lo cuento todo a Gerardo. Creo que no hay lugar a dudas, nos vamos cuanto antes.

Nos queda una última baza que nos ayude a salir intentando no dejar rastro: Nuestro amigo Prabhat.

Tras consultar con él nos aconseja viajar a Pokara. Unas cuantas horas en coche en el que seríamos testigos directos de cualquier seguimiento que nos pudieran hacer.

—Dejadlo en mis manos y os organizaré la salida.

Esas fueron las palabras alentadoras de alguien que conoce el terreno, alguien que maneja algo más que la burocracia del país. Nos habla del destino a seguir pero ni una sola palabra de lo que puede ir a continuación.

Nos preparamos para el viaje a Pokara. El falso Luka y sus compinches desconocían, suponíamos, la ubicación de nuestro hotel. Eso nos daba algunas ventajas.

A las cinco de la mañana nos recogía en el hotel. Por delante carreteras plagadas de curvas en la que, la mayoría de veces, bordeábamos un río cuyas aguas bajaban directamente del Himalaya. Tramos con desprendimientos nos aconsejaban prudencia. Las prisas no eran necesarias. La distancia a recorrer era de unos doscientos kilómetros, la velocidad media de entre 45 y 60 kilómetros por hora.

—Se puede decir que aquí nace el Ganges — nos decía para amenizar el viaje, viendo nuestras caras sus comentarios y explicaciones nos hacían alejarnos de las preocupaciones — La fuerza de sus aguas es debido a que el desnivel es de tres mil metros en un recorrido muy corto. Le preguntamos si es el mismo que vemos en la ciudad o en Pasupathi nath (lugar sagrado donde se producen las cremaciones) y nos dice que todos son afluentes que alimentan al sagrado Ganga.

—Igual que el Yamuna, que pasa por Delhi y Agra; el que ves desde el Taj Mahal.

En el recorrido hacemos un par de paradas. Una de ellas coincide con un “chiringuito” en el que nos tomamos unos refrescos. Tras él un puente colgante que cruza todo el ancho del río, de un extremo a otro donde se encuentra una pequeña aldea.

La curiosidad hace que intentemos cruzarlo.

Su altura superaba los veinte metros recordándome una película de Indiana Jones aunque en esta ocasión no teníamos ningún ejército persiguiéndonos y el puente parecía seguro. Nos disponemos a cruzarlo cuando nos damos cuenta de los innumerables boquetes que había debido a las tablas de su base, muchas de ellas podridas y otras carcomidas por insectos de la madera.

Gerardo se echa atrás — no puedo Hely, tengo vértigo —me confiesa cuando me ve a mitad de camino —no te preocupes, puedes hacerlo si no miras abajo — intentaba animarle en un imposible.

Volví atrás para fortalecerle; Prabhat reía a lo lejos mientras absorbía un refresco de limón.

Le convencí, me costó pero lo hice; aunque solo anduvo diez metros, no pudo adentrarse más y menos rebasar el límite de tierra para caminar sobre las aguas. La verdad es que la impresión de caminar por ese puente

colgante y ver las bravas y turbulentas aguas hacía mantener un respeto y cuidado de no resbalar, sobre todo aferrarse bien al cableado que hacía su función de barandilla. Las risas nos hacían olvidar los malos ratos. Los nativos, cargados en su mayoría con grandes cestos a la espalda, nos hacían sentir ridículos, más aún al verles con esa soltura y rapidez.

En el camino nada raro. A veces íbamos tan solos que daba miedo y la única presencia humana era de trabajadores; los famosos “pica piedras”. En una de las pedregosas zonas paramos unos cientos de metros después para observarles. Bajaban al río y cargaban grandes piedras a sus espaldas. Por fortuna ese trabajo lo hacían personas mayores o, por lo menos y después de la experiencia con nepalíes así nos parecían. Lo malo que los encargados de picar piedras eran críos. Algunos golpeaban unas con otras, otro utilizaba alguna herramienta “más moderna y avanzada: Un martillo”

—Normalmente son trabajos familiares — nos explicaba nuestro amigo — por eso están repartidos a lo largo del río. Después vendrá un camión que las carga y les paga el trabajo. Una miseria, lo sé pero,

¿De qué pueden vivir por estas tierras y perdidos de la civilización? No tienen casa, lo que ves se lo construyen ellos y ahí viven. En algún rincón tendrán algo sembrado y alguien les suministra comida una vez por semana. Otros más afortunados viven al otro lado del río y solo se desplazan aquí para trabajar.

Era triste oírlo, así que algo cabizbajo nos subimos al coche alejándonos; mirando de vez en cuando hasta perderles de vista. Esta vez pasamos de hacer fotos.

Otros que nos encontramos por el camino y bastante a menudo son policías en controles aduaneros (como ellos lo llamaban). A veces se paga por pasar, otras te dejan sin más. Nuestro guía especial es de casta alta (Newar) así que el asunto de respeto impide que le den el alto.

Los Newarís son la casta tradicional de comerciantes, ocupan un lugar destacado en las áreas urbanas más antiguas de Nepal. Al igual que la mayoría de Sij en India, al manejar el comercio son muy respetados. Antiguamente el reino Newar se extendía a lo largo de las colinas del país, en las principales rutas comerciales. Sus reyes eran conocidos por sus templos de estilo pagoda y sus ricas artesanías. Muchos de los antiguos palacios y templos en Katmandú son obra de Newaris Aún conservan sus ricas tradiciones en tallas de madera y piedra con las que actualmente siguen comerciando.

Relajados y conversadores, tranquilos y gozando del paisaje. Así empleamos el resto de horas hasta llegar a Pokara, última población occidentalizada a los pies de los Annapurnas.

Ir acompañado de Prabhat es instructivo, relajante y ameno; su sonrisa es muy agradable, más aun en estos casos.

El hotel al que vamos, que siendo sincero no recuerdo su nombre, estaba concertado por nuestro amigo: es el habitual en él.

Prabhat es exportador en Nepal, como no, y esta ruta la tiene en su agenda debido a su trabajo. Lo hace muy a menudo aunque siempre que puede utiliza el avión que en apenas media hora hace el recorrido.

Las habitaciones reservadas poseen una terraza desde la que podemos ver el lago Pawa cuya leyenda cuenta que sumergido en sus aguas se encuentran las ruinas de un viejo poblado.

Mañana la visitaremos — nos dice mientras podemos observar innumerables barcas con clientela que allí los trasladan.

De momento buscamos un restaurante para comer desde el que vemos, a lo lejos, uno de los Dhaulagiri, Annapurna y Manaslu que se eleva por encima de las nubes. Nuca había estado tan cerca del Himalaya ni había apreciado la majestuosidad de una gran montaña. Impresiona también estar a mil metros sobre el nivel del mar y observar montañas que superan los ocho mil en apenas treinta kilómetros que es lo que nos separa de ellas.

Degustamos algunos platos típicos de la zona acompañados de pescado seco, de elaboración muy distinta a la que aquí conocemos. Hacemos tiempo y después de la comida damos un pequeño paseo por las inmediaciones del lago; la tarde se nubla y las montañas desaparecen a nuestra vista. A una hora prudente no volvemos al hotel a descansar del viaje. Para el día siguiente tenemos varias excursiones previstas, una de ellas: El islote sagrado.

Deshago el equipaje, en la medida de lo necesario y viendo que las cintas siguen bien empaquetadas cuando alguien llama a la puerta. Al abrir Gerardo serio y con las manos en los bolsillos de su anorak azul:

—Tenemos visita, vamos a ver a Prabhat — su cara era de pocos amigos.

Cuando llegamos a su habitación nos esperaba sentado junto a la mesa con algunos papeles sobre ella.

—Os han dejado un sobre en recepción — nos lo enseña, aunque en realidad era yo el destinatario — me lo han entregado a mí, espero que no os importe — algo que ambos le restamos importancia — está en español, así

que no entiendo nada — nos entrega el sobre pero encima de la mesa aun había otro papel que, visto de cerca, era más parecido a un plano. Papeles impresos y ninguno escrito a mano.

La nota era bastante simple: Seguid así, hay un final.

Ojeamos el plano, a ver si este aclara algo y, lo único, son algunas indicaciones; el islote sagrado; otro islote plano; un recorrido en barca y varios puntos coloreados.

Sin motivos para ponernos nerviosos, por lo menos es lo que queremos creer intentamos calmar la situación, descansar, relajarnos y al día siguiente ver qué hacer.

Amanece y Prabhat nos despierta uno por uno. En la terraza uno de esos desayunos que soy incapaz de digerir nada más levantarme: huevos fritos, bacon, patatas cocidas, zumo de naranja, café con leche y tostadas.

—Necesito tiempo para comerme todo esto — solté en voz alta mientras que ellos ya habían empezado a saborear tan exquisito manjar.

—Tenemos una hora, el día lo pasaremos en el lago así que llevaremos algo de fruta para el resto de la jornada.

De pronto empezó a picarme el gusanillo, saber que no iba a comer durante el día me abría el apetito.

Durante el desayuno hablamos de cosas al margen de la situación real que vivíamos. Aunque la recepción de ese mensaje nos mantenía algo incómodos a Gerardo y a mí. Algo nos olía mal. Gerardo no pudo callar.

—Esa carta, la del plano y demás, es algo rara Prabhat. Ya que quiere decir que nos han localizado y, claro... — no le dejó acabar. Quiso explicarnos.

—Todo tiene un porqué y este no iba a ser menos. Conozco todos los puntos marcados en el mapa pero solo hay uno de interés para vosotros. Os dije que confiarais en mí así que no os preocupéis, hemos de seguir este plan del que os pondré al corriente en su momento. Ahora nos tenemos que ir.

Así fue, dejamos correr el tiempo y nuestro destino en sus manos. Nos dirigimos al varadero del lago donde una barca a remos nos esperaba.

—¿Y el remero? — Preguntó Gerardo.

—Hay que hacer ejercicio, remaremos nosotros.

Pasamos de visitar el templo, nos dirigimos directamente a un puno del

lago donde encontraríamos algunas respuestas. Risas y torpeza a la hora de coger el remo que nuestra falta de experiencia hacía que salpicásemos gran cantidad de agua en el interior del bote. Remamos durante un par de horas contemplando las montañas nevadas. Gerardo hacía fotos que más tarde compartiríamos.

Prabhat me indica un lugar en el que atracar la barca que amarramos a unas rocas. Subimos unos metros de ladera para encontrarnos con una pequeña casa de ladrillos. Frente a ella una pira aún humeante. Junto a ella enseres de la persona que había sido incinerada. Lo único reconocible un rosario tibetano.

El lugar merecía cierto respeto. Un silencio interrumpido por el chasquido de algún rescoldo de ascuas que quedaban vivas.

En la pared de la caseta una letras escritas en Newar que nuestro amigo traduce.

“Que Dios acoja su alma y la venganza sea justa”

—También hay algunas oraciones...

Tras estas palabras hubo algo que me quedó claro. Luka ha sido incinerado aquí pero ¿Por quién?

—Esto ha ido demasiado lejos — eran las palabras de Gerardo.

—No os preocupéis mucho por esto que veis — quiso calmar nuestro amigo nepalí — pensad que esta opción es mejor que repatriar. Tampoco sabéis cuáles eran sus ataduras con este país.

Prabhat hablaba con sus brazos extendidos del cuerpo, dedos separados y al acabar de hablar bajó al lago. Rezó y mojando sus manos humedeció sus ojos de agua.

—Esto es para que los espíritus del mal sigan vagando y no se aferren a mí. No verán el camino que recorro.

Tras este encuentro con el ritual de incineración abandonamos el lugar. El silencio se apoderó de nosotros:

Un salvoconducto, eso es lo que necesito. Algo que garantice nuestra seguridad pero... ¿He de contárselo a Gerardo? Mejor que no sepa cuáles son mis planes.

Nos alejamos del lugar del que aún se podía ver una leve columna de humo casi imperceptible si no fijábamos la mirada en el lugar. A unos cientos de metros un pequeño islote plano que apenas se elevaba un metro por encima del nivel de agua. Allí paramos a comer la fruta que compramos en los puestos de los alrededores del lago. Hablamos poco, tan solo compartíamos plátanos y papayas. El agua se mantenía fresca y, de vez en cuando, mirábamos al sol adivinando las horas de luz que nos quedaban.

Después de comer emprendimos camino de vuelta

—Se hará de noche —decía Gerardo, a lo que Prabhat le contestaba, — hay tiempo...

No mucho tiempo después nos dirigíamos a un embarcadero lejano a la ciudad. Allí había un vehículo pequeño que junto a él había un tipo que movía los brazos. Prabhat hace el mismo gesto. Amarramos la barca cuando nos explica lo que desde la mañana esperábamos.

—Cuando vuestro amigo Alfonso se despidió de Chiku le hizo entrega de estos papeles:

—Esto es para Hely y Gerardo pero no se lo puedes hacer llegar directamente a ellos. Tú conoces gente en Nepal, que alguno de tus contactos les haga la entrega: no quiero saber quién. Les siguen; así que hay que sacarlos de allí antes de que sea demasiado tarde. Confío en que Hely sepa cómo actuar.

—Chiku sabe que nos veríamos así que me contó casi todo lo que sabe. Esto me lo envió por correo y lo imprimí en el hotel. Ahora subiréis a este taxi que os llevará al aeropuerto. Desde allí un helicóptero os trasladará a Katmandú. Un amigo os hará entrega de los billetes de avión. No tenéis que salir del hangar... os avisarán cuando el avión a Delhi esté listo para embarcar, vuestro equipaje está en el maletero, lo han sacado mientras no estábamos por si acaso alguien vigilaba aunque creo que nadie os ha seguido hasta aquí. El equipaje está completo...

Tras esta explicación respiramos aliviados. Todo estaba planeado a nuestras espaldas y, de momento, ha salido bien.

Nos dimos un abrazo y agradecimos lo que por nosotros había hecho. El resto del camino parecía no tener complicaciones.

—Estaremos en contacto, ya te explicaré—sin duda entendió mis palabras y no hizo pregunta alguna.

Tres horas más tarde estábamos ocupando nuestros asientos en el avión: Volamos a Delhi.

Si la llegada a Nepal fuimos recibidos por el Everest, en la despedida son los Annapurnas los que nos desean buen viaje.

Los hemos visto a ras de tierra, ahora desde el aire.

El vuelo, de apenas una hora, casi tarda menos de Katmandú a Delhi que del aeropuerto a nuestro barrio.

VUELTA A DELHI

Esta vez, solo esta, buscamos un hotel que dispusiera de TV. Cómodo y caro, lejos de la zona habitual. En Janpath, donde hay un gran mercado de artesanía hindú y tibetana. Cerca de allí un gran bazar subterráneo, Palika Bazar, enorme. Allí buscaremos cámaras digitales de todo tipo. De momento no nos interesa su procedencia así que echo mano de mi gran amigo Kamal quien se encargará de buscar los contactos necesarios. Siempre está dispuesto a colaborar conmigo. Le contamos algo de la historia y nos refugia en su casa hasta altas horas. Allí cenamos y bebemos, nos hace más ameno el tiempo. Su mujer, Mini, es la encargada de preparar los exquisitos platos que siempre me atraen y que ella sabe que me gustan. Cuando acabamos su hijo Sonu nos acompaña al hotel por un laberinto callejones estrechos y oscuros. Siempre con una sonrisa y un “Dios te bendiga” (muy típico de los hindúes).

Allí, en el gran bazar subterráneo, puedes encontrar todo lo relacionado con la electrónica. Hay muchos artículos de segunda mano cuya procedencia es mejor no preguntar. Siguiendo los consejos de un amigo nos dirigimos a un comercio para tratar de convencer a su dueño y explicarle que nuestra intención es alquilar una cámara digital y que no estamos interesados en su compra. Kamal nos mira con gesto típico haciéndonos saber que no tendremos problemas, al sujeto lo que le interesa es sacar la mayor cantidad de dinero por cualquier artículo de los que allí posee. Le damos la dirección de nuestro hotel y la tarjeta de nuestro amigo para convencerle, para que supiera que podía confiar en nosotros. El trato se cierra con 60 dólares y un alquiler de una semana. Añadimos un portátil a la oferta, para ver el disquete que nos han grabado con datos. Su precio de venta era 300 por la cámara y el portátil de 250. Por cierto, el teclado en versión inglesa y sin la Ñ.

Con el equipo y unas bolsas de patatas volvemos al hotel. Con ganas de ver las cintas y saber el valor que estas pueden tener. Antes de subir a la habitación pasamos por la Bussiness Room donde nos dejan manejar ordenadores e impresoras. Es allí donde comenzamos a imprimir los ficheros de datos que tenemos grabado en el disquete. Un total de 50 folios de tan solo

dos ficheros. El resto pasamos de imprimir, ya que superan los dos mil folios. Esperamos a tener más información del tema.

Una vez finalizado subimos a la habitación. Conectamos los cables y, empezamos la sesión.

L A S C I N T A S

Dos hombres en lo que parece una zona desértica hablan con denotado nerviosismo. Miran la hora. Hablan bajito. La cámara da la sensación de estar fija en algún lugar, nadie la maneja. Esta algo oscuro, no marca ni fecha ni hora. Uno de ellos sale del plano de la cámara. El otro le sigue instantes después. Vuelven caminando sin prisas, hablando. Van bien trajeados y sus movimientos delatan su estatus. Uno de ellos se siente muy nervioso, el otro tiene pinta de ser el responsable oculto de esta grabación puesto que da a entender que conoce los límites del campo visual de la cámara. Intenta no moverse del sitio y atraer al otro a su lado. Ninguno de ellos nos resulta familiar. De pronto una luz. Parece que se acerca algún vehículo. Los dos quedan quietos mirando. Se oye un coche cuyo capó entra en el campo de visualización de la cámara.

—¿Roswell? Pregunta uno de ellos en voz alta.

—Si, ¿habéis traído la capsula? — preguntó sin más.

—Por supuesto — contesto uno de ellos.

Al parecer la cámara está colocada en el vehículo de los primeros personajes. Desaparecen de la escena pero, ahora se oye mejor.

— Está intacta —se oye decir —es imposible que esto estuviera allí Política, hace siglos que hay conflictos en la zona. El monje que encontró el arca... desapareció. Es por eso que ahora y, antes de que se libere la zona, hay que actuar.

De que arca estarían hablando. Gerardo y yo nos mirábamos extrañados

—La de Indiana Jones... jajaja — decía en tono serio, en tono burla...

Espera Hely, esto se merece algo más...

Cogió el termo de agua caliente, se puso una bolsita de té y sacó un par de pastelitos de bang de una bolsa.

—¿De dónde los has sacado?

—Me los dio el hijo de Kamal, ayer durante la cena.

Justo lo que necesitas... — volví a darle al play.

—Bueno — continuaban —aquel monje podía ser un guardián. Hay quien dice que era un enlace. Pero había que esperar a tiempos mejores, a que estuviéramos preparados.

—Preparados ¿Para qué?... —se oyó con un cambio de tono y volumen, alguien ya nervioso que buscaba respuestas.

—No era un guardián, fue un descubridor. El verdadero guardián solo controla la llave que abre esta capsula. No se pudo evitar el acceso al monte por lo que el guardián siempre ha controlado la capsula y el Tarará la llave que da acceso a ella. Esto es la llave a otro mundo. Nuestro planeta se muere y la humanidad no puede desaparecer. No lo hizo en su momento y no éramos tan perfectos. ¿Por qué había que dejarla abandonada hoy en día? Podemos crearla, con nuestros avances, a nuestro antojo. Aunque no viviremos para saber el resultado o, por lo menos alguno de nosotros. Solo algunos privilegiados algún “loco” venido a salvaguardar este secreto.

—Ha habido grandes descubrimientos en los últimos años. Se ha contado, por supuesto, con ayuda externa pero os adelanto: “ya tenemos casa”. Solo queda hacerla habitable. Acondicionar y amueblar como quien dice. La previsión será para un margen de 20 años. Pero todo nos lo confirmará Edwards, en Nevada. Estaremos en contacto.

A veces no distinguíamos las voces. No sabíamos quien hablaba.

Tará, Edwards, Nevada, Roswell, Loco, Guardián... repasamos lo que nos parecían palabras clave. Y, en el fondo nos hacíamos una gran pregunta:

¿Merece la pena perder el tiempo en este embrollo? Solo la gente que ignora no tiene problemas. El saber demasiado de algo y que alguien sepa que lo sabemos... es un mal asunto. Nos decíamos, más o menos y sin ton ni son mientras intentábamos abrir la segunda cinta. Pero, de pronto...

—Problema — dije.

—¿Cómo qué problema?

—Esta que pesa más lleva un chip incorporado, escondido bajo la tapa...

—Pues... si, puede ser un problema — dije apurando el último ducados que me quedaba. Gerardo seguía con su sonrisa dibujada al tiempo que se decía “Que mal rollo”

Seguimos pensando. Seguimos adelante con el viaje. El tema de las cintas, este tinglado que se ha montado es algo que, ahora mismo, nos sobra.

Al día siguiente desayunamos en la tranquilidad de una terraza desde donde casi vemos todo Delhi. La bruma de la mañana, la neblina, la calima, la boina de contaminación que tiene la ciudad hace que nuestras ideas surjan con más rapidez de lo normal. Lo que nos conviene y no, lo que queremos y la forma en la que tenemos que esquivar el obstáculo de las dichas cintas. Interesantes antes, un gran peso ahora.

Entre sorbo y sorbo, el té más bien parece que se calienta en vez de enfriarse. Relajados y pensativos llegamos a una simple y rápida decisión: deshacernos de las cintas y pasar de ellas. Los paquetes de Varanasi, los enviados por Kailash habían llegado al hotel.

—Lo enviaremos a España todo junto, cintas incluidas —Gerardo aceptó.

—¿Nos arrepentiremos? — era la cuestión. Una vez en España, casi con toda seguridad, echaríamos de menos esa intriga oculta. Ya fuese por curiosidad, verdad o mentira. Lo mejor, enviarlas por currier a un amigo.

Pedro Forca, Parapsicólogo y ufólogo, fundador de organizaciones dedicadas a la investigación de fenómenos “no normales” en esta clase de vida, en este mundo de, según él “cosas que deberíamos saber y algún interés nos lo oculta”.

—Entonces esto le vendría de perlas, le puede llegar a interesar.

—No es la primera vez que le envío un paquete— contesté a Gerardo. Creerá que son cosas mías para la venta así que, no lo abrirá hasta que yo llegue. Las demás las repartimos, veremos de qué manera. Aun así dejaremos las pesadas para un paquete privado a nuestro nombre.

Correos no queda lejos. En el barrio hay gente dedicada a empaquetar con tela todo lo que se envía al extranjero, ya sea para agencias de exportación o privado.

CAPÍTULO XVI

ESPAÑA: VUELTA A CASA

De regreso en España, Gerardo y yo nos despedimos en el aeropuerto. Dejé las maletas en casa. Las cinco de la tarde y no era cuestión de dormir así que salí a la calle a que me diese un poco el aire y ver esta otra vida, esta otra gente. Lo intenté pero el cansancio me hace volver a casa, a relajarme tumbado en el sofá y oyendo algo de música.

Apenas oscurece suena el teléfono, era Pedro. —¿Estas instalado? — Y sin esperar respuesta me dijo — En diez minutos paso a verte.

—Hely, hay agua en Marte, y puede que algo de vida. Si no la hay ahora... la habrá. Por segunda vez, o por tercera.

—Y... eso... ¿a que es debido? Algún soplo importante o una mala tarde y la resaca te da por alucinar — Le preguntaba con alguna mueca más digna de mofa que de interés por lo que decía.

—El paquete que me has enviado desde India — hizo una leve pausa — sabes que nunca los abro pero... este lo paró la aduana y me preguntaron sobre él. Al abrirlo y ver las cintas les dije que sería de vuestro viaje pero, en una de ellas, había una especie de chip o tarjeta. Les dije que era de mi cámara de video que os encargue su compra y que aquí era difícil conseguir el repuesto. Como comprenderás eso despertó mi curiosidad y analicé tanto las cintas como el propio chip.

Y, ¿a qué conclusión has llegado?

—Pues a una historia interesante. Creíble o no, pero muy interesante. Si quieres quedamos mañana noche y te cuento toda la información habida, tanto en las cintas como en el chip. Es, como te digo, bastante interesante.

Y así es, al día siguiente quedé con Gerardo para ver, oír... esa historia y de paso, contarle nuestros últimos días en India. El reencuentro con Pancho villa y el tal Luka. Por supuesto omitiríamos nuestra última aventura por Pokara.

Pedro trabajaba en algunos programas de radio. Colaboraba en ciertas investigaciones estatales con el fin de dar veracidad y explicación a hechos ocurridos en España que, muchos parapsicólogos, denominaban inexplicables

y venidos, tanto de otro mundo como el espacio exterior. Su trabajo era dar una explicación comprensible y terrenal. Cuando no lo conseguía el proyecto era abandonado.

No hace mucho compraron un chalé en las afueras de Alicante. De unos dos mil metros cuadrados de terreno y una casa con una superficie que rondaba los doscientos metros cuadrados. Lo que más le interesaba era el sótano un habitáculo diáfano cuyo propósito era el albergar vehículos y trastero pero, debido a sus necesidades, lo convirtió en su taller de trabajo; su oficina de investigación. Al estar relacionado con el gobierno disponía de los mayores avances en electrónica, ordenadores último modelo y lo más avanzado en lectores y grabadores laser.

Llegamos casi puntuales, aunque nunca había prisa por llegar cuando quedábamos. Lo primero el vino, a la nevera para mantenerle su temperatura. Lo segundo cerveza fresquita para ir entrando en el tema.

En el sótano, su oficina, nos sentamos frente a una gran pantalla en donde Pedro proyectaría parte de las cintas, o lo que había compuesto, y comenzaría a contar o exponer todo lo relacionado con una historia que no tenía nada que ver con lo que nosotros habíamos imaginado.

Siempre que Pedro nos contaba algo intentaba hacerse el interesante, le gustaba adornar el ambiente con miradas, con esa tranquilidad que ponía nervioso a cualquiera.

Su copa de vino y sus artilugios para poner en marcha una pipa de la que siempre te contaba una historia rara. Esta vez empleó su tiempo en prepararla. Nosotros mirábamos impacientes. Él no tenía prisa alguna. Se acomodó en el sofá junto con un mando en la mano dispuesto, ahora sí, a contarnos lo que sabía. Por lo menos eso queríamos creer.

CAPÍTULO XVII

LA HISTORIA DEL ARCA

—¿Lo que hay en las cintas? — comenzó mientras nos mostraba el chip, el paquete de India y el certificado de aduanas — en un 80 % es relleno, actuaciones hechas con un solo propósito: despistar. En alguna de ellas sale algún que otro personaje que, y no preguntéis, conozco.

—Según he podido investigar, en su mayoría trabajan para la NASA. Y todo es por el pasado de nuestra querida tierra y por el futuro. Al parecer no es algo casual ni tampoco extraño en ciertos sectores.

—Sobre el Arca de Noé se sabe que fue descubierta en el monte Ararat por un monje. O por lo menos eso es lo que siempre trascendió; eso era lo contable.

—Debido a que Ararat supera los cinco mil metros de altura no ha habido, siglos atrás, curiosos que se dedicasen a buscar el lugar donde, según la biblia, atracó el Arca después del diluvio. Sin embargo hay algo muy curioso: en el monte ha habido siempre un guardián que conocía el punto exacto donde se encontraba el arca y, de hecho, su labor era mantener una especie de intercomunicador activo por siempre.

—Lo llaman Zeus y el chip es una parte muy importante de dicho aparato. Al parecer posee una de las claves de acceso y la descripción con su fotografía de los últimos cien guardianes... — hizo una pausa para ver si nuestra expresión facial cambiaba de “estar interesado” a “no me lo creo”, al no tener éxito continuó

—¿Habéis oído bien lo que acabo de decir? — preguntó y la única respuesta que tuvo fue la mirada que hubo entre Gerardo y yo.

—En esta era, época o como lo quieras llamar, solo es posible la fotografía desde el siglo XIX. Y estamos hablando de personas “fotografiadas” desde el año 1, o cero, llamadlo como queráis. Hemos de suponer que cada guardián ha vivido 90 años o, por lo menos, así desaparecen. Cada uno de ellos ha dedicado su vida a una única misión: vigilar el acceso al monte y cuidar el arca. Cada uno de ellos con una misma y supuesta enfermedad: La locura. Un estado del ser humano que al estar privado de su

juicio o del uso de la razón mantenía alejado a curiosos. Si os fijáis ARARAT al revés se lee TARARA viene a significar “loco”, “ido”, “demente”.

—Debido a que estas personas pasaban la mayor parte del tiempo en sus alrededores, en la zona Turca, el monte es símbolo de Armenia donde es conocido como el monte del Loco.

—Cada cual, al parecer, tenía una misión: Contactar y pasar información, de lo que siendo sincero, no tengo ni idea de que se trata. Para ello es imprescindible este chip, como parte de Zeus. Pero tengo la sensación de que no es el único y que tan solo es una parte inútil sin las demás.

—El Arca de Noé se confirma como lo que la investigación ya daba por sentado. Es una invención Bíblica que oculta una realidad la cual es capaz de derribar los cimientos de la humanidad. El resumen de la teoría, o una de ellas, puede ser el siguiente:

—Este mundo, este planeta, era capaz de albergar vida más allá de lo planteable. El experimento así lo confirma. Seres venidos de un planeta en destrucción necesitaban una casa alternativa. La tierra, planeta azul por la cantidad de agua habida en él, por el hielo acumulado, por su atmosfera y una capa de ozono capaz de retener oxígeno suficiente para la vida fue repoblado. Pero, ¿Cómo surge todo? Aquel experimento acabado en éxito es el mismo que se llevará a cabo en Marte. Hubo intentos fallidos a la hora de habitar este planeta; no olvidemos lo que también recoge la biblia que es digno de estudiar: También se menciona en la Torah. Hay formas de leer la biblia: como un libro de ciencia ficción o sumido en la fe de cualquier religión.

Lo que sí es curioso, leyendo versículos atrás, es el motivo por el que “Dios” toma una última decisión a la hora de repoblar la tierra: En la Torah está catalogado como “Corrupción de la Humanidad”.

1 Cuando los hombres comenzaron a aumentar en la tierra y les nacieron hijas,

2 los hijos de ha'Elohim vieron cuán hermosas eran las hijas de los hombres y escogieron esposas de entre las que les agradaban.

3 Pero YHWH dijo: “Mi aliento no permanecerá en el hombre para siempre, ya que él no es más que carne; que se le concedan sólo ciento veinte años.”

4 Fue entonces, y también más tarde, cuando aparecieron los Nefilim en la tierra, cuando los hijos de ha'Elohim cohabitaron con las hijas de los hombres, quienes les dieron descendencia. Ellos fueron los héroes de antaño, los hombres de renombre.

5 YHWH vio cuán grande era la maldad del hombre sobre la tierra, y cómo todo plan ideado por su mente no era sino perverso todo el tiempo.

6 Y YHWH lamentó haber creado al hombre en la tierra, y se le entristeció el corazón.

7 YHWH dijo: “Borraré de la tierra a los hombres que he creado, a los hombres juntos con las bestias, los reptiles, y las aves del cielo; porque lamento haberlos hecho.”

8 Pero Nóaj alcanzó el favor de YHWH.

Que comparado con la Biblia (Cristiana...)

Génesis 6

1 Cuando la humanidad comenzó a multiplicarse sobre la haz de la tierra y les nacieron hijas,

2 vieron los hijos de Dios que las hijas de los hombres les venían bien, y tomaron por mujeres a las que preferían de entre todas ellas. 3 Entonces dijo Yahveh: «No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne; que sus días sean 120 años.»

4 Los Nefilim existían en la tierra por aquel entonces (y también después), cuando los hijos de Dios se unían a las hijas de los hombres y ellas les daban hijos: estos fueron los héroes de la antigüedad, hombres famosos.

5 Viendo Yahveh que la maldad del hombre cundía en la tierra, y que todos los pensamientos que ideaba su corazón eran puro mal de continuo,

6 le pesó a Yahveh de haber hecho al hombre en la tierra, y se indignó en su corazón.

7 Y dijo Yahveh: «Voy a exterminar de sobre la haz del suelo al hombre que he creado, — desde el hombre hasta los ganados, las sierpes, y hasta las aves del cielo — porque me pesa haberlos hecho.»

8 Pero Noé halló gracia a los ojos de Yahveh.

— La tierra poseía la mayor acumulación de hielo de entre todos los planetas de este sistema solar. Incluso de galaxias cercanas. Pero,

¿Cómo se puede crear un mundo habitable? Una explosión Nuclear. Así lo conocemos hoy en día. Esta explosión derrite el hielo, este inunda la tierra de agua en sus niveles más bajos. A su vez la explosión, el vapor de agua y el recubrimiento de la corteza terrestre crean oxígeno, una atmosfera respirable prisionera de la gran capa de ozono. Una vez que es posible la vida tan solo queda habitarla y siempre, paso a paso. ¿El proceso? Primero los mares, después los cielos y, por último, humanos que recorran la tierra seca.

Para esto nada más sencillo que lo que nosotros conocemos como criaderos, invernaderos, piscifactorías...

Cabe pensar que la vida de seres humanos en la tierra llevaría en la memoria su procedencia pero, ¿Y si educas a ciertos humanos ajenos a la realidad genética y a un mundo imaginario? ¿Y si creas una forma de vida desde cero? Ahí es donde comienza el papel de aquel llamado Noé. No olvidemos el papel tan importante que tuvieron los Nefilim en toda la historia. ¿Quiénes eran realmente? La conclusión es bastante simple y estos seres ayudaron a poblar la tierra. Pensamos que Noé no era una sola persona. Tal vez todo un pueblo, una ciudad, un estado. Al igual que sus hijos, Sem, Cam y Jafet no eran más que tribus compuestas, más tarde, para la repoblación del planeta.

Es desde ahí donde nace la humanidad que hoy en día conocemos. Todo ser del pasado es puro experimento. Ya sea positivo o no. Lo que sí es cierto que gracias a ellos pudo crearse lo que hoy en día tenemos.

— ¿Y qué pinta entonces en todo esto el Monte Ararat?

Una base de comunicaciones oculta entre países en “guerra”. Tal vez abandonada por la curiosidad de seres humanos que han descubierto el lugar donde la presunta Arca se ocultó durante siglos.

Desde el año 1916, en el que un aviador ruso encontró algo parecido a una embarcación bajo el hielo hasta que, no hace mucho, el satélite Ikonos lo fotografió no han parado las especulaciones al respecto. Es más, cuando en el 1916, Vladimir Roszkowizky la descubrió, el Zar Nicolás II envió una expedición para certificar dicho descubrimiento. En 1950, un alpinista francés (Fernand Navarra) extrajo muestras de madera petrificada que, después de analizar con carbono 14, fue datada con más de 7000 años.

El asunto toma interés en cuanto Estados Unidos lo investiga. La CIA toma el mando y se anulan las expediciones alegando conflictos bélicos entre Turquía, Armenia e Irak. Algunos documentos se han desclasificado para contentar a curiosos pero son solo fotos que muestran manchas, muchas de ellas debidas al deshielo de la zona. Ajena al mundo y perdida a la curiosidad del mismo. Bíblicamente hablando han sido nuestros antepasados extraterrestres los que aparecen en esos rayos de luz, carros de fuego o

estrellas que nos guían. Ciertos fueron los errores cometidos, el fracaso en crear una raza sin violencia, sin egoísmos, más pura... Se creó a partir de humanos educados para otro mundo. De ahí la imperfección. Es curioso que se hable de ello en la biblia y nadie lo tenga en cuenta. En el Génesis se les nombra como Ángeles caídos, gigantes llamados Neffelin. Perdieron el respeto al “creador” y se dedicaron a fornicar y mezclar su raza con los humanos. A partir de ahí nace la leyenda de Noé. Cuando el llamado Yahvé se arrepiente de la creación.

Ahora todo tiene que ser distinto. Ahora el trabajo es conjunto entre la raza humana y la extraterrestre, humana también, al fin y al cabo casi con certeza ellos son nuestros primeros padres. Personas como nosotros. Avanzadas hasta lo inimaginable. Con su experiencia y la nuestra quieren crear al ser perfecto.

Nosotros somos o hemos sido sus cobayas. Si comparamos nuestra vida con la de ellos quedaríamos sorprendidos. Para ellos es muy sencillo. Diez años de vida son cien para nosotros.

En Marte la historia cambia. No habrá humanos de principio, no existirá un Arca que salve vidas. No habrá una religión a modo de guion o manual de vida. Habrá una auto creación a partir de ADN. Se creará un ser en un 99,9% libre de recuerdos, de complejos. Intentaran por todos los medios crear ese ser puro.

Aunque el principio no cambiará, el acondicionamiento será el mismo. En Marte hay hielo. Pero esto lo dejaré para el final. Os hablaré de esos personajes, actores que hacen su papel tanto en las cintas como en los documentos que extraje de los ficheros y del no menos importante chip.

Mientras tanto, Gerardo y yo escuchábamos atónitos las explicaciones. Tampoco había que estar muy metido en el tema para, más o menos, tener una pequeña idea del asunto. Sobre todo por la gente que los suele tratar, hablar por hablar sin dar datos fiables. Pedro era, para nosotros, todo lo contrario. Lo sabía de buena tinta. Aunque nos seguía sonando a “ciencia ficción”.

Pedro continuaba con su narración de los hechos o investigaciones.

— Hay personajes — continuaba donde lo dejó — que son nombrados tan solo para despistar. Muchos de ellos, por un motivo u otro, han dejado de existir. Ese tal Pancho Villa quien habéis conocido, era un enlace fugado. De esos a los que se les ha subido el saber a la cabeza y quiere erigirse como el iluminado que todo lo sabe. En esta historia sobra gente de esta calaña. El

que conocisteis como Luka, un agente de la CIA, debía recuperar las cintas que Pancho robó. Aunque copias hay de sobra, nadie quería que esto se promulgase. Aún tenéis en vuestro poder algo más importante, los chips y la cinta de datos de la que no habéis dado copia alguna. El auténtico Luka, hallado muerto en su hotel de Katmandú, era un eslabón de esa cadena en la que estáis metidos, podría decir que del bando bueno. De esos que quieren contar al mundo parte de la verdad.

En fin, creo que lo importante es, al margen de lo científico, localizar a esos otros interesados que son nada más y nada menos que asesinos a sueldo pagados por gobiernos que están utilizando todo conocimiento venido del exterior para sus beneficios. Si analizamos los inventos de los últimos treinta años es de extrañar los avances logrados en tecnología y armamento. Sin embargo no han querido saber nada o por lo menos contarnos los avances en medicina. ¿Extraña verdad?

En toda mi vida de investigación y, dejad que sea modesto, mis conocimientos y trabajos en EEUU, me permiten conocer y saber lo que os cuento. Eso sí, nada os cuento en modo oficial, más bien esto es una conversación entre amigos que toman unas copas y hablan de un tema que se olvidará al salir de esta habitación. También es un consejo. Si queréis saber más... os puedo decir que el Papa está al tanto de todo y, no solo él, hay representantes todas las religiones de este mundo que apoyan el proyecto.

Hace años, el Vaticano, quiso tomar las riendas del asunto. Desde entonces se les informa, con cierta exactitud que yo llamo reservada, ya que no de todo, lo que quiere decir que la verdad les llega algo incompleta.

Aprovechamos que nos da la espalda y Elsa hace aparición.

—Es tarde — dijimos apurando nuestra bebida e intentamos despedirnos, no sin antes quedar en otra ocasión para terminar de oír tan interesante historia.

Volvemos a casa, cada uno en su coche. Nuestros domicilios estaban en sentidos opuestos y retirados el uno del otro.

Casi las cuatro de la madrugada y las calles casi vacías. Busco donde aparcar y, al pasar por delante de casa veo una luz encendida

— ¿La habré olvidado? — subí con sigilo, la puerta estaba abierta. No me atrevía a entrar. Desde fuera pregunté si había alguien dentro. Encendí el resto

de luces. Menos mal que el piso es pequeño, así que no tardé en hacer el recorrido entero. No había nadie, un desastre sí, pero nadie dentro. De pronto suena el teléfono, era Gerardo, su casa también había sido asaltada.

—Alguien ha estado en mi casa; está todo alborotado.

—También en la mía, aunque no falta nada; creo. Llamaré a Pedro, tal vez sepa algo.

—No llaméis a la policía — me dijo Pedro cuando le llamé. No tardó en coger el teléfono y continuó diciendo:

— Cierra todo bien y asómate a la ventana. No se esconden. Quieren que sepas que van a por ti si no les das lo que buscan.

— Pero... ¿cómo se lo que buscan? ¿Acaso saben ellos que he descubierto o tengo ese resto de piezas que necesitan? — pregunté.

—Me han investigado, preguntado y visto el material que tengo, lo que me habéis enviado. Según ellos falta algún original y algo que, al parecer, es una pieza clave. Nada que ver con el chip, al parecer es algo parecido a una llave, al menos así la han llamado.

Un mercedes color caramelo. Nada más asomarme sale del aparcamiento, despacio. Hizo un cambio de luces y se marchó.

Sin miedo a que le viese, a que tomase nota de su matrícula. Al poco sonó el teléfono. Eran ellos, los que asaltaron nuestras casas.

Nos falta una pequeña pieza y...— hizo un alto — la necesitamos.

Se hizo un largo silencio. Esperé un tiempo que me pareció eterno. Después colgó.

Volví a llamar a Gerardo. Algo teníamos que hacer o alguna decisión había que tomar.

—Dime Hely — no tardó en descolgar.

— Algo huele mal Gerardo. He hablado con Pedro y me ha repetido palabras sobre lo que esta gente busca: él sabe lo que tenemos y también lo que buscan. Lo del chip y los datos que poseemos los supuso esta noche cuando hablamos; ahora lo confirma...

—¿Crees que es uno de ellos?

—De momento no corremos peligro; el mismo Pedro me aconseja no llamar a la policía. Lo que tenemos lo quieren por las buenas así que esperaremos unos días a ver qué ocurre.

—Bien pero esto deja de ser una aventura divertida. Mañana hablaremos con la mente fría.

Al día siguiente hablamos de lo ocurrido. Nos acercamos al bar de la esquina en donde caras inexpresivas sorben el café y alguna que otra copa de brandy garrofero. Intento hacer tiempo antes de llamar a Pedro, para no alterar su humor mañanero, y así explicarle nuestras ideas, tratar de convencerle de que esta historia no era de nuestro rollo. El tabernero que nos sirve un carajillo de coñac, bien quemadito, me mira como si no me viese e intentando dibujar una sonrisa difícil; jamás pensé que semejante mueca pudiera ser dibujada en un rostro tan agrio.

Gerardo pasaba del tema, volvía a insistir, no le interesaba en absoluto.

— Si no arreglamos este mundo como nos vamos a meter en otro... pero que cojones, quiero pasar de historias raras...

Fueron las palabras que nos cruzamos y lo que le contamos a Pedro. Esa pieza que buscaban se la daríamos con gusto pero, no la teníamos... o si, la cuestión era no darle importancia y procurar que su atención cambiase de rumbo.

Mi vida tenía otras complicaciones.

Desde India tenía prevista la recepción de mercancía, la que enviamos desde Delhi junto con los paquetes de Kailash, objetos de regalo y algo de ropa y el resto de las cintas. Todo ello tardaría un par de meses, sin contar con los trámites burocráticos.

—Tal vez — dijo Pedro en una ocasión — estén esperando a que recibas la mercancía, hasta entonces puede que te dejen tranquilo.

Eso me daba margen para moverme, para olvidarme de una historia... “rara”. Mejor, así me dedico a lo mío.

CAPÍTULO XVIII SEÑ

ORES DENEGR O

Pasaron los días, semanas. Al poco me llamó Ramón, mi agente de aduanas en Valencia.

—La mercancía ha llegado, ¿¡por avión!?. Dijiste, además de tener la documentación que todo venía por mar — me dijo en una breve llamada sin embargo la documentación que yo le había enviado era de un cargo por barco, estaba en lo cierto, y añadió:

—La han parado en aduanas y no me dejan verla, dicen que tienes que venir tú personalmente.

Extrañado y pensativo. Por lógica alguien gordo estaba detrás de todo esto. Era la primera vez que solicitaban mi presencia para una inspección. No es lo normal. Además cambio de envío y, todo demasiado rápido: ¿Serán ellos?

Algo me decía que no todo lo tenían controlado. La mercancía seguía a mi nombre y estaba todo sin abrir, o eso imaginaba yo.

Llamé a Pedro y Gerardo, les comenté lo sucedido. Pedro se desmarcaba debido a su vinculación con el estado español y sus buenas relaciones con parte del gobierno estadounidense. Gerardo decide acompañarme y al día siguiente, sin demora como era solicitado, nos fuimos a Valencia.

Ramón no sabía qué hacer, no estaba autorizado por su empresa para realizar la inspección y los motivos no se los explicaron con claridad, tal vez no pudieron o no supieron hacerlo.

A las nueve de la mañana quedamos en el hangar señalado por los distintos inspectores. La presencia de la guardia civil nos tranquilizó. Ramón esperaba en la puerta...

—Esto parece emocionante, no me lo puedo perder. Además algunos polis los conozco así que menos preocupaciones para ti. —me dijo al verme, cosa de la que me alegré bastante.

Al entrar al hangar había gente rara. Un guardia civil nos pidió la

documentación y a Ramón simplemente le saludó, como cada día.

Toda mi mercancía esparcida por la nave. Sobre tres palés y varios señores trajeados custodiándola. Uno de ellos se acerca a mí. De su cuello colgaba una chapa dorada, sin escudo y sin siglas. Tan solo un número y un nombre “154 Ros”. Sin mirarme me susurra al oído:

—Puede que tengas droga en tu mercancía... o puede que no, todo depende de ti — dijo con acento más bien yankee.

—Este ha visto muchas películas — soltó Gerardo.

Pero es que yo también había visto muchas con situaciones parecidas. Gerardo y yo nos miramos. Intuí un “tú sabrás lo que haces” y pensaba al tiempo que observaba tanto la mercancía como a los que allí estábamos.

Al cabo de unos interminables minutos di la espalda a todo y me dirigí a Ramón.

—¿Conoces a los que están aquí? — Pregunté

—¿Crees que puedo confiar en ellos?

—El más mayor está a punto de jubilarse, es Daniel el inspector de aduanas, los otros dos tienen que hacer méritos para ganarse el puesto — me explicaba mientras analizaba la situación — el inspector es incorruptible, muy legal. Creo que quien quiera sustituirle ha de convencerle de lo mismo... ataca a ver qué ocurre — concluyó mientras les regalaba una sonrisa a los presentes.

Rodeé toda la mercancía pensando, yo por un lado y Gerardo por otro. Reinaba el silencio. El inspector nos miraba, estaba inquieto por la presencia de los trajeados, al final habló.

—Bueno, comencemos la inspección, no podemos perder todo el día...

¡Un momento! —Le interrumpí — disculpe, si no le importa he de hablar con este señor, será un segundo.

Me dirigí al tal Ros que parecía llevar la voz cantante en el asunto, el que me habló en un principio.

—A ver... he pensado que si hay algo de droga o algo ilegal en los paquetes los dos salimos perdiendo... —intentaba decirle a la vez que me interrumpie.

—Si hay algo la mercancía y tú venís con nosotros y si quieres que no haya nada todos salimos ganando. Dime donde está lo que quiero y nos olvidamos del tema — Me sentí acorralado, lo que ellos querían estaba

oculto en distintos paquetes. Cada vez que enviaba materiales para la venta procuraba que todo estuviese en perfecto estado y que nada escapase al packing list o a la factura. La experiencia siempre me dice que si encuentran algo ajeno a lo declarado tengo multa y la posibilidad de perderlo todo. Excepto aquello que lo incluya como “cargo personal o muestras”, su packing list no tiene factura pero del mismo modo es susceptible de inspección.

— ¿Ve usted aquella caja metálica? — Pregunté al tal 154 Ros — La pequeña, la que pone “objetos personales”, ahí está todo lo que creemos que ustedes buscan.

Los otros dos del traje no tardaron en ir a recogerla pero Daniel los detuvo.

—¿Qué creen ustedes que hago yo aquí?, esta caja precisa inspección. Ha de coincidir con su listado de contenido... — trataba de explicar cuando Ros se le acerca, le enseña la cartera y le da un teléfono. Después preguntó

—¿Y lo demás?

—Limpio —contestó Ros.

El inspector miraba a Ramón y este solo hizo un gesto con la cabeza, miró la mercancía y la salida. Se conocen desde hace mucho tiempo y ese cruce de miradas les bastó para saber que quería cada uno.

Daniel no dudó y dijo:

—Bueno, la mercancía está despachada y si dicen que no precisa inspección que se la lleven, tenemos mucho trabajo y usted... 154 Ros, acompañeme que haremos esa llamada — le dijo en tono irónico y antes de que le contestara continuó

—Que usted esté autorizado por mi gobierno no quiere decir que tenga los poderes que maneja en su país. Acompañeme, es lo que hay y si ya tienen lo que querían en lo demás mando yo —sentenció con las dotes de mando de las que gozaba; Ramón se reía por dentro.

Ros nos miró, al tiempo que se abría la puerta del hangar y un furgón de la empresa de Ramón hacía su entrada.

—Espero que no nos volvamos a ver — nos dijo el tal Ros.

—Yo también — contestó Gerardo.

Se dirigieron a la oficina y el conductor del furgón lo paró cerca de la mercancía y entre todos cargamos en menos de tres minutos, justo el tiempo

que Daniel entretenía a Ros y sus colegas.

Y nos fuimos de allí tan rápido como pudimos.

GRACIAS INSPECTOR

Estaba en casa, con una cerveza y la tele encendida. Mientras me arreglaba para la cena, había quedado con Rosa una amiga que no pasaba de ser lo que era, una simple amiga. No había más por mucho que hubiese puesto de mi parte... de momento.

De pronto llamó mi atención las noticias:

“El embajador de Estados Unidos ha solicitado al Ministro de Interior explicaciones por el boicot sufrido en unas investigaciones llevadas a cabo en Valencia, en relación con una banda de narcotraficantes peligrosos cuyos miembros tienen relaciones con el terrorismo islámico. El Ministro de Exteriores tenía conocimiento de ello y en ningún momento hubo una negativa a colaborar con los agentes de aquel país.”

En el reportaje era entrevistado el inspector Daniel el cual lo negaba todo y daba su versión de los hechos. Sin decir nuestros nombres habló de nosotros, también de Ramón y su empresa y lo sucedido en el hangar. Ni narcotraficantes ni terrorismo.

“Se llevaron lo que buscaban y yo cumplí con las ordenes de mis superiores. Estaban autorizados a inspeccionar una mercancía pero lo raro es que no le prestaron atención alguna, cogieron una caja metálica y, después de cumplir el protocolo, se la llevaron. No hubo más. Antes de la entrega a sus propietarios de la mercancía esta fue escaneada no levantando sospecha alguna sobre su contenido. No somos perfectos, ellos tampoco y han de admitir que se han equivocado”.

Nada más, las noticias cambiaron de tema y yo continué con lo mío. Terminé mi cerveza y me fui a cenar. Rosa ya esperaba. Sentada en la mesa con una copa de vino y ojeando la carta.

—No te he pedido nada por si al final no aparecías — dijo sin sonreír.

—¿Llevas mucho esperando?

—Nada... acabo de llegar, ya te conozco.

Era mi amor imposible. Los dos sentíamos una atracción mutua pero sabíamos que nuestra relación, en aquel instante, no podía ir a más.

Durante la cena me llamó Pedro. Estaba al tanto de todo y quería preguntarme o consultarme algo. Los de la televisión contactaron con él y

yo me preguntaba ¿no será que él ha contactado con ellos?, de todos modos no estaba yo para llamadas telefónicas, en plena cena con Rosa me cortaba un poco el rollo.

Quería mi autorización para hablar con ellos, contarles la verdad del registro, de mi viaje y todo este misterio que, dicho sea de paso, a mí ya no me interesaba.

—Mañana te llamo —y colgué.

Os contaría una escena de amor con Rosa, bajo las estrellas, en su casa o la mía, en cualquier parte pero... no fue así aquel día. Nuestra historia pasó en su momento. Fue algo raro, bonito pero raro. Sin embargo hoy nos despedimos como siempre. Con unas copas y un hasta luego.

Lo cierto es que Rosa tuvo una vida algo complicada, confusa. Y entre nosotros una pequeña historia, algo mágico que más que unirnos nos distanció fue algo que por fortuna, esa distancia, no fue por mucho tiempo. Cuando recordábamos lo ocurrido siempre teníamos una excusa:

—No fue el momento —nos decíamos tiempo después.

R O S A

La vi pasar una y otra vez, por la acera de enfrente. Todos la miraban, la observaban. Ella lo sabía, caminaba sin prisas y dando alegría al personal con ese cuerpo esculpido por los perversos sueños del amor y el puro sexo.

— Necesito que me dejes el piso el viernes, es el cumpleaños de mi chica y no tengo para invitarla a un hotel, no te preocupes, será solo una noche.

Con estas palabras, mi amigo Toni, quiso invitar a Rosa a una noche especial. Sabía que no me iba a negar. Cumpleaños, primer aniversario... quien lo iba a decir. Toni emparejado y con un pedazo de mujer increíble, de revista, de las que sueñas y jamás crees que encontraras por la calle. Así que no pude decir NO.

Demoré mi regreso a casa hasta el domingo, después de comer y allí seguían los dos: tomando café. No me excusé. Era de suponer que, como bien me dijo, que la mañana del domingo se marcharían. Así que allí me senté, con ellos a tomar café y charlar un poco de casi todo menos de los detalles de su estancia. Era de imaginar que habían estado cómodos y tranquilos, ocupados en quererse, amarse y buscarse el uno al otro.

— Quiero hablar contigo— me dijo Toni— después recogeremos el desastre que ves pero es que ha pasado tan rápido el tiempo...

Ya intuía algo, no se iban a ir de allí. Después de un rato empezaron a contarme historias de celos y acoso. Ella tenía problemas en el trabajo. Rafael, su jefe, solo veía un cuerpo y una mujer joven, inexperta y necesitada de trabajo. Cada vez que podía se le acercaba, se insinuaba y la tocaba con osadía a sabiendas de que ella asumiría el momento con resignación. Sus padres lo veían como una oportunidad para su hija a pesar de doblarle la edad, de estar casado y con hijos. Rosa no sabía cómo escapar de allí y contó a Toni como transcurrieron los escasos meses que llevaba trabajando con este personaje que trataba de convencerla contando historias de su matrimonio, del aburrimiento que le suponía llevar 20 años casado, la misma mujer, el mismo cuerpo castigado por la edad. A Toni se le podía ver la rabia en los ojos. Intentaba dominar los celos y, calmándose, me dijo lo que ya estaba esperando.

A finales de mes yo me iba de viaje, y estos superaban, casi siempre, el mes y medio. Así que me pidieron poder quedarse hasta mi vuelta pero eso sí, desde ya.

¡Sorpresa! Yo creía que me iban a pedir quedarse hasta el lunes... así que me pillaron fuera de juego. Asentí, sobre todo al mirarla a ella, con esa carita de pena y esa astucia de mujer impregnada en su mirada. Tuvieron un bonito detalle conmigo: ¡yo me podía quedar!!

¡Pero... vamos a ver... que es mi casa!!

En fin, algo de razón podían tener que con mis esporádicas relaciones pasaba más tiempo fuera que en mi propia casa, eran otros tiempos.

No sé si hice bien o hice mal. Aquella noche nos despedimos pronto. Ellos se fueron a dormir y yo me quedé viendo la tele un buen rato.

Yo trabajaba de tardes. Él entraba a las seis de la mañana y ella a las diez. Me sonó un poco raro que me preguntase a qué hora me solía levantar. Eso no lo sabía ni yo mismo y él ya quería tener datos de mi vida privada. Aún no habíamos compartido piso ni diez minutos.

A la mañana siguiente, al estar acostumbrado a estar solo, me desperté cuando le oí dirigirse al aseo, después a la cocina a prepararse un café. Salió despacio, sin apenas hacer ruido. A las nueve estaba de vuelta. Entró en su habitación y la invitó a salir: ¡él ya estaba allí! No había peligro alguno de que la pudiese ver en camisón, pijama o... a saber. Tapadita debía ir puesto que el otoño se acababa y no hacía, ni mucho menos, una mañana calurosa de verano.

Me levanté y miré la hora... las diez y cuarenta. ¿Lo apunto? Pensé antes de empezar a reír.

El día fue normal, como casi todos. A las nueve y media acababa la jornada y a las diez ya estaba de vuelta en casa y, allí estaba la pareja feliz. Cenando a solas y la televisión gritando para que alguien le prestara atención. Saludé y eché un ojo a la cena. Bajé el volumen del televisor. Se hizo el silencio.

—Ahora me haré algo distinto, no me gusta la pizza —dije con sarcasmo para intentar romper ese muro que se creó con mi presencia.

Cuando me senté a cenar Toni se alzó y dio la orden:

—Nos vamos a dormir.

Y así fue. Juntitos los dos se acompañaron al aseo y después al dormitorio. Por la mañana la misma película y por la noche y por la mañana y

un día y otro día hasta que me cansé.

Una noche oí que le decía a Rosa lo que tenía que hacer al levantarse por la mañana. Él tenía una ruta distinta y no podía pasar a recogerla.

—Te levantas a las siete y media y te vas—ordenaba el señor.

—¿Y qué hago a las siete y media en la calle?—preguntó con resignación.

Te paseas —sentenció el.

Así que esa fue mi oportunidad para hablar con ella. A las siete ya estaba yo simulando que no podía dormir, viendo el telediario matinal. Oí como se abría la puerta y, como de pronto, se volvió a cerrar.

— ¡Está despierto!— oí que decía— ¿Qué hago?

Yo alucinaba y solo había tomado café con leche. Aun así seguí esperando. En ese momento el que menos prisa tenía era yo. Ella tenía que salir, tarde o temprano. El tiempo pasaba. Y salió. La vi correr al baño. Después a la habitación. Después, una vez vestida para trabajar, fue a la cocina. Yo también, detrás de ella y allí la interrogué aunque antes le presenté las excusas necesarias del por qué no podía dormir; que tenía toda la mañana por delante etc. Después continué con mi interrogatorio.

Le consulté mis dudas y ella contestó. Toni era muy celoso y no quería que la viese en camisón. Tampoco que nos viésemos a solas. Por eso se acostaban juntos y la recogía todas las mañanas. Me contó todo lo incomodo de su vida presente, como conoció a Toni y como se aferró a él por miedo a su jefe, a sus padres, a estar sola.

Nos sentamos en el salón. Yo con mi café con leche, ella con un gran vaso de leche lleno de grumos de cacao. Seguimos hablando y me agradeció el que les dejara vivir allí aunque fuese temporal.

—He hablado con unas amigas y cuando tengan un hueco me voy con ellas, cuestión de días... espero — me confesó.

Toni aún no lo sabía y es que, con él no auguraba un buen futuro y tampoco una relación seria. Por lo menos no quería seguir compartiendo piso, de la relación, en ese momento, no me aseguró ni el continuar ni el dejarlo.

De pronto... se abre la puerta, tras ella un Toni nervioso y sudoroso. Ella no pudo articular palabra y yo tan solo le pude invitar a un café. Se le notaba que no le gustó vernos allí y él no lo podía remediar. Cuando ella se levantó le pregunté si pasaba algo, eso de venir corriendo y asustado, nervioso y contrariado. Pero aguantó, en dos días me marchaba de viaje. Estarían solos,

más solos aún.

En los dos días siguientes no cambió nada, todo seguía igual. Yo me iba, así que no me preocupaba. A la vuelta todo debía cambiar, por lo menos para mí, el trato era quedarse hasta mi vuelta.

Sábado por la mañana y dos meses después, llego desde Madrid en tren y un taxi hasta casa.

Al entrar me los encuentro repartidos, uno en la habitación, el otro en el salón. Las buenas parejas también discuten. Rosa le acababa de contar que sus amigas tenían habitación libre para ella en el próximo mes, apenas 15 días de diferencia. Lo que supuse iban a ser días se convirtieron semanas.

Toni no daba crédito, ya se creía en una relación asentada y con un futuro al que no le imaginaba el fin. Rosa sale a saludarme, podía ver alegría en su cara hasta que vi un pequeño arañazo en su mejilla que intentaba disimular con esos polvos que nunca necesitó.

—No es la primera vez — me confesó más adelante —No es que me dé palizas, a veces se le escapa un bofetón. Lo dejé estar, ante mí nunca ocurrió.

Días después me senté a hablar con Toni. Debía marcharse, buscar otro piso y no intentar aguantar hasta que Rosa se decidiese.

A los veinte días les puse las maletas en el zaguán.

¡¡Por fin solo!!

No me lo podía creer. Vuelvo a disfrutar de mi casa.

Llegó la navidad, el nuevo año y con él la mercancía comprada en Asia. Avisé a los amigos y amigas, compañeros y algún que otro conocido.

También llamé a Rosa.

En casa montaba mi propio mercadillo, en una pequeña habitación exponía todo aquello que recibía. En su mayoría ropa, bisutería y tapices. La mercancía “gorda” siempre la traía por encargo, era rápida su venta por eso no necesitaba almacén.

Los fines de semana es cuando solían venir todos, aquello parecía una subasta puesto que no había mucho artículo repetido. La suerte era la talla de la ropa, eso no daba lugar a discusión.

Rosa me llamó, había cambiado de trabajo y no podía venir a no ser que fuese una tarde, mejor dicho, una noche. Así que quedé en recogerla al salir del trabajo.

Prepararé una cena para los dos

—¿Qué te apetece?—le dije por teléfono.

—Algo sencillo, no te marees mucho.

No recuerdo el día, no sé si era lunes o miércoles, sé que no era viernes y al parecer su nuevo trabajo era de fin de semana sirviendo copas en un pub céntrico. Me contó que había roto con Toni el mismo día que dejaron mi casa. Vivía en una antigua casa cerca del barrio, con sus amigas. Era otra vida distinta, ahora se sentía más libre. Sin Toni, sin aquel jefe y visitando a sus padres cuando les apetecía, tanto a ellos como a ella. Ya no le recriminaban nada de aquel tal Rafael.

La recogí una noche fría de puro invierno, aun así iba vestida para la ocasión. Menos mal que mi casa mantenía el calor recibido durante todo el día.

Al llegar preparamos la mesa. Todo estaba hecho y solo había que calentar en el horno una lasaña y algo de pizza. A ella le gustaba.

Un buen vino, barato pero bueno, para hacer boca. Al final cayó la botella. Unas varillas de incienso ambientaban, algo que me transportaba de nuevo a India.

—No suelo beber pero, un día es un día — sonreía mientras pensaba lo que, a continuación, quería contarme.

La veía feliz. Tranquila. Paseaba sin miedo a tener una pareja celosa. Vestía con comodidad sin pensar en provocaciones que tampoco buscaba. Eso le daba alas a la hora de comprar. Solo pensaba en ella. En su trabajo era una más, respetada por compañeros y jefes. En definitivas cuentas estaba muy a gusto consigo misma.

Hablamos largo rato, también me preguntó por mi viaje y, ahora, por las ventas.

—Te he traído un pequeño regalo, después te lo enseño. Aunque, en realidad, me lo encargó Toni —le dije cuando nos dirigíamos a la habitación —mercadillo.

—¡¡Como mola!! — exclamó al ver tanto colorido, tanta ropa de colores vivos.

Seleccionaba ropa variada, pantalones anchos, blusas, vestidos... creo que cogió una prenda de cada.

—¿Dónde me lo puedo probar? —vino a preguntar.

La habitación que ellos ocuparon estaba preparada para ese menester. Con su silla, mesita y perchero. El espejo en el cuarto de baño. Cada prenda venía a enseñármela, preguntando qué tal le quedaba, de largo, corto, el color con el

tono de su piel etc. Incluso llegó a probarse un blusón que confundió, creo yo, con un vestido. Vino al salón, donde yo apuraba las últimas gotas de vino para decirme que era muy corto. Me reí, pero le quedaba encantador. Y es que solo llevaba el blusón.

—No es un vestido—le dije — Pero si estas cómoda te lo puedes dejar puesto.

¡Mentira!, más cómodo estaba yo. Una imagen difícil de olvidar. Al final se decidió y guardó todo lo que había elegido, el resto volvió a su sitio. Nos volvimos a sentar, esta vez en el sofá y nos seguimos contando aventuras. Después, con una sonrisa me pidió el regalo, aquel encargo de Toni que al final tenía que ser regalo mío. Él ni me lo pagó ni le iba a buscar para ello.

—Espera un momento—le dije.

De una maleta saqué el pequeño paquetito y se lo entregué.

Un picardías de seda azul turquesa. Casi se queda sin respiración cuando lo vio.

—¡Esto te encargó Toni! que cabrón... sabía que quería uno y no me dejaba comprarlo hasta que viviésemos solos — dijo con algo de reproche —pues bien, creo que se queda con las ganas de vérmelo puesto.

—Estooo ¿me lo pruebo?—me preguntó. Y no supe que decir, me parecía demasiado atrevido, tanto el picardías como el contestar, un sí o un no me ponía en un compromiso. Así que con un leve movimiento de cabeza dejé la elección en el aire.

—Espera — y se retiró a la habitación.

La temperatura subía, ya no hacía frío, tampoco calor. Pero el ambiente se caldeaba por segundos.

—No mires—me dijo al salir.

Me día la vuelta, mirando el televisor apagado que reflejaba la puerta, por donde ella debía aparecer.

— ¡YA!

Y me giré, algo que debía haber hecho. Allí me hubiese abalanzado sobre ella, me la hubiera comido a besos, me habría perdido en su cuerpo sin importarme el tiempo. Sentí deseos de acariciarla y ella lo sabía. Aunque debajo del picardías no iba desnuda, se dejó el sujetador. En vista de mis pocas palabras para expresarme cayó en la cuenta y me dijo:

—Esto es sin sujetador ¿Verdad?, sería una gran putada que se enganche y lo rompa —después se dio media vuelta y volvió a la habitación a quitárselo, pensé o, más bien, imaginé.

No fue así. Volvió a exhibir su cuerpo y el nombre “picardías” era expresado en su totalidad. Esta vez, bajo esa hermosa prenda un cuerpo desnudo compitiendo por ser más bello que el turquesa que lo cubría. Ahora si, era perfecto.

Se acercó a mí, me rodeo con sus brazos y me preguntó

—¿Y ahora?

—Perfecto — pude decir mientras rodeaba con mis manos su cintura, la acariciaba, mirándola a los ojos. La apreté contra mí y nos besamos. Me faltaban manos y besos para saciarme. Nos faltaba tiempo para comernos el uno al otro. Ella se dejaba llevar, tenía ganas de sentir caricias y le di todas aquellas que me pidió, todas las que tenía en su imaginación. Dijo que esperó aquel momento yo confesé haber soñado con ella en mis noches de India.

Nos relajamos y nos miramos, sonreímos y nos acariciábamos mientras clavábamos nuestras miradas el uno en el otro.

—Ahora te hago yo un regalo — dijo, y yo pensé ¿otro?

Descolgó un cuadro que tenía con una gran hoja de marihuana y con un ahora vuelvo me pidió que aligerara mi ropa. Y volvió, esta vez vestida tan solo con la hoja, su única prenda que apenas tapaba su fuente de vida, su tesoro máspreciado.

— Te la regalo, cógela

—Y la cogí.

Lo demás te pertenece hoy, solo hoy —decía con fogosidad y pletórica de placer. Con deseo y lujuria

Pero ese hoy no tenía fin. Ese día hicimos el amor hasta el amanecer. No hubo huecos para descansar, para dormir.

Casi mediodía y no sabíamos decirnos adiós pero el momento de la despedida llegó sin un hasta luego, sin un nos volveremos a ver. Dejamos la magia a unas palabras que sabían a despedida y en ellas un deseo...

—...escribe algo para mí.

Cambié de casa, de trabajo. No la volví a ver en meses, hasta llegado el verano.

Y si, la vi pasar una y otra vez, por la acera de enfrente. Y todos la miraban, la observaban. Ella lo sabía, caminaba sin prisas y dando alegría al

personal con ese cuerpo esculpido por los perversos sueños de aquel día en que nos regalamos amor.

CAPÍTULO XXI

LAS ÚLTIMAS CINTAS

A la mañana siguiente llamé a Pedro. No tenía ganas de historias o de volver a los líos. Me dijo que era lo mejor, un camino para que no me molestasen más. Me aseguró que el saldría con la cara tapada y solo con su voz distorsionada. Él tampoco podía arriesgar. Después de pensarlo lo dejé a su elección. En quince días había quedado en Madrid para grabar el programa. No sé si hice bien. Tal vez era buena idea.

Los días se consumieron sin acontecimientos, ni Gerardo ni yo habíamos sido molestados por extraños. Un aviso de correos me dijo que el paquete que esperaba había llegado. Era el último paquete del que solo Gerardo y yo teníamos conocimiento. Fue un trato que hicimos con Kailash en el que Rajinder participó en este juego de despiste: entre los dos han hecho posible que llegue sin dejar pistas.

Como siempre lo ponía en mi dirección pero cambiaba el destinatario, algún amigo o algún familiar, solo me firmaba la autorización y yo lo recogía.

No tuve problemas en correos, el paquete venía marcado como “Gift Parcel” paquete regalo y enviado por mi amigo Rajinder y una nota en la que decía:

“Te envío un regalo para la boda, perdona que no pueda asistir pero es difícil conseguir el visado para España. Gracias y nos vemos en Delhi”

Cuando me preguntaron en correos les dije que aún faltaba más de un mes para la boda del amigo el cual era el destinatario del paquete pero claro, venir desde India hay que prepararlo con tiempo. Así que me dieron el paquete y me fui a casa, a rebuscar entre las cintas por si alguna de ellas escondía algo más que una simple grabación.

Un Sari para mí supuesta mujer, un cuenco tibetano, un Kurta Pijama y las cintas. Yo las miraba sin notar algo extraño, simulaban ser cintas normales, todas menos una, pesaba más de la cuenta. La desmonté y aquello era un entramado de circuitos. Jamás había visto tantas piezas diminutas y tan juntas todas ellas. No las toqué. No quería estropear nada. Aquello brillaba más que el oro y apenas podía fijar la mirada en su interior. Llamé a Pedro pero

ya estaba en Madrid. Le dije que anulara la entrevista, algo fuera de lo normal tenía en mis manos. Quiero que lo veas, le dije. A las nueve no te olvides de poner la tele y mañana me cuentas. Fue su respuesta.

Quería esconderlo todo pero ¿Dónde? Recordé que el piso de arriba estaba vacío, su dueño lo disfrutaba en vacaciones así que por el patio interior y con ayuda de una escalera dejé la bolsa encima de la pila. Parecía un sitio seguro y a nadie se le ocurriría buscar en otro piso que no fuese el mío.

A eso de las nueve y en compañía de Gerardo vi el programa en el que Pedro habló por más de media hora en donde contó más de lo que sabía. A su vez amenazó con desvelar y mostrar en público toda la información y aparatos en nuestro poder si algo nos ocurría. Algo extraño y que jamás podría cumplir pero como amenaza a quienes nos controlaban podría dar resultado. Imagino que con el rostro oscurecido y sin darse a conocer uno puede contar lo que quiera. Nadie, excepto los del plató, conocía su verdadera identidad. “Todo está a buen recaudo, si algo ocurre hay orden de entregarlo a todos los medios de comunicación, tanto periódicos como televisión o radio. Creo que a quién está detrás de todo esto no le interesa su publicación y para nosotros es una garantía. Nosotros solo perseguimos la verdad y no lo que ellos nos quieren contar”.

Así acabó. Despidieron un programa en el que abrió un debate público quien al parecer era su intención. Ahora toca esperar acontecimientos. Puede que tengamos un as en la manga pero a la baraja le quedan muchas otras.

CAPÍTULO XXII TRAI C

IÓN PIADOSA

En todo este tiempo y, tras nuestra vuelta de India, el móvil de David no sonaba. Era raro, no dio señales de vida. Puede que piense que el trabajo aún no ha acabado, de ahí que se mantenga ausente.

Revisé el móvil, todas las llamadas que recibí fueron realizadas desde un número privado, tal cual rezaba el mensaje. Solo me quedaba esperar.

De vez en cuando salía al patio, miraba hacia arriba y todo parecía en orden. Lo que guardé en la pila aún seguía allí.

Lo cierto es que me preocupaba tanto silencio. Después de tantas movidas me encontraba ocioso, sin saber qué hacer. Pero en estos casos siempre recurría a lo mismo o mejor dicho a la misma persona. Así que cogí el teléfono y llamé a Rosa, siempre estaba al otro lado.

—¡Hola Hely!, ¿Qué tal todo? — contestó al tercer toque de llamada.

—¡Hola Rosa!, bien. ¿Tú qué tal?

—Todo bien, pensaba llamarte por si te apetecía dar una vuelta en bici.

—Jajaja —fue mi respuesta, lo de la bici no era mi fuerte pero tenía que ser rápido en la respuesta — me parece bien si no me vas a destrozar. Ya sabes que eso de pedalear si es a modo de paseo mola, si es una ruta larga...

—Hay, señor señor... vale, un paseo no muy largo ¿Propones algo? — en estos casos siempre me dejaba elegir. Me costaba la invitada, pero merecía la pena.

—Conozco un bar de tapas pasado San Vicente, si hacemos la ruta por el auto cine podemos pasear algo más de una hora y más de la mitad es todo campo... después te invito a unas tapas ¿te apetece?

—Buena idea, quedamos el sábado en mi casa a las diez...

—También podemos quedar el viernes para cenar... te quedas a dormir y así ninguno llega tarde el sábado.

—El sábado a las diez en mi casa — sentenciaba con la inseguridad que le daba el deseo pero yo no me daba por vencido — Otra vez será — pensaba al tiempo que colgaba el teléfono.

Ahora me tocaba engrasar la cadena de la bici, ponerla a punto que hacía tiempo que la tenía abandonada y quería dejarla limpia y revisada. Lo primero que hace Rosa al verme es examinarla echa sus risas y su frase favorita “si todo lo conservas igual... te durará poco”. Por eso la tengo que dejar a punto.

El viernes por la mañana suena mi móvil, era Pedro Forca al que tuve que mentir, quería que nos reuniésemos el sábado en su casa para intercambiar impresiones del programa, de la situación y, sobre todo, de esa pieza brillante que faltaba del último paquete que recibí. Pero le mentí.

—Me voy a Madrid —le dije — vuelvo el Domingo — para mí era más importante mi cita con Rosa.

—Entonces ¿no estarás en Alicante este fin de semana? — me preguntó de una forma algo extraña. No insistió en vernos. La lógica es que si me voy a Madrid es que no estaré en Alicante... Esa pregunta jamás me la había hecho antes y, no sé, me resultó extraña.

—Pues no, casi con seguridad me vaya el sábado. No sé a qué hora y el domingo a mediodía estaré de vuelta, te llamo cuando llegue

—le contesté intentando ordenar en mi cabeza los tiempos que iba a estar ausente de mi casa. Algo me olía... no muy bien.

El sábado por la mañana y antes de ir a casa de Rosa llamé a Gerardo. El sí que estaría en Alicante. También le llamó Pedro con las mismas palabras. Gerardo no le dio importancia aunque él tampoco le conocía tanto.

—¿Crees que tiene algo que ver en todo este tinglado? — me preguntó debido a mis sospechas.

—No creo — quise decir aunque rectificué — Vamos, espero que no.

—Bueno, no hay que preocuparse —dijo para tranquilizarme.

—Ya hablamos, tengo algo de prisa.

—Bien. Y no pienses en ello — y colgamos.

Seguí a lo mío y no quise darle más vueltas al asunto.

Diez y diez de la mañana. Rosa asomada al balcón y cuando vio que me acercaba salió a la calle. La bici ya la tenía en el portal pero antes...

—A ver que te vea... — mientras examinaba la bici, empezó a reír y dijo — así me gusta, limpita y en orden.

—¡¡Lo conseguí!! No le ha sacado pegas —me dije mientras dibujaba una pequeña sonrisa que no pude disimular.

Ella vivía en San Blas así que procuramos que la ruta no tuviese muchas

pendientes. Fuimos por el campo de futbol, los Ángeles hasta Santa Isabel de allí a Villafranqueza pasamos por los Karts y de ahí al camino del autocine. En el cruce hacia Girasoles y al fondo el helipuerto. Ya solo un par de kilómetros para llegar al bar La Palmera. Casi las doce del mediodía. Buena hora para un buen aperitivo. Para charlar en la terraza bajo un sol tranquilo que protegidos por una enorme sombrilla no atacaba mucho.

Hablamos de casi todo, no quería contarle nada de ese asunto que me preocupaba. Reímos y nos besamos. Nuestras manos tonteaban pero sus ojos dudaban y su sonrisa dejó escapar palabras para el recuerdo.

—Alba murió, pero aún la sigues pensando. Creo que la resucitas todas las noches y la dejas morir durante el día — me decía con voz de quien siente una derrota. Yo sabía que lo nuestro era una relación imposible pero, creo que ese día me dio cuenta del motivo y le intenté responder uniendo las palabras que brotaban de mi mente y se cruzaban con las dictadas por un corazón que se protegía a los sentimientos que le dañaron en el pasado.

—Alba murió, es cierto. Tal vez sea parecido a lo nuestro. Fue la historia de un amor imposible. Algo que puede que te suceda una vez en la vida. Y tienes razón. Solo estuve un día con ella del mismo modo que tú y yo tuvimos nuestro día. Eran otros tiempos. El pasado, sea bueno o malo no se olvida. Pero no puedo vivir de él y sigo adelante. Fue importante para mí del mismo modo que lo eres tú. Al igual que mis amigos. Todos estáis aquí y yo sigo viviendo, aquello acabó y no se puede cambiar.

Y si, pienso en ella y me callo pero también pienso en ti y ahora te tengo a mi lado. Tomando unas cervezas, riendo y hablando...

—¿Os pongo alguna cosita más? — no sé porque los camareros tienen el don de la oportunidad.

—Dos cañas por favor —le contestó Rosa.

— Bueno, así es la vida —quise decir para terminar.

—Lo importante es que seamos buenos amigos — dijo al tiempo que ofrecía su copa para brindar

— de momento pero... me gustaría añadir algo — en ese instante utilizó sus armas: una sonrisa, brillo en los ojos y mirada seductora

Con voz suave, sin pausa continuó diciendo:

El pasado está ahí. No se puede cambiar a pesar de los errores cometidos. Aprender de ellos, es lo que nos queda. Vivir del pasado creo que es desconfiar del futuro. No se evoluciona si te quedas atascado en el recuerdo,

te pierdes todo lo que está por llegar — al terminar se levantó

Después de dos horas de cañas y palabras nos marchamos. Cambiamos la ruta de vuelta, el cuerpo pedía algo tranquilo. Bajamos por girasoles a Sol y Luz y, de pronto, me paro a cien metros de la casa de Pedro.

—¿Ocurre algo? — me pregunta Rosa

—Nada... nada — digo sin quitar la mirada del chalé. Ella no le conoce y tampoco le iba a contar allí el porqué de mi sorpresa. De pronto y ahora que estábamos algo más cerca y abrigados por un par de árboles y coches me dijo Rosa:

— Yo conozco a ese tío

—¿A quién... a Pedro?

—No sé cómo se llama, al de la chaqueta negra. Se sienta a tomar café en el bar que hay frente a mi casa. A veces me sigue con la mirada — dijo sin preocupación alguna.

Me fijo bien y... ¡LUKA! Era Luka, el que nos dijo Pedro que era de la CIA aquel falso Luka al que dimos las cintas en Nepal. ¿Qué hacía allí con Pedro?

—Vámonos — le dije a Rosa — No quiero que me vea. Le dije que me iba a Madrid.

Rosa me miró extrañada pero no preguntó y nos marchamos.

Llegamos a casa, casi no hablamos por el camino. Al despedirnos le pedí sin inquietar.

—Si vuelvas a ver a ese tipo por aquí, me llamas— la besé y me fui. Ahora tenía algo que tratar con Pedro pero debía localizar a David y no sabía cómo.

Llegué a casa y encendí el ordenador. Me conecté a internet y empecé a buscar.

La página de Pedro no me daba la información que necesitaba. Ni tan siquiera las fotos publicadas me sacaban de dudas, no había personas conocidas. Por lo menos el tal Luka no salía en ninguna de ellas. Si que hacía referencia al programa de televisión y un video con la entrevista.

Google, es lo que me vino a la cabeza para buscar. Centro de Investigación... nada, o no tienen página o la tienen con otro nombre. Las siglas C.I.C.I... y nada. No conseguía referencia alguna para ese “centro” empresa, organismo. Ahora recuerdo, me dijo que funcionaba a modo de tapadera algo distante de la realidad. Más, buscaba más y no conseguía

nada. Al final caí en la cuenta. Ellos lo llamaban

S.I.S.I. con “S” en vez de “C”. Lo busque y nada no aparecía. Y al final... *SISI*

Y aparecieron foros y blogs. Indagué en ellos y la mayoría era gente que opinaba al respecto. Por lo menos en los foros. Nadie conocía con certeza el significado de SISI pero todos conspiraban con teorías inventadas. En cierto modo un entramado de información y contradicciones. Hubo un blog que me llamó la atención “Mississippi” y su autora tenía el apodo de “Loka” lo que me hizo reflexionar y acordarme de Pancho villa.

En este blog había cosas curiosas tales como teorías que desmontaban historias que, una vez verificadas, eran ciertas. Harto de curiosidades pero con opciones. Había un pequeño apartado en el que tenías que registrarte para conocer más a fondo historias raras y esta estaba encabezada por una fotografía en la que estaba David, casi irreconocible, apuntando al cielo. Para poder registrarte debías dejar tu correo electrónico, nombre y dirección. Así que entré en Hotmail y abrí una cuenta nueva y con datos falsos. Después accedí de nuevo al blog y me di de alta.

“En breve recibirá su password y contraseña”.

Vuelvo a Hotmail y un correo nuevo del blog me indicó lo siguiente:

“Acaba usted de acceder al blog de Mississippi. Sentimos mucho comunicarle que hemos observado que su cuenta de Hotmail es reciente por lo que no tenemos más remedio denegarle el acceso. Gracias.”

Esto quería decir que tienen control sobre las direcciones de correo electrónico pero no pueden censurar a los que tienen acceso. Con toda seguridad, existe alguien que ha sacado información fuera del blog por algún que otro motivo, estas cosas suelen suceder. De este modo mi próxima vía de investigación comenzó de nuevo con google y las frases “Mississippi” — “Loka”. Todo junto, combinado o separado.

Dicen que siempre hay un roto para un descocado así que siempre encontraría a alguien que, o bien fue expulsado de la página o bien con ánimo destructor o vengativo publicara algo fuera de dicho blog. Y así fue. Alguien apodado “Goliat” había sacado fotos y artículos. De momento solo las fotos me interesaban, los artículos más tarde. Pasadas las once de la noche, un ruido llamó mi atención. Salí del salón y fui a la cocina encendiendo luces de habitaciones. No vi nada extraño así que volví al ordenador. Dejé marcada la página de Goliat en favoritos, llevaba muchas horas ahí sentado y

necesitaba descansar.

El domingo tardaba en amanecer o puede que yo me despertara demasiado pronto. Las seis de la mañana y ya estaba harto de estar en la cama. Pensaba en Goliath, esa página que podía ayudarme a localizar a David.

Me levanté y preparé el desayuno: zumo de naranja, tostadas y un té con ralladuras de jengibre.

Empecé a indagar en la página leyendo primero la presentación. Después indagué en fotos y reportajes. Una de ellas parecía estar esperándome: era la foto de un lingan, aquel que pulía el loco del Ganges. En ella reconocía la habitación del hotel de Varanasi. Sobre el lingan unas manos, las nuestras. Esa foto nos la hicimos el día que nos despedimos. Mi muñeca es fácil de reconocer por la pulsera que siempre llevo puesta.

Miraba y observaba sin encontrar algo para poder comunicar. Un segundo o tercer té con jengibre, ya no recuerdo, cuando suena el teléfono aquel que me entregó David

Era él. Se disculpó a medias y quedamos en la playa en un chiringuito que ambos conocíamos.

CAPÍTULO XXIII

DESMONTANDO A SUSANA

Es cómodo y bonito sentarse frente al mar. Con una cerveza fresquita y David con cara de póker. Me empezó a interrogar sobre mi relación con Pedro Forca y lo importante que era para ellos que él no tuviera acceso a los objetos que yo poseía. Le dije que solo había visto copias y no lo que sospechaba le podía interesar. En ningún momento le hablé de Luka, aquel de Nepal que el sábado anterior encontré junto a Pedro. Pero lo hizo él.

—Tu amigo Pedro —trataba de explicar— tiene relaciones, como ya sabrás, con los gobiernos de los USA y España. Pero... también está relacionado con instituciones que trabajan a la sombra. Es el caso de un tal Stewart que llegó a Alicante la pasada semana...

—¿Stewart? —pregunté con asombro.

—Si, va y viene y ahora que sabe de objetos recuperados creemos que usará la influencia de tu amigo sobre ti para recuperarlos.

—Yo conozco a ese hombre, lo vi el sábado con Pedro y me sorprendió. Lo conozco como Luka aquel falso Luka con el que nos reunimos en Katmandú.

—¿Stewart es el Luka aquel que me contaste? —pregunto con sorpresa.

—Así es, lo que quiere decir que, más o menos, pudo ser quien mató al verdadero contacto.

David se quedó ausente y pensativo. Parecía que algo le rondaba la cabeza. Al final habló:

—Si Pedro te llama acude como si no supieses nada, vamos a intentar jugar en su bando. Ahora les investigaremos nosotros. Si no duda de ti y solo quiere sacarte información es muy posible que no esconda cosas, papeles y algún que otro documento, a los que tienes que estar pendiente. Intenta fijarte bien en todo lo que tenga en su despacho. A ver si damos con quien está al fondo de todo este asunto.

Después continuamos hablando, del viaje a India y los detalles con

Pancho Villa. Reímos algo, las cosas cuando pasan siempre producen risas.

Vuelvo a casa, enciendo el ordenador y reviso el correo. Tengo uno de Pedro en el que dice:

“No te localizo por teléfono, es urgente que nos veamos”.

Llamo a Gerardo, no quiero ir solo a reunirme con él. También miro mi móvil y no tengo llamadas de Pedro ni mensajes. Total que quedamos esa misma tarde a ver que era tan urgente.

Como siempre el vino preparado. En su amplio despacho y, esta vez, intentando no perder detalle de todo lo que tenía por allí esparcido en su mesa, junto al ordenador e incluso por la estantería.

— Es curioso todo lo que tienes por aquí — decía con disimulo — no sé cómo te aclaras con tanto papel y tanto trasto repartido sin ton ni son... por lo menos para mí. Sonreía mientras miraba a su alrededor. Entre todo aquello me llamó la atención un símbolo. Creí que lo había visto en algún sitio y no recordaba donde. Junto a él unas letras, puede que el nombre de algo: CAIN

Hablamos de casi todo y, sobre todo, de aquel paquete que quedó pendiente cuando estaba en Madrid grabando el programa. Ya le dije que no lo había llevado al no saber qué era eso tan urgente y que lo tenía bien guardado, en una caja de seguridad. Le extrañó. Esas cosas no son baratas y mi economía no estaba para tirar cohetes. Ahora lamentaba haberle contado su existencia aunque Gerardo decía que era nuestro salvoconducto ya que pensábamos que el peso de Pedro en todo este embrollo era mayor del que nos contaba.

Tráelo y lo analizamos, piensa que eso es lo urgente. Si lo llego a saber te aviso.

Seguimos hablando de cosas. No nos contaba nada nuevo respecto a esas historias de ovnis, arca, Marte o “visitantes”.

Yo estaba loco por llegar a casa. Buscar ese símbolo que en algún lugar había visto. Así que nos despedimos antes de que hubiera llegado Elsa, su mujer. Era la que siempre insistía en quedarnos a cenar. Gerardo y yo hablamos del tema, también vio el símbolo algo que no le llamó la atención el pasaba mucho de este asunto, como ya me dijera en ocasiones anteriores y veía tantas cosas extrañas que prefería mantenerse al margen.

—Estas cosas nunca acaban bien Hely — terminó diciendo.

En casa no tenía otra cosa que hacer más que indagar en internet. Recorrí los mismos caminos, las páginas que visité y guardé en favoritos e incluso los correos. Al final di con él; era el símbolo adjunto al correo de Mississippi,

ese que me remitieron al denegarme el acceso.

Volví a su página y en ella no aparecía. De pronto una especie de flash o de luz asaltó mi mente: la caja con los regalos de Alba. Aquél colgante y ese símbolo raro. Fui a mi habitación, guardaba la caja en el altillo del armario. Al abrirla allí estaba. En su momento le resté valor, ahora adoptaba protagonismo en este guirigay en el que estoy inmerso.

Supongo que ahora me toca descifrar, analizar o ver su significado. Sin nombre, sin siglas. Al margen de los colores, sin valor supongo, lo que resalta son las líneas que lo componen.

Lo miro y lo analizo con los dedos deslizándolos por sus relieves a ver si algo me cuenta por si solo. ¡Joder! El vendedor de cupones de las Galerías de Alimentación, Adolfo, a ver si me ayuda que con sus estudios de Braille esto le servirá de práctica.

No fue mala idea, Adolfo era ciego y estudiaba el sistema de lectura para invidentes. Así que no tardé en bajar. A las siete de la mañana ya estaba en la puerta del supermercado con su mesita y dispuesto a pasar horas sentado. Le saludé y el, como siempre, a lo suyo:

Tengo la negra (el 48) y la agonía (el 99) pero para ti también tengo la Rosa (el 10)

Vale, uno de cada pero antes, hazme un favor — le dije al tiempo que le entregaba el colgante — Dime todo lo que puedas sacar de esto.

Lo tomó en sus manos analizando con suavidad el artilugio en cuestión. Al cabo de unos minutos habló:

¿Esto qué es? —se preguntaba a si mismo —Noto una “S” muy pronunciada... ¿Es un juego que me haces Helenio? A ver, una “A”, dos cortes, entre ellos una “N”... jajaja lo de arriba parece... ¿te acuerdas los balones esos de playa en los que te sentabas y sujetabas de dos asideros y paseabas dando saltos? Esto me lo recuerda.

Y era cierto, no había caído en ello.

¿Por detrás también?... otra “S” una “U” y creo que nada más, lo de la pelota es lo que me deja descolocado, espero haberte ayudado.

Pues si, bastante, gracias...

¿No te olvidas algo? Pues...

Los cupones, a ver si te vas sin comprar...

Perdona, lo olvidaba.

No es que fuera muy jugador pero el favor se pagaba con la compra de los cupones prometidos. Con los apuntes que me dio volví a casa y allí intenté descifrar lo que parecía un código, unir letras y ver que salía.

La parte de la cabeza podía representar, según el tema que nos mueve, alguna clase de aparato emisor, esas varillas a modo de antenas...

Intento comprobar todo lo que me ha dicho así que lo utilizo a modo de sello y lo mojo en tinta, al imprimir sobre papel sale una "S" perfecta (dentro de lo que cabe ya que la tinta no se adhiere bien al metal)

Anoto el resto en papel, con un orden aleatorio: S,S,N,A,U Salen varias palabras pero intuyo solo un nombre SUSAN. Al ver que por la parte de atrás también me dijo que notaba la "A" quiero pensar que el nombre es SUSANA.

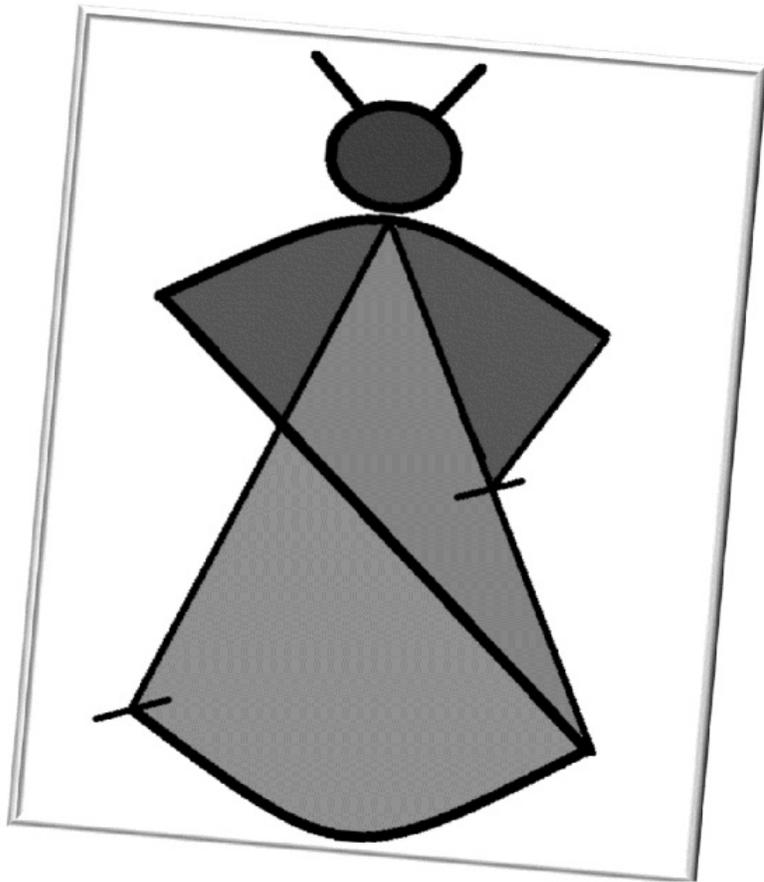
Algo tenía, un nombre con el que empezar.

Pensé en la posibilidad de entregarlo a David. Si Alba me lo dio él tenía que saber algo pero... Si le hablé de la caja y él sabía su contenido ¿Por qué no me comentó nada del colgante y si de lo demás? Al igual que Pancho Villa, sabía de la existencia de la caja y el contenido pero nunca lo nombró. Si ellos no dijeron nada mejor no les comento y sigo con lo mío.

Hago un alto en el análisis del colgante y me preparo un buen desayuno. He dormido poco y necesito recargar pilas.

Saboreaba el té junto al balcón cuando el nombre de Susana empezaba a sonar con fuerza. Las letras repartidas en el folio y el colgante visto de lejos no daba lugar a dudas: "Contacto Susana".

Vuelvo al blog y voy a comentarios, en el escribo; "Susana, tenemos que hablar" Hago lo mismo en el correo que me remitieron. Ahora solo quedaba esperar.



El símbolo encontrado, igual al colgante que había en la caja de Alba.

CAPÍTULO XXIV

EL FINAL ESTÁ CERCA

Intento recopilar información sobre estos temas del Arca, Roswell, Marte y demás embrollo en el que me han metido.

La historia de Marte es muy parecida a la ficticia película “Desafío Total”. En la red circulan muchos comentarios, blogs y videos sobre las naves que la NASA ha enviado al planeta rojo. Fotografías de la superficie y teorías sobre las figuras que se pueden observar desde el espacio. La mayoría de ellas creadas por sombras de las distintas elevaciones y lo que alguna vez fueron ríos. No se sabe aún si de agua, lava o cualquier otra materia líquida.

Paso a buscar información sobre el Arca de Noé. Al parecer una empresa de Investigación china ha subido al monte Ararat y ha confirmado que el habitáculo hallado allí es de madera petrificada con una antigüedad de más de 7.000 años. Según sus mediciones estas corresponden a la bíblica Arca de Noé. En la misma investigación encontraron distintos habitáculos vacíos y de estructura extraña. Algunas telas que no pasaban de los 200 años y signos de haber sido visitada con anterioridad. A las preguntas de los periodistas una sola respuesta:

“No podemos contar nada más, la empresa patrocinadora así lo ha dispuesto.”

Paso al tema Roswell y veo que el gobierno de estados unidos ha desclasificado documentos. En relación con lo que ellos llamaron accidente de un globo sonda han vuelto a dar otra versión distinta de los hechos, esto quiere decir que es la cuarta en algo más de cuarenta años. Sin embargo aún siguen las investigaciones por parte de empresas y grupos privados y todos ellos centrados en el área 51. Una zona prohibida de la que hay mucho que hablar. Un supuesto ex trabajador ha desvelado secretos que ha puesto en jaque al gobierno. Por supuesto que este lo desmiente todo.

Por otro lado un ex ministro de defensa Canadiense ha grabado un video de su última conferencia que no tiene desperdicio. Acusa al gobierno de estados unidos de aprovechar la tecnología “extraterrestre” para fines bélicos y lo oculta al resto del mundo.

“Debería emplearse en construir la paz y no en prepararse para la guerra y ser la primera potencia mundial” —comenta durante la conferencia. También invita al resto de gobiernos a contar la verdad al mundo.

A raíz de todo esto salen a relucir los llamados sub gobiernos de este mundo:

La Masonería, La Iglesia Católica, Los Iluminati o el Opus.

Todos ellos con el mismo interés, seguir gobernando en este mundo. Mantener el poder a costa de todo y todos. La masonería está llena de simbología y es ahí donde busco alguna relación con el de Susana.

El sábado siguiente vuelvo de ruta en bici con Rosa, esta vez por la playa hasta el pueblo español en El Campello. Había quedado con su familia para comer, creo recordar que había algún cumpleaños por medio.

Al volver a casa hago como siempre. Empujo la bici y pasa primero, después yo y cierro dando la espalda al salón. Una voz me da los buenos días. El susto me hizo soltar la bici y esta cayó contra un pequeño mueble de la entrada.

—No debes asustarte —dijo la voz —tu nos has llamado.

Al mirar vi a Luka, mejor dicho, a Stewart. Pero había alguien más a quien no podía ver con claridad puesto que estaba en el sofá y de espaldas a mí.

Se levantó y me miró a modo de examen. No se cortó un pelo, se tomó el

tiempo que quiso.

—Soy Susana. No nos conocemos, a no ser que te hayan puesto al día. Lo cierto es que te podría contar mil historias acerca de mí — dijo con voz tranquila al tiempo que exhalaba el humo del cigarrillo.

—No importa — solté como pude — de usted tampoco quiero saber mucho. De Stewart creo que ya se demasado ¿No es verdad...? ¿Luka?

—Siéntese —me dijo —no queremos perder tiempo, algo que sería los más barato que se puede perder. Puede haber cosas peores. Queremos lo que te dio Alfonso, el loco. Sea lo que sea tú no puedes hacer nada con esos objetos y nosotros tenemos el resto, lo podemos hacer funcionar... —la corté como sorprendido

¿Qué raro? Todos dicen lo mismo, tienen lo necesario para hacerlo funcionar y, de todos modos, hay una pequeña pega: está en una caja de seguridad y los bancos no abren hasta el lunes — imaginé que Pedro les contaría lo mismo y ese era mi plan para retrasar imprevistos como este.

Mi suerte que era sábado. En contra saber si me iban a tomar en serio, si les podía resultar creíble. Después me arriesgué al preguntar si merecía la pena matar por todo eso. Les dije que ahora me necesitaban vivo, por lo menos hasta el lunes.

—Luka se lo ganó, Lucía no entraba en nuestros planes...

—¿Lucía? ¿Quién es Lucía? —pregunté y en el fondo sin querer saber la respuesta.

—Perdona... tú la llamabas Alba —dijo al tiempo que Stewart se levantaba estudiando mi reacción. No quise moverme, ni tan siquiera pensar. Me mantuve en silencio y ella lo rompió:

—Alba... si, Alba. Me recordaba a su padre y a veces a la pobre de su madre: Aurora. Su vida fue un poema. Ella quiso mucho a su marido, a su primer marido. Vicente fue una especie de remiendo. Enviudó demasiado joven y Vicente las traía de calle. Se enamoró de él, pero solo eso y ya sabes que el amor es esa joya que ves y deseas. Vas a la joyería casi todos los días y te aprendes su forma y color. Pero cuando es tuya tienes tanto miedo a perderla que la abandonas en un cajón. Ese cajón lo abre otra mujer y usa la joya. Siempre la devuelve hasta que la quiere para ella. Yo la quise para mí, esa joya era Vicente y yo sí que le quería. Sin embargo ella me lo arrebató de la manera más cruel y humillante. Le mató cambiando sus pastillas por las famosas viágra. Eso le disparó el corazón minutos antes de que hiciéramos el

amor. Al final me cobré esa deuda. Me costó más de diez años pero lo conseguí. Nadie investigó creyeron que no había motivo alguno para ello. Fue algo muy limpio. Pero apareció Lucía, perdón Alba. Al parecer un amigo policía ya jubilado le contó cómo murió su padre y como me sentí yo. Le hablo de los resultados de la autopsia y de mi juramento. A mí me dejaron tranquila y Alba empezó a seguirme, a indagar y buscar donde no debía. Luka era su hermano, por eso no le podías conocer. Trabajó conmigo, pero se alió con ella. Lo de las cenizas de su madre en India era una excusa. Allí se encontraría con Alfonso para quitarme aquello que llevo años persiguiendo. Por eso entraste tú en el juego. Al no conocer a Luka pensamos que no habría problemas en rescatar lo que el loco te daba pero algo ocurrió en un solo día para que desconfiases de Stewart. Cierto es que en Katmandú os perdimos la pista pero sabíamos que volveríais a España. Y todo hasta aquí. También es cierto, no debe morir más gente.

En aquel instante me hubiese abalanzado sobre ella. En sus ojos aún quedaba rencor pero también miedo. Miré el móvil al que solía llamarme David. Ellos también. Fui a cogerlo cuando Stewart se adelantó.

—Es solo para recibir llamadas — le dije, algo que se confirma al ver el registro, tantos de las entrantes como las salientes estas últimas estaban restringidas “solo llamadas de emergencia”.

En ese instante caí en la cuenta, cogí el teléfono y con disimulo apreté el botón del 112 y lo dejé junto a mí.

—¿Me vais a mantener secuestrado hasta el lunes que vayamos al banco? — procurando ser oído por el 112.

—Esto no funciona así aunque dependerá de ti. Podemos mantenerte vigilado. Si llamas a la policía, si escapas, si haces algo raro... podemos ir a ver a Rosa. Ella puede ser nuestro seguro.

Te dejaremos solo. El lunes te recogemos a las 8 de la mañana para ir al banco. No te pases de listo y no tendrás problemas. Vais a estar vigilados.

Me pareció un tiempo interminable, agotador. El tiempo que allí estuvieron, tal vez un par de horas, chequearon el ordenador, revisaron papeles y registraron cajones. Todo menos mi escondite secreto: el patio del piso de arriba. Cuando comenzaba a oscurecer se marcharon.

Al ver como se alejaban cogí el móvil, los de emergencia estaban grabando la conversación e intentando localizarme, cosa imposible puesto que este aparato no dejaba rastro. Al ver que ya podía hablar quisieron tomar

mis datos a lo que añadieron que sería mejor cogerlos en el banco, les dije que lo del banco era mentira y colgué.

CAPÍTULO XXV

¿Y AHORA QUÉ?

Domingo por la mañana, el timbre de la puerta me despierta. El televisor encendido, el ordenador... me había quedado dormido en el sofá. El reloj marcaba las doce treinta. Abro y era Rosa. Tenía cara de pocos amigos, Susana había hablado con ella. Se presentó en su casa antes de las diez de la mañana. Rosa acababa de levantarse.

—Me dijo que te entregara esto, tú sabes qué hacer con él. —dijo casi con lágrimas y haciéndome entrega del famoso colgante idéntico al de la caja.

—Siéntate —le dije — he de contarte algo.

Y de la mejor manera que pude le conté toda la historia.

—¿Y qué pinto yo en todo esto? Siempre me metes en líos raros, aunque sí que es cierto que siempre sales de ellos. Espero que este no nos pase factura que la cosa no pinta muy bien.

—Salgamos —le dije para animar — demos una vuelta, pensaremos mejor al aire libre.

Salimos a pasear, siempre pendientes de si nos seguían o no. Sospechábamos de todo el mundo. La paranoia se apoderaba de nosotros y no íbamos con la tranquilidad necesaria.

Paramos en una terraza y charlamos largo y tendido. Muchos ¿Por qué? Y pocas soluciones nos salían a la luz.

Ha sido algo inesperado, inimaginable para mí. Pero ya no hay marcha atrás y cuanto antes termine mejor y más tranquilidad para los dos.

Pedimos la cuenta, pasaba el mediodía y ella se sentía cansada.

—La cuenta está pagada —dijo el camarero — me ha dicho que les dijera de parte de Luka.

Al unísono nos volvimos buscando a Stewart. Alguien nos saludó desde un coche con cristales tintados. Junto a la matrícula el símbolo de Susana; ahora lo veía en todas partes.

—Que pase el domingo, veremos que ocurre el lunes. Sin miedo pero con prisa — intentando tranquilizar a Rosa.

Al llegar a casa Pedro Forca estaba en la calle, con Gerardo. Nos

esperaban.

Pedro se dirigió a mí. Gerardo quedó detrás.

—Lo siento —me dijo —estas cosas no deberían ser así pero a veces las presiones de arriba así lo ordenan. Es más serio de lo que crees y por lo menos lo que te he contado es cierto. Solo puedo añadir que hay gente muy gorda, de mucho peso en los distintos gobiernos — trataba de excusarse.

—Si pero como comprenderás tampoco puedo quedarme así, quién sabe si mañana o el mes que viene vuelven a por nosotros. Es más, creí que éramos amigos y confié en ti, ahora no se qué pensar.

—Subamos a casa, hay cosas de las que hablar — y subimos los cuatro, necesitábamos una explicación y la esperanza de que todo llegase a su fin.

EPÍLOGO

EL DIARIO. ¿PUNTO Y FINAL?

La historia que te conté. El Arca, Roswell y el planeta rojo... casi te las aseguro que son ciertas, en un tanto por ciento muy elevado.

¿Existió el vigilante del arca, aquel que nos proporciona información?

Puede que no en el modo literal que te conté, pero sí que existe el contacto en cuestión. De todas en las cintas solo hay una mínima parte interesante pero no a la vista de todo el mundo. En su mayoría todo va codificado y solo es legible con los aparatos que poseemos si le añadimos la pieza que falta, la llamamos “Madre”. La que aún tenéis. Es casi seguro que David, tu ahora “amigo”, desee tenerla pero no le sirve de nada o tal vez la quiera para chantajear: al gobierno, a nosotros lo que, me arriesgo a decir, le puede costar la vida. Sentí y siento mucho lo de Lucía, tu Alba, no debía morir en el accidente; tan solo queríamos las claves para contactar con Alfonso, el loco. Algo falló, tal vez se distrajo y es cierto que en el momento del accidente hablaba con Susana por teléfono, de ahí que la policía no haya investigado una posible provocación del mismo y sí lo tomaron como una imprudencia. Luka es lo que dicen, un daño colateral debido a la muerte de Alba. Susana ya se vengó de Aurora, tema en el que no entro. Alba, con el corazón en la mano te lo digo, ni tuve que ver ni tampoco interesaba su desaparición. También se sospechó que pudo ser un estorbo para Susana pero como te he dicho, no quiero entrar en esos temas ya que si te soy sincero va en contra de mis principios. Sopesamos, cosa que puedo asegurarte, que con ella todo hubiese sido más fácil. Tú la acompañas a India, se entrevista con Luka, su hermano, pero antes recoge el paquete que poseía “el loco”. En esos trámites debía actuar Stewart encargado, como has podido comprobar, de hacerse con él. Sus maneras... si, dignas de un matón de películas. Ha sido el causante de muchas contradicciones pero por mucho que denuncies está muy protegido. Estos temas pesan más que cualquier gobierno de este planeta. Un gobierno fuerte y poderoso lo es gracias a los contactos con “estos” seres. Tecnológica y científicamente hablando. A veces se han descubierto cosas pero

¿Crees que cualquiera puede destapar uno de los mayores secretos de la historia? A todos se les tacha de locos o paranoicos. ¿Por qué crees que Bill Clinton antes de entrar al gobierno prometió desvelar los secretos si llegaba a presidente y después no los pudo cumplir?;”Ser el presidente no quiere decir que seas quien gobierna”. Incluso en el todo poderoso Estados Unidos.

Marte, Roswell... ¿Qué más da? Vas a vivir conforme a tu programa. Ni un minuto más. Está mal decirlo pero somos eso “parte de un programa”. Llámalo diversión. Llámalo... concurso. Nos manejan a su antojo. Nuestra vida está, por así decirlo, escrita.

La biblia, si no fuera que está leída más con la fe y el corazón que con la cabeza tendríamos más conocimientos de los hechos. Tanto pasados como futuros. También es cierto que está escrita en el lenguaje de la ignorancia del ser humano de antaño y la incredulidad. Debería ser un diario de la existencia del ser humano pero en un punto se cerró. Da que pensar que fue en el momento en el que nos dejaron a nuestra suerte, a nuestro libre albedrío. Y el hombre creó religiones y con ella guerras y odio. Aunque parezca mentira lo primero que inventa el ser humano es lo que hoy llamamos “el poder político”. Estos seres quisieron compartir el mundo pero el hombre se volvió egoísta y se creyó poderoso. Ya os comenté y, no sé si habéis comprobado, los versículos del Génesis, tanto de la Sagrada Biblia con la Torah. Sinceramente, el Arca puede quedarse allí arriba años más. No interesa a nadie que salga a la luz. Mientras el fanatismo maneja las masas los gobiernos siguen trabajando. Mientras crean en un solo Dios creador de milagros y ángeles enviados las organizaciones gobernantes tienen menos preocupaciones.

Y... esto llega a su fin, seguimos como siempre, puede que más adelante nos reunamos como solíamos hacer. Ahora espero que este embrollo llegue a su fin. Seguimos siendo amigos y olvidando estos meses que en cierto modo han sido duros para vosotros. La realidad de todo esto queda a vuestro juicio. Hay más, mucho más y lo único que podemos conseguir es liar la madeja. Mucho se ha escrito pero no más de lo que se ha investigado a lo largo de la historia. Lo que si es cierto es que la verdad jamás se sabrá. Siempre tendremos nuestras dudas y lo mejor es mirar al firmamento y dejar que la vida siga su curso. Cuanto más sepamos siempre será peor.

Rosa, Gerardo y yo nos miramos.

—¿Nos quitaremos un peso de encima? ¿Nos dejarán y seremos pasado

para ellos? —Gerardo no las tenía todas consigo. Aun así esperaba una respuesta de Pedro.

Tras un silencio incómodo dije lo que pensaba; hablé de mi “salvoconducto”

—Tenemos una copia a buen recaudo. Si algo nos ocurre saldrá a la luz. Nosotros también tenemos amigos que están informados de lo que tienen que hacer si no reciben noticias nuestras.

Pedro, con las manos en los bolsillos se acercó al balcón, puso la pipa en su boca con la que hizo un gesto. Después la volvió a guardar en su bolsillo de la chaqueta. Nos miró y dijo:

— Por supuesto Hely, eres mi amigo y para mí era uno de los compromisos que solicité en caso de que todo saliera como planeamos. Vuestra seguridad está garantizada.

Tras estas palabras Rosa y Gerardo me animaron a entregar el paquete con el resto de cintas.

Al poco sonó el móvil, no era una llamada, era el zumbido que emite al recibir un mensaje:

“Todo acabó, hasta siempre: David”. Jamás volví a verle y sé que jamás le volveré a ver.

Tiempo después alguien me dijo que falleció en el balcón de su casa. Con un cigarro entre los dedos, mirando las estrellas y una sonrisa que expresaba felicidad.

Nos despedimos de Pedro quien al marcharse nos dio las gracias y deseando que todo volviese a ser como antes.

Los tres nos quedamos en casa envuelto en un silencio difícil de romper. Al final fue Gerardo quien dijo las primeras palabras:

—¿Qué es eso de que hay copias?

—Hubo un momento en el que supe que algo podía ir mal. Haciendo unas copias no podía ir peor así que las encargué. No os preocupéis, están a muy buen recaudo.

—¿Quién las tiene?

—Eso es mejor que no lo sepáis — Esa era la parte que me reservé; pertenecía a mi “salvoconducto” que empecé a organizar en Pokara.

Han pasado los años. Rosa y yo vivimos juntos. Miro al mar cada día donde desahogo toda esta mala hierba para seguir soñando y no ya con el corazón, más bien con la cabeza, a ser posible junto a ella. Un día me sentí libre y aquel 14 de febrero le dediqué aquello que me dictaba el corazón. Era el colofón a mi diario que tras esta dedicatoria creí que era el momento de darle cierre.

Desde aquella orilla y justo al amanecer con una rosa roja y una nota que decía:

“Dicen que es el día de los enamorados, lo que me quita un peso de encima puesto que los 364 días restantes del año tenemos permiso para quitarnos esa presión.

Así que te querré todos los días del año, menos hoy. Hoy te amaré del mismo modo que deseo seguir queriéndote, como todos los días del año, los pasados y los que van llegando.

De Yo para Ti”

Así recuerdo todo lo que en este diario escribí, todo lo que se ocultaba tras esas tapas de piel de camello y que al final decidí sacar a la luz. Ojalá las musas lo adornen para que otros conozcan historias que se balancean entre cuentos y relatos de un ser normal.

CAPÍTULO FINAL

ATRÉVETE A SOÑAR

Después de una larga y agradable cena con los amigos, de risas y copas, Rosa y yo decidimos acabar la jornada recibiendo el día en la playa. Cada vez que vuelvo, desde aquel día, mi mente viaja en el tiempo. Cuantas veces si, habré pisado esta arena y me he perdido en el recuerdo. Hoy he vuelto, como tantas veces, olvidarlos no puedo aunque sí me libero, poco a poco de ellos.

Sentado en esta orilla miramos al cielo. Cuando Brillan las estrellas que nos cubre como un manto digno de cuentos y leyendas, esperamos que se destape la noche mientras despunta un nuevo día.

Rosa se tumba y las observa, yo me acerco justo donde rompen las olas sin poder evitar dirigir mi mirada a mi izquierda, donde la vi por primera vez. No suspiro y miro al cielo, al horizonte donde espero despunte el sol.

Sin querer una sombra lejana llama mi atención. Vuelvo a mirar donde antes solo había recuerdos y, de nuevo un destello, como si de una estrella fugaz se tratase, hace que mi ojos dejen de parpadear. Mi corazón acelera su latido al compás de mis pensamientos. La sombra se convierte en silueta y ésta en el cuerpo de una mujer, de corta melena y blusa azul a juego con una larga falda que con la suave brisa se hacía hueco entre sus larga piernas. En una mano un cigarrillo, en la otra un pequeño bolso y un par de zapatos.

Se acercaba lentamente. El tiempo parecía detenerse, el sol tardaba en salir y las estrellas seguían esperando en su manto infinito.

Ella parecía vencer el encantamiento y se acercaba al tiempo que las olas rompían en sus pies provocando que miles de gotas salpicaran a su alrededor. Su ropa mojada, su cabello alborotado y su mirada perdida donde yo ya no podía mirar.

Me miró cuando apenas nos separaban treinta metros. Yo no le había quitado el ojo de encima.

Veinte metros, tal vez quince... quise encender un cigarro pero mis bolsillos estaban vacíos. Miré a Rosa, seguía tumbada, relajada y con los ojos cerrados. El bolso en su cintura y yo sin querer perder el tiempo.

“Un cigarro puede esperar”.

Se acercaba, ahora menos de diez metros. Su cara y sus ojos, esos que tuve casi diez años clavados en mi mente, esa mirada tan difícil de olvidar.

Mi cuerpo se erizaba, mi alma parecía descender al vacío, mi corazón dejó de correr para apenas sentirlo dentro. Latía con lentitud y ella se acercaba a mí.

La miré...

No puede ser — me dije.

Levanté mi mano y ella me miró a los ojos. Solo un segundo, pero reconocí esa mirada y esos ojos azules como la turquesa.

De pronto algo estalló en mi interior y de mi boca una pregunta tan cargada de sorpresa como de intriga.

—¿Alba?!

Tal vez no quería su respuesta, quizás tenía miedo a lo que pudiera decir.

Pasó apenas a un par de metros de mí, unos cuantos pasos más se detuvo.

—¿Eres tú, Lucía? — volví a preguntar, esta vez con el nombre aquel que me desveló Susana junto a Stewart cuando los encontré en mi piso.

Me miró con una pequeña mueca y unos ojos que reflejaban tristeza. Se impuso una pequeña sonrisa y contestó lo que quería oír, o tal vez no.

— ¿Disculpe? — Preguntó con voz forzada a lo que continuó diciendo

—Perdone, creo que me confunde —al tiempo que sus ojos y una mirada tierna recorría mi cuerpo hasta perderse en la arena.

—Alba... Han pasado casi diez años y... y estos los has pasado en mi mente, has vivido en mí, envejecido conmigo, te he soñado tantas veces... esto no es una alucinación, tampoco un sueño... no puedo equivocarme —temblaba mi voz al tiempo que mi cuerpo sudaba hielo. Cruzaba mis brazos evitando abrazarla. Ella caminaba de espaldas, despacio y sin mirarme se alejaba articulando unas últimas palabras...

—Lo siento, me confunde con alguien... amanece, me tengo que ir— al pronunciar estas palabras perdí su mirada elevándola en un vano intento de buscar un punto lejano en el cielo.

— Créame, lo siento mucho — Traicionada por sus últimas palabras, por los gestos, adivinaba ver sus ojos vidriosos. Imagine una lágrima que no se

si realmente vi.

Dio media vuelta continuando su camino y yo sin poder articular palabra alguna. Inmóvil y la mente en blanco sin poder pensar. Ya no había estrellas, el sol salía con fuerza. Caí al suelo apoyándome en una rodilla, después me senté. Miré a Rosa y la miré a ella viendo cómo se alejaba.

Unos pasos más y la intención de detenerse pero no lo hizo, tan solo ralentizó el paso al darse media vuelta.

Me miró, después hizo lo mismo con Rosa. En un momento los tres cruzamos nuestras miradas. Rosa se levantó, se acercó a mí y se sentó a mi lado.

Descompuesto y ausente Rosa acarició mi pelo y con una mirada que no supe interpretar me preguntó:

— ¿Te encuentras bien?

—Si, si... bien, no pasa nada — palabras con las que eludía dar explicación alguna.

—¿Quién es ella?

— Vámonos...si, vámonos a casa, ya amaneció...

Nota del Autor:

Lo que acaba de leer es la transcripción de un Diario de Viajes en el que he tratado de transmitir unos hechos tal cual ocurrieron y tal cual fueron escritos a papel. Las posibles correcciones pueden quedar en la imaginación del lector. A pesar de todo sigo siendo un ser humano.

Este libro se dio por terminado en mayo de 2014.

CITAS Y DATOS DE INTERES.

(C O N S U S D E T A L L E S)

Casi todos los personajes son reales o han existido.

Se han cambiado los nombres (no de todos) al no poder obtener el consentimiento expreso de su inclusión en esta historia, otros por seguridad.

Todo lo que aquí se cuenta está basado en hechos reales y en historias que, distintos personajes aquí incluidos, me han contado.

Linga (Lingam): Literalmente “signo”, es el símbolo más utilizado de Shiva y su esposa Shakti (Parvati, Uma).

Consta de una pieza de apariencia fálica que representa el aspecto masculino o in-manifestado de la Divinidad, descansando sobre una base o yoni que representa el aspecto femenino o energía manifestada.

Varanasi: (Benarés, Banaras o Kashi) Es la ciudad más sagrada de India.

La información relacionada con el **Monte Ararat**, el más alto de Turquía, con más de 5000 metros, ha sido recogida de los medios de información. Diarios nacionales, wikipedia y televisión. No creo necesario detallar las fuentes ya que estas están accesibles a todos en internet. La existencia del Arca en este lugar es nombrada en la Biblia. Desde 1916 se conoce de la existencia de una embarcación semi enterrada en dicho monte.

Sobre esta embarcación Wikileaks desveló documentos que detallaban el descubrimiento, por parte de EEUU (dic, 2010) de lo que llamaron el **Arca de Noé**, en 1968. George Bush padre aplazó las investigaciones y análisis de la misma.

La palabra **TARARA** significa, según la RAE: Loco, de poco juicio Del mismo modo la CIA acaba de desclasificar documentos en los que confirma la existencia del **AREA 51** (16/08/2013).

Sobre **Roswell** se ha escrito mucho y cada documento desclasificado de EEUU complica más la realidad que ellos quieren. Sus contradicciones van ligadas al AREA 51.

Paul Hellyer. Nacido en 1923 es escritor, ingeniero, conferenciante y político. Ex ministro de defensa de Canadá ha sorprendido con sus declaraciones en las que acusa a EEUU de ocultar la verdad sobre la existencia de extraterrestres y la ayuda tecnológica que estos le proporcionan.

Sobre las informaciones de Marte, el planeta rojo. Diversidad de fuentes fidedignas y documentos desclasificados han servido de información. Las teorías conspiratorias son otra historia.

Bill Clinton, en declaraciones y en su programa electoral prometió contar la verdad sobre el AREA 51 y todo lo relacionado con extraterrestres.

Una vez siendo presidente comentó:

“Hay un gobierno dentro de otro que yo no controlo”

Pancho Villa, así dijo que se llamaba cuando nos presentaron, en realidad era cubano. Sobre las cintas jamás nos hizo entrega de ellas, pero sí que las oímos.

Gerardo es en realidad Gerard, un compañero de Viaje y un buen amigo. A pesar de vivir en Madrid siempre nos vemos en India.

Pedro Forca (No es su nombre real) parapsicólogo e investigador de fenómenos paranormales. Miembro del SETI y colaborador de entidades “privadas” y “públicas” al que le cuento la existencia de las cintas.

David, (nombre real Luis, un gran hombre). Falleció con una amplia sonrisa en el balcón de su casa mientras miraba las estrellas. Días antes decía que se tenía que marchar. Nunca dijo dónde. Miembro de los Illuminati.

Stewart, (ni recuerdo como se llamaba en realidad) mala gente. Una semana a su lado para saber que había sido demasiado tiempo. Desaparecí. El también. Masón.

Susana, Aurora y Vicente, tuvieron más peso del que aquí les otorgo.

Toni, (no es su nombre real) de vez en cuando nos vemos y aunque sea de largo en largo ambos nos alegramos.

Alba y Rosa, las dos son la mujer que aún soporta vivir conmigo. **Ramón**, (nombre real) ha sido y sigue siendo mi agente de aduanas. Siempre dispuesto a sacarme de los apuros que he tenido en las importaciones. Aconsejando e intentando que los gastos fuesen mínimos y que la mercancía siempre fuese lo más legal posible para tranquilidad de todos.

Rajinder Singh (nombre real) es un gran amigo desde hace muchos años con el que me reúno cada vez que puedo en Delhi, India. **Kamal** su mujer **Mini** y su hijo Sonu (Tienen otro hijo llamado Monu) forman un matrimonio que realmente se casaron por amor desafiando así a las familias y tradiciones. Muy buena gente que me trae muy buenos recuerdos. (New Delhi)

Alicia y Chiku (cuyo nombre completo es Shambhu Nath Tripathi) es el nombre de este gran amigo al que conocí en Nepal. Propietario de lo que siempre he llamado “mi hotel, mi casa” en Varanasi. Allí conocimos a Pancho Villa. Ganpati Guest House es el nombre del hotel en esta ficción y en la realidad.

Kailash. Exportador de telas en Varanasi. Gran amigo.

Happy Man, así le conocí. Tenía una Agencia de viajes en Freak Street llamada Budget Travels.

Lonely Planet, la guía consultada por todo viajero. Sencilla y didáctica, imprescindible para no perderse y estar al corriente de todo lo que quieres visitar. La he utilizado para aquello que no controlaba. Lo que es de agradecer.

Sentje —del que no recuerdo su nombre real. El chico al que regalé un

dólar era en realidad de New Delhi. Hace muchos años, en aquel entonces tendría once años. Cada vez que me ve me lo recuerda y según él le trajo suerte. Aún lo conserva.

El hotel de alojamiento en Nepal: Annapurna Lodge, en Freak Street.

Hotel Antique, Istambul. Para mí un encanto de hotel y a un paso de todo lo que hay que ver.

El resto de personajes son ficticios.

Los demás establecimientos siguen activos en la actualidad.

INDICE

Dedicatorias 9

Agradecimientos 11

Prólogo 15

Capítulo I La culpa de ser Así. 19

Capítulo II Estambul. 23

Capítulo III Alba. 37

Capítulo IV David, El Enlace 49

Capítulo V Aurora y Vicente 53

Capítulo VI Lágrimas para un adiós 63

Capítulo VII Organizando la Ruta. 71

Capítulo VIII New Delhi. 75

Capítulo IX Everest Steak House: Katmandu. 85

Capítulo X Varanasi: Un mes antes 87

Capítulo XI Destino: Katmandú. 101

Capítulo XII Primer día en Katmandú. 103

Capítulo XIII La reunión con Luka. 107

Capítulo XIV Vuelta a Delhi. 121

Capítulo XV — Las Cintas	123
Capítulo XVI España: Vuelta a casa.	127
Capítulo XVII La Historia del Arca.	131
Capítulo XVIII Señores de Negro	141
Capítulo XIX Gracias Inspector	145
Capítulo XX — Rosa.	147
Capítulo XXI Las últimas cintas	157
Capítulo XXII Traición Piadosa.	161
Capítulo XXIII Desmontando a Susana.	169
Capítulo XXIV El final está cerca.	175
Capítulo XXV ¿Y ahora qué?	181
Epílogo El Diario ¿Punto y final?	183
Capítulo Final Atrévete a soñar	189
Citas y Datos de Interés...	195